



FACULTAD DE TEOLOGÍA
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD

**LA ORACIÓN DEL PRESBITERO EN TORNO A
*PASTORES DABO VOBIS***

Por

Juan Antonio Castro Osorio

Director

Prof. Dr. D. Pascual Cebollada Silvestre SJ

Madrid, mayo 2015



FACULTAD DE TEOLOGÍA
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD

**LA ORACIÓN DEL PRESBITERO EN TORNO A
*PASTORES DABO VOBIS***

Por

Juan Antonio Castro Osorio

Visto Bueno del Director

Prof. Dr. D. Pascual Cebollada Silvestre SJ

Fdo.

Madrid, mayo 2015

ÍNDICE

SIGLAS	1
INTRODUCCIÓN	3
Objetivo del trabajo	4
Método	5
Contenido	5
Gratitud	7
Capítulo I	8
LA ORACIÓN DEL SACERDOTE EN DOCUMENTOS QUE ANTECEDEN A <i>PASTORES DABO VOBIS</i>	8
1. Propósito del capítulo	8
2. Renovación profunda del Concilio Vaticano II	9
2.1. La Iglesia tras el Concilio Vaticano II.....	9
2.2. La oración del sacerdote en el Concilio Vaticano II	11
a) Constitución <i>Lumen Gentium</i>	11
b) Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i>	11
c) Decreto <i>Ad Gentes</i>	12
d) Decreto <i>Optatam Totius</i>	12
e) Decreto <i>Presbyterorum Ordinis</i>	13
3. La realidad del sacerdote después del Concilio Vaticano II	14
4. Textos posteriores al Concilio Vaticano II	15
4.1. <i>Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis</i> (1985).....	15
4.2. La formación de los sacerdotes en el Sínodo de los obispos, lineamenta: <i>La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales 1990</i>	16
a) Educar al sentido del Misterio	17
b) El seminario, escuela de oración.....	18
c) Primacía de la vida espiritual sacerdotal.....	19
d) La formación sacerdotal y la oración.....	20
e) La experiencia de la oración en la vida del sacerdote.....	21

f) La Palabra de Dios nutre la oración del sacerdote	22
g) El sacerdote, hombre de oración.....	23
h) El sacerdote, maestro de oración	24
i) Oración y apostolado en la vida del sacerdote.....	24
j) La oración y la vocación profética sacerdotal	25
k) La oración personal y comunitaria del sacerdote.....	26
l) La devoción a la Virgen María	27
5. Conclusión	28
Capítulo II	31
DIFICULTADES EXTERNAS E INTERNAS DEL SACERDOTE FRENTE LA ORACIÓN	31
1. Exposición de las dificultades	31
1.1. Obstáculos interiores que afectan la oración del presbítero	32
a) Muchos sacerdotes no saben orar.....	32
b) El silencio de Dios en la oración del sacerdote	33
c) El sacerdote frente al desierto espiritual en la oración.....	34
d) El corazón desgastado del sacerdote.....	35
e) El sacerdote ante el miedo al silencio y a la soledad en la oración.....	36
f) Falta de sed de Dios en la vida y ministerio sacerdotal.....	37
1.2. Condicionamientos exteriores en la experiencia de la oración	38
a) Sentimiento de inutilidad en la oración del sacerdote.....	38
b) El sacerdote experimenta falta de tiempo para orar.....	39
c) El activismo y la prisa en la vida del sacerdote	40
d) La secularización y la oración en la vida del sacerdote.....	42
e) El sacerdote frente a las distracciones perturbadoras en la oración.....	43
f) La inconstancia del sacerdote en la oración	44
1.3. Tendencias que erosionan la vida de oración	45

a) Falsedad de vida ministerial.....	45
b) El automatismo o costumbre ministerial	46
c) La mediocridad y monotonía en la vida sacerdotal.....	47
d) El sacerdote como gestor comunitario.....	48
e) La tentación de la eficacia pastoral sacerdotal.....	49
f) El estrés en la vida del sacerdote	50
g) “Trabajo y compromiso es igual que orar”, afirman muchos sacerdotes	51
2. Conclusión	52
Capítulo III	54
LA ORACIÓN DEL SACERDOTE EN LA ENSEÑANZA DE <i>PASTORES DABO</i> <i>VOBIS</i>	54
1. Marco y aspecto general de <i>Pastores Dabo Vobis</i>	55
a) Argumento central de Pastores dabo vobis	55
2. La oración en el documento	56
2.1. La oración alrededor de Cristo	59
2.2. La oración alrededor del presbítero	64
2.3. La Palabra de Dios, alimento para la vida ministerial.....	72
a) La Palabra de Dios, fuente de transformación	72
b) El sacerdote, instrumento de la misión evangelizadora.....	73
c) Rasgos del sacerdote evangelizador.....	75
d) La Palabra de Dios y el ministerio profético	76
e) El discernimiento evangélico de la realidad	77
2.4. Formación del presbítero.....	78
a) Humana	78
b) Espiritual.....	80
c) Intelectual.....	81
d) Pastoral	82
2.5. Formación permanente y oración	83

a) El sacerdote y el silencio fecundo.....	84
b) La soledad y la oración	86
c) La oración y el celibato sacerdotal.....	87
d) Orar a y con la Virgen María	88
3. Conclusión	89
Capítulo IV	91
ASPECTOS ANTROPOLÓGICOS, PSICOLÓGICOS, TEOLÓGICOS Y PASTORALES DE LA ORACIÓN	91
1. Fundamentación antropológica de la oración	92
a) La oración y la antropología humana.....	93
b) La oración y la antropología cristiana.....	94
2. Aspecto psicológico de la oración	95
a) La oración repercute en las dimensiones del ser humano	96
b) El yo profundo, corazón en la experiencia de la oración.....	98
c) La oración unifica la persona	99
3. Tensión psicológica entre oración y acción	100
a) De la acción a la oración	101
b) De la oración a la acción.....	102
c) Unidad entre oración y acción	103
4. Teología de la oración	105
a) Percepción general de oración	105
b) Diferentes descripciones de oración cristiana.....	106
c) ¿Qué es la oración?	107
d) ¿Por qué orar?	108
e) Formas de oración.....	109
f) Distintas expresiones de la oración	110
5. Dimensión teológica de la oración	112
a) Llamada a entrar en comunión con Dios	112

b) Relación entre oración y revelación.....	113
c) La Palabra y la historia, mediación de la oración	114
d) La oración es fundamentalmente teologal	115
e) La oración es esencialmente de Cristo	116
f) La oración es trinitaria.....	117
g) Es una oración filial	118
h) Es una oración eclesial.....	119
i) Es una oración mariana.....	120
6. Jesucristo, fuente y fundamento de la oración sacerdotal	121
a) Jesucristo Maestro de oración	121
b) Misión y comunión en la oración de Cristo	123
c) Oración y sacerdocio de Jesucristo	124
7. Pinceladas de rasgos pastorales de la oración	125
a) Opción por la oración.....	125
b) Una oración que guste la bondad de Dios.....	126
c) Una oración que conduzca a amar al hombre de hoy	127
d) Una oración que acerque a los increyentes	127
e) Una oración que envía hacia los pobres	128
f) Una oración que impregne audacia a la evangelización.....	128
g) Una oración que ayude a aceptar la cruz	129
h) Una oración que vigorice nuestra esperanza.....	130
i) Una oración enraizada en la fe.....	131
j) Una oración desde la caridad pastoral	132
k) Una oración apostólica.....	132
8. Conclusión	133
CONCLUSIÓN GENERAL	135
BIBLIOGRAFÍA	141

SIGLAS

AG *Ad Gentes*

Ibid. Lo mismo

LG *Lumen Gentium*

o.c. Obra citada

OT *Optatam Totius*

PDV *Pastores dabo vobis*

PO *Presbyterorum Ordinis*

SC *Sacrosanctum Concilium*

INTRODUCCIÓN

Actualmente abunda la literatura sobre la oración a nivel general, como también proliferan textos con respecto a la oración de los presbíteros, para alimentar y fortalecer su vida y ministerio, desde diversas perspectivas. Por otro lado, para muchos presbíteros, religiosos y religiosas, abordar la oración en este tiempo no tiene sentido, menos aún, razón de ser tratado, como algo importante o necesario, porque se considera un tema desfasado, sin importancia, sin utilidad, en muchos casos, no fundamental para vivir la vocación sacerdotal o la vida cristiana. En el caso de los sacerdotes, en el proceso de formación se insiste en la importancia de la oración. Al parecer, finalizada la experiencia formativa, paulatinamente se va abandonando la vida de oración, por razones o circunstancias adversas y diversas. En unos casos, la oración en el proceso de formación se vivió con cierta obligatoriedad, no se asumió verdaderamente. Cuentan unos que oraban para perseverar en su vocación, otros para rechazar las tentaciones, otros para estar seguros de sí mismos y otros, para garantizar la fecundidad de su tarea pastoral. Pasado un tiempo de vida pastoral, varios han dejado de verle sentido a la oración, unos se mantienen tibiamente, otros esporádicamente y otros han preferido abandonarla. Aparte de los diversos condicionantes, el problema más sonado es que no tienen o no les queda tiempo para orar, constantemente hay cosas más importantes que realizar. Conviene recordar que en ciertos lugares, la formación inicial en la vida espiritual se concibe, arraiga y se vive, simplemente como una serie de prácticas religiosas.

De esta manera, siempre es útil repensar, hablar y retomar la importancia de la oración, pues no es únicamente referirse a un tema especulativo. Es aludir a uno de los aspectos más importantes de la vida espiritual, por qué no decirlo, de la existencia humana. De manera particular de la experiencia y de la fidelidad del presbítero que sigue a Jesús, en una vocación específica. Lo difícil de esta tarea, de abordar el aspecto de la oración, es la imposibilidad de dominarla y abarcarla en todos sus aspectos y formas; intentamos asomarnos y tener un acercamiento global, teniendo claridad que a Dios se le puede encontrar en todas las cosas y momentos, pero en la oración de manera muy especial se puede encontrar a Dios, como Jesús lo encontraba en sus tiempos de oración.

Estas y otras situaciones motivan y justifican el anhelo de reencontrar, retomar, profundizar y reafirmar la importancia de la experiencia de la oración en sus diferentes modos y expresiones en la vida y ministerio del presbítero secular y religioso. Así mismo, por la experiencia que se tiene de haber ejercido el ministerio sacerdotal durante unos años, en realidades muy complicadas. Además, por la influencia de la Teología de la Liberación, de América Latina, mal entendida y asimilada por varios presbíteros en regiones de Guatemala. Consideraban que todo lo que hacían era oración, otros anteponiendo o contraponiendo el compromiso social a la oración. En casos extremos se consideró la oración como algo alienante, y lo mejor fue arrancarla de su vida. Muchas de estas situaciones, unidas a los anti-testimonios y renunciaciones del ministerio, se consideran, aparte de las inconsistencias y opciones personales, como causa del abandono de la experiencia de la oración. Antes de proseguir con las aproximaciones de las razones del abandono de la oración, parece que el problema principal está en que el presbítero teme encontrarse consigo mismo y con Dios en la soledad y en el silencio. Habría que tomar consciencia de si la vida de oración aleja o vigoriza el compromiso del presbítero en las situaciones del mundo. Conviene preguntarse también, si la entrega al trabajo pastoral y al compromiso social sin oración es una donación de amor y de fe auténtica. Este viejo dilema entre oración y acción permite preguntarse si la oración es indispensable para la vida y entrega pastoral del presbítero. Será muy interesante comprender por qué la oración del presbítero no es negociable, y sí decisiva en la vivencia de su ministerio sacerdotal.

Objetivo del trabajo

Lo que se pretende con este trabajo titulado: «LA ORACIÓN DEL PRESBITERO EN TORNO A *PASTORES DABO VOBIS*», es encontrar y extraer elementos que permitan hacer una reflexión sobre la oración del presbítero secular y regular. De esta manera nos acercaremos al texto para descubrir y actualizar la riqueza que pueda contener, en lo referente a la oración. Se espera, como documento magisterial antiguo y nuevo de la formación y vida del presbítero, no soluciones, pero sí pistas y luces acerca de la oración en la situación del formando y del presbítero en el ejercicio ministerial actual. Como se ha descrito anteriormente, se extrae y se elabora una reflexión a partir de la doctrina de *Pastores dabo vobis*. Unas palabras de *Pastores*

dabo vobis, pueden iluminar y abrir camino para las reflexiones posteriores que se presentarán, cuando dice:

«En concreto, la vida de oración debe ser renovada constantemente en el sacerdote. En efecto, la experiencia enseña que en la oración no se vive de rentas; cada día es preciso no sólo reconquistar la fidelidad exterior a los momentos de oración, sobre todo los destinados a la celebración de la Liturgia de las Horas y los dejados a la libertad personal y no sometidos a tiempos fijos o a horarios del servicio litúrgico, sino que también se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu» (PDV 72).

Método

Fundamentalmente radica en elegir y seleccionar la bibliografía ecuaníme que pueda ayudar y aportar fundamentos y horizontes, para adentrarse en la investigación del tema anteriormente mencionado. Se principia seleccionando aquellos autores que, en comunión con la Iglesia, vibren con todo lo relacionado al aspecto de la oración del presbítero. Por lo tanto, el presente trabajo es plenamente investigativo, al ir analizando y sintetizando los textos escogidos según la estructura que se adopte. Teniendo como fuente, núcleo y eje investigativo la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* del recientemente canonizado san Juan Pablo II. Las razones que indujeron a la selección de este texto, se deben a que es el único, entre lo antiguo y lo actual, en estrecha vinculación con el Concilio Vaticano II, sobre la formación al sacerdocio. Se trata también de una Exhortación que abarca la formación sacerdotal desde sus inicios hasta la formación permanente. Sin duda, debe contener principios y orientaciones elementales que fortifiquen la experiencia de oración del presbítero secular y religioso en la situación actual de la Iglesia. Finalmente, se necesita escuchar la voz del Magisterio de la Iglesia al respecto, para no seguir soterrados en las mismas dificultades o errores sobre la dimensión de la oración del presbítero. Con esta esperanza y motivación se realizará la investigación.

Contenido

Este es otro aspecto muy importante, que posibilitará una visión general de lo que se pretende con la investigación en este trabajo. Ahora bien, el primer capítulo se ha titulado: «La oración del sacerdote en documentos que anteceden a *Pastores dabo*

vobis». Para alcanzar este objetivo, se indaga en documentos que contiene el Concilio Vaticano II, que aludan a la oración del presbítero. Entre estos decretos y constituciones están: Constitución *Lumen Gentium*, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, Decreto *Ad Gentes*, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, Decreto *Optatam Totius*. Seguidamente se procede a retomar de la *Ratio fundamentalis institutionis Sacerdotalis 1985*, su aporte para la formación y oración del presbítero. Finalmente se investiga en el texto sobre *La formación de los sacerdotes en el Sínodo de los obispos, lineamenta: La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales 1990*. Se toman los aspectos elementales que el documento aporta. Especialmente de este texto se extrae la rica enseñanza tanto de los Padres Sinodales, sobre la oración en el proceso de formación de los candidatos al sacerdocio, como de los que lo ejercen. La razón de hacer memoria de estos textos que anteceden a *Pastores dabo vobis*, es por considerarlos como raíces que inspiran, fecundan y sostienen a la misma.

En segundo momento, se presenta el tema titulado: «Dificultades externas e internas del sacerdote frente a la oración». Aquí se investiga en documentos cercanos y posteriores a *Pastores dabo vobis*, sobre los diferentes obstáculos que influyen negativamente en la experiencia de oración del presbítero. De manera especial, se abordan y seleccionan los obstáculos y razones que conducen al presbítero a dudar, rechazar y sobre todo a abandonar la oración.

El tercer capítulo, titulado: «La oración del sacerdote en la enseñanza de *Pastores dabo vobis*», es el núcleo de la investigación. Se ofrece una reflexión a partir de las diversas dimensiones que comprende la oración del presbítero en dicha Exhortación, y la implicación que tiene la experiencia de la oración en los aspectos de formación humana, espiritual, intelectual y pastoral del presbítero. Realidad oracional que engloba toda la formación, desde el inicio, prolongándose a la formación permanente. Así mismo, se presentan los términos que hacen referencia de manera indirecta o directa al vocablo «oración».

En el cuarto, capítulo titulado: «Aspectos antropológicos, psicológicos, teológicos y pastorales de la oración», se pretende reflexionar limitadamente sobre aspectos generales de la antropología, la psicología y teología de la oración, con sus implicaciones pastorales. Al mismo tiempo, se presenta una teología de la oración y sus diferentes dimensiones, y su aspecto cristológico. Además, se describen ciertas características de la oración, que pueden ayudar a vivir esa dimensión oracional del

presbítero, con un espíritu, estilo y vigor apostólico, con la finalidad e interés de ampliar los fundamentos y las vivencias de la oración contenidas en *Pastores dabo vobis* de manera general.

Recapitulando el recorrido realizado por los cuatro capítulos, se ofrecen unas conclusiones generales, señalando ciertas posibilidades de reflexión que se puedan seguir tratando desde otras dimensiones al tema estudiado. Un tema como el tratado no puede agotar la materia, pero sí instar a continuar profundizando, para seguir avanzando y explorando nuevos senderos sobre la dimensión de la oración del presbítero.

Gratitud

Finalizo agradeciendo a nuestro Señor, la oportunidad que me ha brindado de realizar la preparación académica dentro del marco de la formación permanente. Hago extensiva mi gratitud, de manera muy especial a la Compañía de Jesús, representada por el P. Germán Arana, S.J., por haberme permitido vivir esta experiencia única e irrepetible en mi vida. Al P. Sebastián Elvira Ovejero, S.J., que tuvo a bien escucharme, motivarme e indicarme el lugar donde podría realizar los estudios. Patentizo mi gratitud a ADVENIAT, que tuvo a bien becarme en una parte de mis estudios. Al mismo tiempo, agradezco profundamente a las y los profesores por sus sabias enseñanzas. Al mismo tiempo agradezco a los formadores del Colegio Mayor y Seminario Pontificio Comillas, por su acompañamiento, al personal de servicio, por sus atenciones, a los compañeros sacerdotes y seminaristas por su aprecio y fraternidad. Hago extensivo mi agradecimiento al Instituto Catequista Dolores Sopeña, las hermanas de la Visitación de Madrid (salesas), y a las hermanas de la Visitación de Italia en Acilia, por su aprecio y apoyo incondicional. Mi gratitud a mi familia, a todas personas y comunidades que han orado asiduamente por mi persona, mis estudios y la preparación de la tesina. Finalmente, agradezco sincera y profundamente al Prof. Dr. D. Pascual Cebollada Silvestre, S.J., por su asesoramiento y motivación en el proceso de la elaboración de la tesina.

Capítulo I

LA ORACIÓN DEL SACERDOTE EN DOCUMENTOS QUE ANTECEDEN A *PASTORES DABO VOBIS*

1. Propósito del capítulo

Con frecuencia se insiste en la necesidad, en la importancia y en lo esencial que es la oración en la vida de todas las personas, fundamentalmente en la vida del candidato al sacerdocio, y de manera muy especial y particular en la vida y ministerio del sacerdote, tanto secular como regular. Sabiendo que es un elemento nuclear en la vida de los sacerdotes, para tener una visión general desde el proceso de la formación, en el ejercicio del ministerio sacerdotal y la formación permanente, se procede a ver la rica enseñanza del Concilio Vaticano II. De manera particular en aquellos documentos que contemplen la oración del presbítero. Con la finalidad de fundamentar la oración del presbítero a través de la importancia que puedan brindarle ciertos documentos conciliares. Entre estos documentos están: Constitución *Lumen Gentium*, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, Decreto *Ad Gentes*, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, Decreto *Optatam Totius*. Seguidamente se retoma de la *Ratio fundamentalis institutionis Sacerdotalis 1985*, su aporte para la formación y oración del presbítero. Por otro lado, de manera particular se intenta captar los elementos sobre la oración que abordaron los Padres Sinodales en el *Sínodo de los obispos, Lineamenta: La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, 1990. Pues en este Sínodo se expresaron y recogieron elementos importantes sobre la formación y vida de los presbíteros, delimitándola a la dimensión espiritual, concretamente, en lo referente a la oración. La intencionalidad, prácticamente es tomar conciencia de la importancia o la falta de relevancia que la oración alcanzó en sus diversas ponencias de los Padres Conciliares. La importancia de regresar a estos documentos, es porque son cómo las raíces de las semillas que después se sembraron en *Pastores Dabo Vobis*. Por otro lado, es necesario rescatar la importancia que puedan darle a la experiencia de la oración y traerla al presente. Para que sea un alimento que fortifique, frente al relativismo e indiferencia de la cual es víctima la oración en la actualidad. Sobre todo, reconociendo la que indiferencia frente a la oración de parte de muchos presbíteros, no afecta solo al

sacerdote de manera personal, enferma a todo el Cuerpo de la Iglesia Universal. Siendo una dificultad global, merece revisarse y analizarse las raíces de la oración, para encontrar luces se puedan revalorizar su importancia. Sabiendo que es un tema muy complejo, pero a la vez un pilar no negociable en la vida de los futuros sacerdotes y de los sacerdotes en ejercicio.

2. Renovación profunda del Concilio Vaticano II

2.1. LA IGLESIA TRAS EL CONCILIO VATICANO II

El Concilio Vaticano II fue como un tremendo terremoto que sacudió y derrumbó los antiguos esquemas y formas de ser Iglesia. La estructura eclesial, venía pidiendo y exigiendo un cambio, una renovación profunda de la misma, que permitiera emerger nuevas semillas que por varios siglos venían incubándose. Justamente, estas semillas nacieron en esta odisea y gracia que significó el Concilio Vaticano II a mediados del siglo pasado. La Iglesia fue adquiriendo sabiduría, humildad y madurez para valorar positivamente los logros y las derrotas que se gestaban en el corazón del mundo moderno. Mundo con el cual, por medio del Concilio Vaticano II, entró en diálogo, con corazón abierto y valiente. Claro está, que esta actitud generó, con el paso de los años, tensiones que contenían en lo profundo significativas esperanzas, mezcladas con miedos propios de la época. Tensiones compuestas de avances claros y de retrocesos amargos, como de coraje y de temor, pero siempre con apertura a las exigencias que el mundo y el evangelio le exigían a la Iglesia para ser fiel a la misión que el mismo Jesucristo le encomendó a través de los apóstoles¹. Precisamente por eso, el Concilio Vaticano II presenta un nuevo ardor pastoral, así lo afirma el mismo documento conciliar: «Fue un Concilio netamente *pastoral* que se esforzó desde un principio por presentar al hombre de hoy una faz nueva, renovada de la Iglesia. Así lo quisieron Juan XXIII y Pablo VI, y así fue la realidad en las deliberaciones y decisiones conciliares»². También es importante destacar que el Concilio Vaticano II se define a sí

¹ Cf. J. B. LIBANIO, *La Iglesia desde el Vaticano II hasta el nuevo milenio*, Mensajero, Bilbao 2004, 54-59.

² G. VALLEJO TOBÓN, *Concilio Vaticano II, Introducción*, San Pablo, Santafé de Bogotá 2000, 12.

mismo innovador, diciendo: «El Vaticano II es también renovador, más bien que reformador»³. Pero, esta renovación es por ser fiel a Jesucristo y a los tiempos actuales, por eso, «puede afirmarse que ha sido una respuesta de la Iglesia a las urgencias de la humanidad de su tiempo, con mayor razón aún hay que decirlo del Vaticano II»⁴.

Por otro lado, durante varios siglos la experiencia de la Iglesia y la visión que se tenía del sacerdote desde el interno de la misma y desde la percepción externa, había oscilado entre la realidad sacral y cultural hasta que por fin con el Concilio Vaticano II se provocó y generó una nueva manera de ser Iglesia y por ende de ser sacerdote. Sin duda este fue el objetivo central de la convocación de Concilio Vaticano II, impulsar una fuerte renovación de toda la Iglesia extendida en el mundo entero. Esta ha sido una experiencia fuerte del Espíritu en el corazón de la Iglesia que posibilitó una profunda renovación de la teología, la formación sacerdotal, bíblica, litúrgica, etc., de manera general, la vida de toda la Iglesia. Renovación que implicaba directamente la vida y ministerio sacerdotal, para responder a las exigencias actuales de un mundo nuevo, que exige un rostro nuevo de Iglesia y de presbítero. Lamentablemente muchas lecturas e interpretaciones reduccionistas que se hicieron del Concilio Vaticano II condujeron a relativizar y en muchos casos desvalorar en gran medida aspectos esenciales de la vida, de la espiritualidad y ministerio sacerdotal. Entre los aspectos fundamentales que fueron perdiendo importancia por diversas apreciaciones, experiencias o realidades del presbítero fue precisamente la oración. Unos se aferraron a la oración sin tomar en cuenta las situaciones externas del mundo y otros privilegiaron la acción pastoral, sobre todo lo social marginando o erradicando de su vida ministerial la oración. Claramente, toda esa situación correspondía también a la nueva manera que el mundo percibía la vida, la persona y el ministerio del presbítero. La experiencia de la secularización provocó diversos desbalances en la vida sacerdotal, como en la vida universal de la Iglesia. Conviene destacar que la incipiente descentralización de la Iglesia que se vuelca al mundo insertándose para vivir y acompañar en sus «penas, alegrías y sufrimientos» (GS 1) a los hombres y mujeres de su tiempo era necesario. Pues, por muchos siglos habían caminado sin el acompañamiento directo del pastor por la concepción sacral y cultica que se tenían de sí mismos, los presbíteros y les tenía la sociedad de ese momento. Pero esto cambió rápidamente. Esta nueva experiencia provocó que en distintos lugares surgieran y existieran diversas actitudes hacia la Iglesia. En concreto,

³ Ibid., 12.

⁴ Ibid., 11.

en la persona del sacerdote, unos valoraron el cambio, otros lamentaban y añoraban el pasado, otros se distanciaron y otros rechazaban esta nueva manera de ser de la Iglesia en el mundo, especialmente al sacerdote que la hace presente⁵. Sin duda, previendo el huracán que se acercaba con estos cambios, el Concilio Vaticano II y documentos posteriores sobre la formación sacerdotal y la vida del presbítero, resaltarán como esencial la experiencia de la oración. Como se ha venido insistiendo, toda esa renovación profunda es necesaria, pues «el Vaticano II ha señalado como ningún otro Concilio, la vitalidad de la Iglesia y su deseo de encarnarse cada vez más en el hombre de cada tiempo»⁶.

2.2. LA ORACIÓN DEL SACERDOTE EN EL CONCILIO VATICANO II

A continuación se presentan aquellos números de las constituciones y decretos conciliares que hagan referencia a la oración del presbítero.

a) Constitución *Lumen Gentium*

En este documento conciliar, se invita al presbítero a realizar sus oraciones por el pueblo de Dios. También se le pide ver que su tarea apostólica no debe ser motivo de dispersión, sino de impregnarla de la contemplación, diciendo:

«Ofrezcan, como es su deber, sus oraciones y sacrificios por su pueblo y todo el pueblo de Dios, reconociendo lo que hacen e imitando lo que tratan. Así, en vez de encontrar un obstáculo en sus preocupaciones apostólicas, peligros y aflicciones, sírvanse más bien de todo ello para elevarse a más alta santidad, alimentando y fomentando su actividad de la abundancia de la contemplación, para consuelo de toda la Iglesia de Dios» (LG 41).

b) Constitución *Sacrosanctum Concilium*

En referencia a la oración, se pide a los presbíteros dedicados a la labor apostólica orar la alabanza de la Iglesia, pero también, orar insistentemente a toda hora

⁵ Cf. G. GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, Sígueme, Salamanca 2003, 20-22.

⁶ G. VALLEJO TOBÓN, o.c., 12.

como san Pablo. Sabiendo que el mismo Jesús la recomienda y los apóstoles la practican. Este deseo de la Sacrosanctum Concilium, lo define de la manera siguiente:

«Los sacerdotes dedicados al sagrado ministerio pastoral rezaran con tanto mayor fervor las alabanzas de las horas cuanto más vivamente estén convencidos de que deben observar la amonestación de san Pablo: ‘Orad sin interrupción’ (1 Tes 5, 17); pues solo el Señor puede dar eficacia y crecimiento en la obra en que trabajan, según dijo: ‘sin Mí no podéis hacer nada’ (Jn 15, 5); por esta razón los apóstoles, al constituir diáconos, dijeron: ‘así nosotros nos dedicaremos de lleno a la oración y al ministerio de la palabra’ Hch 6, 4» (SC 86).

c) Decreto Ad Gentes

En lo concerniente a la dimensión misionera de la Iglesia, este Decreto, pide a los que se forman para realizar dicha misión, un espíritu de oración desde el proceso de formación. Siendo los presbíteros, los primeros llamados a la misión, retomo el contenido que describe lo siguiente: «Ejercítense, cultívense, elévense y nútranse cuidadosamente de vida espiritual estas disposiciones de alma ya desde el tiempo de la formación. Lleno de fe viva y de esperanza firme, el misionero sea hombre de oración; inflámese en espíritu de fortaleza, de amor y de templanza (Cfr. 2Tim 1, 7)» (AG 25).

d) Decreto Optatam Totius

Entre las indicaciones para la formación presbiteral, el Decreto *Optatam Totius*, establece con claridad, la unidad esencial que debe existir entre espiritualidad, doctrina y pastoral. Elementos formativos que deben animar y configurar el proceso de formación de los candidatos al sacerdocio. A través de este itinerario formativo los seminaristas, futuros sacerdotes, desarrollaran la capacidad de aprender a relacionarse y comunicarse con el Padre por su Hijo en el Espíritu Santo. Esta apretura a los misterios divinos, debe conducirlos a buscar a Cristo a unirse a Él, como amigos, en intimidad de vida. También, se recomienda que practiquen ejercicios de piedad recomendados por la Iglesia que ayuden a vivir su espiritualidad. Pero, observa que no deben quedarse únicamente fomentando el afecto religioso, sino abrirse a todas las implicaciones del seguimiento de Cristo. De esta manera enseña el Concilio Vaticano II lo importante que es la oración en el proceso de formación y en la vida del sacerdote en las diferentes dimensiones y circunstancias que le corresponda vivir (cf. OT 8).

e) Decreto Presbyterorum Ordinis

El camino que el presbítero recorre diariamente por la multiplicidad de preocupaciones en el ámbito pastoral, corre el riesgo de desparramarse en todo eso. Para evitar caer en extremos, el Decreto conciliar pide encontrar la unidad entre la vida interior con la magnitud de las acciones exteriores. Hace notar que la experiencia íntima con el Señor impregna las actividades o tareas cotidianas, sin la cual no hay auténtica pastoral. Por otro lado, también reconoce que es a través de ese encuentro con el Señor, como el sacerdote va adquiriendo en su propia persona los sentimientos y actitudes evangélicas del Buen Pastor. Actitudes que debe manifestar, transmitir y comunicar a las personas a las cuales sirve en nombre de Cristo a través de la Iglesia. De esta manera puede brotar una unidad interior y exterior gracias a la armonía que nace del encuentro con Cristo, raíz, principio y fundamento de su vida ministerial. Solamente por la unión íntima a través de la oración se puede penetrar en el conocimiento genuino de Cristo (cf. PO 14). De la misma forma hace hincapié en la necesidad que el sacerdote tenga una vida contemplativa en lo que corresponde al ministerio de la predicación, pues únicamente será creíble y fecundo aquello que transmitan como fruto de lo que han contemplado y saboreado más a fondo en la intimidad con Cristo (cf. PO 13). Así mismo, también se manifiesta que los presbíteros: «en el rezo del oficio divino prestan su voz a la Iglesia, que persevera en la oración, en nombre de todo el género humano, juntamente con Cristo, que ‘vive y siempre para interceder por nosotros’ (Heb 7, 25)» (PO 13). Para fomentar la vida espiritual y el espíritu de oración personal y comunitaria del presbítero, el Decreto conciliar afirma que:

«Para cumplir con fidelidad su ministerio, gusten cordialmente el coloquio divino diario con Cristo Señor en la visita y en culto personal de la sagrada eucaristía, practiquen gustosamente el retiro espiritual y aprecien en mucho la dirección espiritual. De muchas formas, especialmente por la recomendada oración mental y variadas formas de oraciones, que eligen a su gusto, los presbíteros buscan y piden insistentemente a Dios aquel verdadero espíritu de oración con que ellos mismos, juntamente con el pueblo que se les ha confiado, se unen íntimamente con Cristo Mediador del Nuevo Testamento, y así pueden clamar como hijos de adopción: ‘Abba, Padre’ (Rom 8, 15)» (PO 18).

3. La realidad del sacerdote después del Concilio Vaticano II

En definitiva, conviene de manera muy general acercarnos a ver unas situaciones que comenzaron a emerger, tanto positivas como negativas con los planteamientos nuevos del Concilio Vaticano II en relación a la Iglesia y a la persona del presbítero. Naturalmente, el sacerdote continuó ocupando un lugar central en la vida de la Iglesia. Pero, las nuevas realidades sociales y eclesiales, el enfoque pastoral innovador y de evangelización nueva que empezaba a brotar, provocaron que el sacerdote se sintiera como desfasado, desubicado en el papel que debía desempeñar y realizar dentro de la comunidad eclesial. Unido a esta situación, también van surgiendo otras visiones, imágenes y concepciones del sacerdocio muy distintas a las acostumbradas, desprovistas del sentimentalismo preconiliar. Las imágenes y experiencias de las nuevas vivencias del ministerio sacerdotal tras el Concilio Vaticano II, son bien significativas. Donald Cozzens, retomando de James Bacik, describe ciertas imágenes. Anteriormente se veía al sacerdote en un pedestal, ahora baja a participar de la dignidad e igualdad esencial del pueblo de Dios. Del presbítero predicador que insistía en lo doctrinal y la conducta moral, al presbítero pedagogo moderno que ayuda a que las personas descubran y amen a Dios que habita en su interior. Del presbítero solitario, cultural y administrador, al presbítero siervo-líder en la comunidad parroquial, viviendo su ministerio en colaboración. Del presbítero con una espiritualidad monástica en la que había sido formado al presbítero con espiritualidad secular que se alimenta del propio ejercicio del ministerio. Del presbítero preocupado por salvar almas a través de la celebración de los sacramentos, al presbítero que lucha por la justicia, la paz y la liberación de las personas. Estas imágenes y perfiles nuevos del ministerio presbiteral, reclaman una redefinición de su identidad⁷.

Por otro lado para evitar que se continuara con las diferencias muy marcadas que se tenía entre laicos y sacerdotes anteriores al Concilio Vaticano II, con la nueva perspectiva del Concilio Vaticano II, se acentúa la idea o el concepto de igualdad entre fieles y clero por el hecho de ser miembros bautizados del pueblo de Dios. Al captarse mal el espíritu de igualdad y al mismo tiempo de identidad del presbítero en relación a los laicos, se inicia una crisis profunda. En relación al obispo, el sacerdote pasó a ser su colaborador, dándose así mayor importancia al episcopado. El sacerdote empieza a

⁷ Cf. D. B. COZZENS, *La faz cambiante del sacerdocio*, Sal Terrae, Santander 2010, 25-30.

verse, a sentirse, a comprenderse, que debe vivir su sacerdocio de una manera nueva. Al mismo tiempo la toma de consciencia de parte de los laicos les ayuda a salir de su papel de personas pasivas a agentes activos. Sobre todo, lo relacionado a las tareas pastorales y eclesiales, muchas veces desempeñando acciones que fueron ejecutadas por los sacerdotes a lo largo del tiempo. De la misma manera se procedió a relativizar la idea que se tenía del sacerdote, de considerarlo una persona separada, apartada, distante de los avatares de la vida cotidiana, al margen de la historia, por una visión y comprensión nueva del sacerdocio. Así mismo se fue diluyendo la concepción que se tenía de la espiritualidad del sacerdote, centrada totalmente en lo interior y manifestada en la piedad, por una espiritualidad más vital y encarnada⁸. Según Saturnino Gamarra, en el Concilio Vaticano II se da un cambio en lo concerniente a la espiritualidad, pero eso no significa que se haya olvidado o restado importancia a la experiencia de la oración como tal, más bien pone el énfasis en su significado para la vida total del sacerdote en el ejercicio de su ministerio⁹. A sí de manera sintética se ha podido percibir que justamente después del Concilio Vaticano II con sus grandes luces en todos los niveles, se reubicó en un justo lugar al sacerdote y la nueva manera de cómo debía servir en la Iglesia inserta en el mundo, que como todo cambio también produjo una fuerte crisis en la vida e identidad del sacerdote hasta lo que vivimos actualmente.

4. Textos posteriores al Concilio Vaticano II

4.1. *RATIO FUNDAMENTALIS INSTITUTIONIS SACERDOTALIS (1985)*

Pasada la efervescencia del Concilio Vaticano II, contemplados sus logros y arrastrando las interpretaciones equivocadas y las mismas crisis relacionadas con la vida y el ministerio sacerdotal, en el año 1970 se realizó un estudio sobre las normas básicas que se necesitan para la formación sacerdotal. 15 años más tarde se volvió a retomar la temática para tratar la experiencia de la formación sacerdotal. Prácticamente, el documento del 1985 recoge las mismas intuiciones que el realizado en el año 1970, razón por la cual retomo el documento del 1985 en lo referente a la oración. En este

⁸ Cf. G.GRESHAKE, o.c., 41-42.

⁹ Cf. S. GAMARRA, *Manual de espiritualidad sacerdotal*, Monte Carmelo, Burgos 2008, 269.

documento se insiste en la necesidad de que los seminaristas y los presbíteros fortifiquen su intimidad con el Señor a través de la oración de la Iglesia en sus diversas expresiones. En esta oración juega un papel importante la Sagrada Escritura. El documento define la necesidad de la oración de esta manera:

«En la adoración eucarística de formación deben estar unidos íntimamente para el Oficio Divino, por la que los sacerdotes ‘oran a Dios en el nombre de la Iglesia y en favor con todo el pueblo a ellos confiado, más bien en favor de todo el mundo’ [140]. Por tanto, los alumnos aprenden a orar en la Iglesia por medio de una introducción más adecuada a la sagrada liturgia, los Salmos y otras oraciones impregnadas de sagrada Escritura, a través de la recitación frecuente de una parte común de la Oficio (por ejemplo, las horas o las Vísperas), para que puedan comprender con mayor capacidad y veneración de la palabra de Dios, que habla en los Salmos y en toda la liturgia y, al mismo tiempo, ser educados para observar fielmente la obligación del Oficio Divino en toda su vida sacerdotal [141]»¹⁰.

4.2. LA FORMACIÓN DE LOS SACERDOTES EN EL SÍNODO DE LOS OBISPOS, LINEAMENTA: *LA FORMACIÓN DE LOS SACERDOTES EN LAS CIRCUNSTANCIAS ACTUALES 1990*

Acertadamente, cinco años más tarde se vuelve a abrir una nueva ventana, para analizar de manera conjunta el camino de la formación sacerdotal. La finalidad es reubicar, purificar, retomar y reencauzar la formación para responder al presente con nuevos retos y desafíos posteriores al Concilio Vaticano II sobre la formación sacerdotal. Han transcurrido 25 años del acontecimiento del Concilio Vaticano II. La Iglesia, con sus riquezas y esperanzas experimentadas en las diferentes partes y circunstancias del mundo, se dispone a analizar el camino de la formación sacerdotal. Los Padres Sinodales proceden de diversas partes del mundo, razón por la cual su análisis presenta dos dificultades concretas: 1) Una porque proceden de diferentes lugares y realidades, eso significa, diferencias entre iglesias particulares. 2) La segunda dificultad es el resultado de la evolución de las mentalidades y de las mismas instituciones. Independientemente de esa realidad, la Iglesia universal reunida y representada por los obispos de los diferentes continentes reflexiona sobre la formación del sacerdote en la situación y circunstancias actuales. Su deseo es que la formación

¹⁰ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, n. 53.

responda adecuadamente a las inquietudes más profundas del corazón humano que busca al Señor y poder servirle en el ministerio sacerdotal. Realidad sacerdotal que necesita una sólida formación, para responder a las exigencias actuales. Los obispos se preocupan del proceso formativo en el seminario y de la formación permanente que debe alimentar la vida del sacerdote en el ejercicio del ministerio¹¹. Por razones propias de la temática, se delimita la mirada únicamente al aspecto que corresponde a la oración del sacerdote con sus respectivas relaciones e implicaciones en los diferentes niveles que corresponda.

a) Educar al sentido del Misterio

Los Padres Sinodales reconocen que dentro de los diversos niveles de preparación que son necesarios para ir configurando el corazón, la vida del formando que luego será sacerdote, lo más esencial y central es generar una persona, un hombre de profunda fe y de oración, experiencia que va adquiriendo y le va forjando a través de las diferentes prácticas espirituales a nivel personal y comunitario. También por medio de la profundización de los estudios, del dejarse guiar por el Espíritu, le van permitiendo tener un acercamiento y un conocimiento más íntimo de Jesucristo y de Dios. De Dios que se ha revelado en la persona de su Hijo, que acerca el Misterio a los hombres. Esta educación al misterio no puede ser posible sin una vida asidua de oración, que debe adueñarse o apropiarse del formando al sacerdocio. El formando debe desear y anhelar la experiencia de la oración que le acompañará y unirá en su vida de sacerdote a Cristo. Oración hecha de comunicación, de diálogo, de encuentro, de intimidad con el Señor. La oración del sacerdote está configurada en tres niveles que le permiten vivir esta experiencia en diversos momentos: (1). Tanto a nivel personal o individual. (2). Como también los espacios de oración que se propician en la vida de la comunidad. (3). Alcanza su máxima expresión en los momentos correspondientes a la celebración de la vida litúrgica de la Iglesia. De tal manera que toda la vida personal y ministerial del sacerdote queda configurada por la oración, concediéndole una orientación y un sello único. Experiencia oracional que colmará de gracia todo lo que realice, permitiéndole tener una mirada contemplativa que le lleve a ver en cada persona

¹¹ Cf. L. RUBIO MORÁN, *La formación de los sacerdotes en la situación actual*, Sínodo 90, Sígueme, Salamanca 1991, 16.

la presencia y la imagen del Señor que le ha llamado y enviado como discípulo suyo. Esta oración es un diálogo personal con la Santísima Trinidad en un clima de silencio interior, bebiendo del amor y de la misericordia Trinitaria, de manera particular en la Eucaristía¹².

b) El seminario, escuela de oración

La tarea de iniciar la búsqueda y el espíritu de oración en la persona y en la vida del futuro sacerdote empieza formalmente en su proceso de formación como seminarista. Es insustituible la búsqueda personal y silenciosa del Señor de parte del aspirante al sacerdocio, y de los que ya lo ejercen. Es el seminario o la casa de formación, los lugares indicados que deben ofrecer y proponer espacios, tiempos y elementos oportunos para iniciarse en la experiencia de la oración de manera formal y asidua. Cada seminarista que ingresa lleva consigo una experiencia muy particular de lo que es o significa la oración, en algunos casos limitada, en otros profunda. Esta experiencia depende de su medio familiar, eclesial y cultural en el que haya ido compartiendo su experiencia religiosa. Para alcanzar esta gracia de la oración es esencial que sea una de las prioridades de la vida del seminario, evitando que se disuelva en el título general de «Formación Espiritual». Es necesario brindarle la importancia y el espacio a la reflexión y meditación en la vida del futuro sacerdote, para cimentar su vocación en este don de la oración. Pues de las raíces profundas que en este tiempo de formación alcance en su vida de seminarista, dependerá la conservación y prolongación de su vida de oración a lo largo de su vida y ministerio presbiteral. Para esto es imprescindible acudir a la palabra de Dios, nutrirse de la Eucaristía, la adoración del Santísimo sacramento, la participación del sacramento de la penitencia y la reconciliación. Sin duda, nunca se debe olvidar que la formación espiritual, concretamente, el estar con Cristo en el tiempo de oración es como la savia en el árbol, la sangre en el cuerpo. La oración debe ser el alma de la vida del seminario que actúa como un agente determinante en la vida del futuro sacerdote. De esa manera el seminario va ejerciendo su misión formativa y convirtiéndose en lo que realmente debe ser: una escuela de iniciación en la oración¹³.

¹² Cf. Ibid., 30.

¹³ Cf. Ibid., 217.

c) Primacía de la vida espiritual sacerdotal

La dimensión central que ocupa la vida espiritual en la vida del sacerdote es uno de los aspectos importantísimos que los obispos reunidos en el Sínodo 90 rescataron. Entendiéndola no como un apartado, ni como intimismo desencarnado, sino como fuente dinamizadora del ser y quehacer del sacerdote inserto en la sociedad. Los Padres Sinodales, retomando el itinerario formativo tradicional, hicieron notar la necesidad de integrar armónicamente los niveles formativos, pero siempre insistieron que: «En la vida del sacerdote la dimensión espiritual detenta el primado sobre los otros aspectos por importantes y esenciales que sean»¹⁴. De esta forma, todos los demás aspectos quedan profundamente vinculados entre sí, y evitar la separación de los mismos. Pues la vida espiritual no está volcada en un ensimismamiento, al contrario, abarca todo el ser, el saber y el obrar, la vida personal y social del presbítero. Una espiritualidad integrada armónicamente entre madurez humana, cristiana y sacerdotal es fecunda y necesaria para seguir a Cristo. La espiritualidad sacerdotal cimentada en Cristo necesita insertarse profunda y verídicamente en la realidad, siguiendo el ejemplo y camino de Cristo, que pasó haciendo el bien. De esa manera el sacerdote se convierte en testigo del misterio, transformándose, por la gracia del Señor, en instrumento de servicio y comunión a imagen de Jesucristo Buen Pastor. Como expresión inconfundible de la espiritualidad se encuentra el pilar no negociable de la oración que surge como el sol que ilumina y esclarece, nutre y fortalece la vida y ministerio del sacerdote que humildemente se deja fecundar por ella. De esta manera la oración se convierte en una fuente inagotable de la cual se nutre el sacerdote y en razón de la misma, todas sus actividades, relaciones, celebraciones, sentimientos, afectos y actitudes cotidianas quedan irrigadas e irradiadas por la experiencia transversal de la oración. Por más importantes, exigentes e inmediatos que resulten los otros aspectos que configuran la vida del sacerdote, nunca puede olvidar y mucho menos arrancar de su vida sacerdotal el encuentro con Cristo a través de la oración. Prácticamente, todo debe estar relacionado con la espiritualidad sacerdotal, por la participación en la consagración de Cristo Sacerdote. De esta gracia de la participación y de la consagración, nace la exigencia para el sacerdote de vivir una intensa vida espiritual auténtica¹⁵.

¹⁴ Ibid., 64.

¹⁵ Cf. Ibid., 64-65.

d) La formación sacerdotal y la oración

La importancia de la oración en la vida sacerdotal no es puntual, es fruto de toda la preparación académica, comunitaria, pastoral y fundamentalmente espiritual que prepara al futuro sacerdote a beber del manantial inagotable que se encuentra en el encuentro íntimo con el Señor a través de una vida de oración. La oración no puede y no debe ser una cátedra más, es una experiencia personal de amor al Señor, para lo cual le serán útiles los diversos elementos que le puedan ayudar a vivir esa intimidad con el Dios de la vida. Es propiamente en el proceso de formación donde quedan cimentadas las bases que después irá desplegando a lo largo de su vida sacerdotal y ministerio pastoral. Por otro lado es imposible pensar o creer que el aspecto de la oración se irá generando en el transcurso de la vida sacerdotal sin haberla cultivado en los inicios de la formación. Es necesario inculcarlo y desearlo para que se convierta en un modo de ser y proceder del presbítero. Recordando que el corazón del pastor de las almas no se puede improvisar ni forjar de la noche a la mañana, es toda una tarea y una gracia que se cultiva durante la etapa de la preparación en el silencio de la escuela de oración en la casa o lugar de formación¹⁶. Esta formación exige del formando el incremento de una fe auténtica, que conduzca a amar a Dios y a Cristo. Esa fe se expresa a través de la oración que le concede la fortaleza para permanecer con el Señor en el desierto y el monte en comunión con Él. Los educadores o formadores son los responsables de elegir los medios, formas y modos más adecuados para educar a los aspirantes al sacerdocio en la experiencia de la oración. Pues, no solamente deben formar al futuro presbítero, para que desarrolle funciones sacerdotales, si no cimentarlo en las convicciones esenciales de la fe y del seguimiento de Cristo. Para que pueda llegar a ser un sacerdote según el más profundo sentido de este, que es: ser un hombre, ser un cristiano y ser un presbítero. Por lo tanto, el formando y el sacerdote en ejercicio, son los implicados directos velar, cultivar e internalizar experiencia de oración en su vida¹⁷. Se exige una formación sólida en el ámbito de la espiritualidad, esencialmente en la dimensión de la oración del sacerdote. Esta exigencia se transforma en una urgencia y en una gracia para que el sacerdote pueda verdaderamente vivenciar esta intimidad con Cristo, a través de su configuración ontológica con Cristo sacerdote. A su vez, el sacerdote, hombre de Dios, debe revelar, manifestar a Cristo a por medio de su vida a la comunidad cristiana,

¹⁶ Cf. *Ibid.*, 65-67.

¹⁷ Cf. *Ibid.*, 144.

como Cristo fue revelador del Padre¹⁸. Los Padres Sinodales constantemente recuerdan que «en todos los estadios de la formación, ya para candidatos, ya para los ordenados sacerdotes, lo central es conseguir la intimidad con Cristo en la oración, tanto personal como comunitaria, privada como litúrgica. En ambos órdenes de oración han de ser ejercitado todos, porque a uno y a otro hay que dedicar el tiempo diario»¹⁹.

e) La experiencia de la oración en la vida del sacerdote

Esta experiencia, es fruto especialmente de la formación espiritual que va forjando en el corazón y en la persona del futuro presbítero una persona nueva. Así lo describen los obispos cuando afirman que: «La formación espiritual implica una profunda experiencia de oración; tal experiencia conferirá a la vida del sacerdote su estilo peculiar, su espíritu, su alma. Ella dispone, además, a contemplar a todas las personas en una perspectiva de fe»²⁰. Entre los diversos elementos que configuran la espiritualidad sacerdotal, es una exigencia no impuesta, ni obligatoria, sino propia del ser del sacerdote el cultivar por vocación, por amor y gratitud la relación personal con Jesucristo a través de la oración por medio de sus diversas y diferentes expresiones. Por otro lado esta exigencia esencial del encuentro con el Señor es la que armoniza, garantiza y posibilita el florecimiento de su ministerio pastoral en todas sus dimensiones, situaciones y circunstancias. El encuentro con el Señor a la vez sensibiliza lo profundo de su corazón de pastor y le dispone a hacer suyas las dificultades más sentidas, sufridas y dolorosas de la comunidad cristiana. Un sacerdote que no ora, jamás internaliza las luchas y los sufrimientos que la comunidad experimenta porque le falta esa intimidad profunda con el Señor para tener sus mismos sentimientos frente al dolor de sus hermanos. La oración inflama su corazón humanizándolo, haciendo del sacerdote una persona generosa, solidaria y con una mirada contemplativa. Especialmente podrá ver a todas las personas en una perspectiva de fe en la vida cotidiana como fruto de la intimidad con Señor. De esta forma la oración en la vida del sacerdote no es un simple apartado de su estilo de vida o un agregado formativo al que debe prestar atención. Es la fuente que configura, iluminando, integrando o fecundando toda su acción pastoral como hombre de Dios, y al mismo tiempo como hombre entre los hombres, por gracia y

¹⁸ Cf. *Ibid.*, 296-297.

¹⁹ *Ibid.*, 305.

²⁰ *Ibid.*, 71.

bondad del Señor. Dentro de las experiencias de oración de la Iglesia, la liturgia de las horas expresa y renueva la fe, pues la liturgia como acción de gracias y alabanza ensancha el corazón a través de los ritos, signos y símbolos a los que hace referencia, alcanzado su culmen en la Eucaristía²¹.

f) La Palabra de Dios nutre la oración del sacerdote

La oración personal, uno de los encuentros privilegiados que favorece la intimidad con el Señor bajo la acción del Espíritu Santo en un clima de silencio, permite arraigarse en el sentido profundo del misterio de Dios. Por otro lado, la lectura espiritual permite acercarse y beber del pozo ajeno, pero cercano y familiar de la tradición patristica y del testimonio de los santos que nos ha legado su experiencia espiritual a través de los siglos de la vida de la Iglesia peregrina. De la misma manera, la búsqueda profunda del Señor, a través del estudio académico o intelectual, puede conducir a la contemplación de sus misterios insondables, pero a la vez escrutables hasta cierto sentido. Así mismo la devoción a la Virgen María, madre de Jesucristo, madre de la Iglesia y de manera muy especial y esencial madre de los sacerdotes. Ella debe encontrar y ocupar un sitio indiscutible en la formación, en la vida y en el ministerio, a través de una oración filial, confiada y profunda.

Entre las diversas riquezas espirituales, que nutren de manera única la vida de oración del sacerdote, se encuentra la lectio divina, la lectura orante y meditada de Palabra de Dios. El encuentro con la Palabra de Dios es insustituible en la vida del sacerdote. Dios, a través de su Palabra, habla al sacerdote a lo más profundo de su ser, a su corazón. La Palabra de Dios, vivifica, fortifica y enriquece la vida y el ministerio del sacerdote, por medio del encuentro en la oración personal. Cuando bebe de la fuente de la Palabra revelada, es capaz de escuchar y abrirse a las inspiraciones que el Espíritu Santo le provoca por medio de la asidua meditación de la Palabra de Dios. La Palabra divina, como espada de doble filo, a la vez que lo alimenta, lo cuestiona, en su manera de ser y proceder. Por otro lado, la lectura asidua en clima de oración concede al sacerdote la gracia de dejarse impregnar por el Espíritu que contiene la Palabra Divina. Al mismo tiempo, esta Palabra de Dios, le provoca y convoca a hacer, la experiencia transformante de la conversión. La oración que se nutre de la Palabra de Dios es una

²¹ Cf. Ibid., 65-72.

oración inconfundible y profunda, porque entra en relación y en diálogo con el mismo creador. Por medio de este encuentro orante con la Palabra divina, Dios se le manifiesta al presbítero, como el Dios de la vida y del amor que lo ama entrañablemente. Así mismo la Palabra de Dios llena de luz el corazón y desempeña el pensamiento del sacerdote, que unifica de manera singular su ser y toda la faena que desencadena cotidianamente²².

g) El sacerdote, hombre de oración

La experiencia de la oración en la vida del sacerdote, no es una únicamente una actividad o una tarea más que debe desarrollar en el transcurso de su vida ministerial-pastoral. Esta realidad orante es algo más profundo de su ser sacerdotal y no depende solamente de que en la consagración sacerdotal haya prometido y comprometido orar asiduamente. Esta experiencia brota de su misma vocación e identidad sacerdotal que le une íntimamente con Jesucristo. Como hombre de oración, el presbítero ama, sigue y sirve a Cristo a través de la Iglesia en la comunidad en la comunidad eclesial. El sacerdote debe tener bien claro en su vida, que no es únicamente el hombre que debe gastarse y desgastarse en bien de los demás. Su entrega debe estar rebotante de espíritu, ante todo, por ser hombre de Dios, significa ser hombre de oración. Como discípulo de Jesucristo, sin caer en mimetismos, debe apropiarse de aquella experiencia oracional de su Maestro. El Señor, antes de iniciar su ministerio, pasó cuarenta días en el desierto contemplado y dialogando con su Padre en soledad profunda y en clima de oración. Jesús, en todos los momentos de su vida oró a su Padre, especialmente en las circunstancias más críticas de su paso por la historia humana. Como hombre de oración, el sacerdote debe generar una amistad profunda con el Señor, fuente inagotable de su vida y de su ministerio. Esta convicción le permitirá dialogar con el Señor, contemplarlo y confiarle la misión que la Iglesia le ha encomendado. Es imposible que el sacerdote sea un hombre de oración si no propicia y privilegia los encuentros con el Señor, razón de su ser y raíz de su vida sacerdotal y de su ministerio pastoral. Solamente viviendo en comunión con Jesucristo que le ha llamado y enviado, podrá ser su testigo creíble inmerso en un mundo que le resta importancia a la oración, siendo él mismo, un hombre de oración. Por otro lado, como hombre de oración, el sacerdote está llamado a fecundar

²² Cf. *Ibid.*, 72.

la vida de la familia y la comunidad que se le ha confiado a través de su oración constante por ellos como hombre de Dios. Nada más bello y hermoso que del corazón y de los labios del sacerdote brote la oración por el pueblo a él confiado, para animarlo, amarlo y encaminarlo al encuentro del Señor²³.

h) El sacerdote, maestro de oración

Conviene recordar, que el sacerdote por ser un hombre consagrado, ministro de los sacramentos, padre espiritual, hombre de intimidad, familiaridad y cercanía con el Señor a través de la oración. Esta experiencia lo capacita y lo convierte por gracia del Señor en maestro de oración para la comunidad encomendada a su cuidado pastoral. El sacerdote, no solo debe enseñar a orar por medio de charlas y reflexiones sobre la necesidad de la oración en la vida del laico. Como hombre religioso y espiritual, debe transmitir su propia experiencia de oración a través de momentos propicios a nivel de familias, grupos y comunidades para que experimenten en su propia vida la gracia de la oración. De esta experiencia sacerdotal de oración está necesitado el pueblo de Dios y lamenta profundamente la ausencia y la carencia de ministros que los inicien y conduzcan al encuentro del Señor a través de la oración. Su enseñanza y testimonio vital de oración, colmará el hambre y la sed de muchísimos fieles, para que en su amor y búsqueda de Dios no se desvíen del camino recto que los conduce al Señor. Del mismo modo, se enfatiza que el ministerio apostólico para ser fecundo, exige una asidua oración de parte del sacerdote. De esta manera, todo lo que realiza el presbítero debe estar inspirado en Cristo y por Cristo, fuente de su vida ministerial²⁴. El presbítero, nunca debe de olvidar que «el sacerdote es el hombre de Dios, aquel que pertenece a Dios y hace pensar en Dios»²⁵.

i) Oración y apostolado en la vida del sacerdote

Ahora bien, para comprender la importancia de la oración en el apostolado del sacerdote, basta con consultar su agenda de cada día, para darse cuenta de las diversas

²³ Cf. Ibid., 111-112.

²⁴ Cf. Ibid., 142.

²⁵ Ibid., 110.

celebraciones y actividades que debe afrontar. Sobre todo, los que ejercen en áreas rurales deben desplazarse para las comunidades a través de carreteras peligrosas y distantes del área urbana para celebrar sacramentos, compartir retiros, formación en los centros, etc. Sin duda todas estas actividades enriquecen y llenan el corazón del sacerdote, pero paralelamente lo desgastan y pierde mucha energía. Frente a estas tareas muy buenas, se necesita de la intimidad con el Señor a través de la oración, para que su apostolado sea fecundado y su vida no se quede vacía. Hace unos años se escuchaba decir a los sacerdotes, religiosas y religiosos: todo es oración, comprometerse con los pobres es oración. De esa manera se fueron limitando y eliminando los momentos de intimidad con el Señor por considerarlos de poca o nula importancia.

Se necesita que el candidato que luego será sacerdote aprenda a orar y a orar bien según el modo y el método que le haga más accesible adentrarse en la experiencia de la oración. Pues, «el pastor de almas no se improvisa: se forja cada día en la escuela de la oración; las diversas instancias formativas de la vida sacerdotal deben verificar la seriedad de este itinerario»²⁶, para ser fecundo en la vida apostólica. Esta necesidad de intimar con el Señor a través de la oración es para que el apostolado no sea estéril y esté inspirado e impulsado por esta fuerza escondida que, llenando de fuerza al sacerdote, sostenga y haga fecundo el apostolado. Por otro lado el apostolado que brota de la oración está orientado a buscar hacer la voluntad Dios en todas las circunstancias de la vida. En el apostolado el sacerdote está llamado a manifestar una fe inquebrantable, una armonía e integración que brota de la oración²⁷.

j) La oración y la vocación profética sacerdotal

«Como educador en la fe y como guía, pastor y profeta, es presbítero estará siempre de su pueblo, singularmente de los pobres y necesitados. No sólo en algunas partes de este mundo, sino en casi en todas las partes se pide al presbítero que haga opción evangélica y preferencial, no exclusiva ni excluyente, pero verdadera y concreta en favor de los pobres. Conviene que esté preparado para anunciar la liberación humana radical (es decir la liberación del pecado personal y del pecado social) y plena (esto es, para la vida cristiana y evangélica y para la vida eterna). Conviene que esté preparado para denunciar la injusticia y los varios tipos de opresión y de vejación sobre la dignidad de la persona humana»²⁸.

²⁶ Ibid., 233.

²⁷ Cf. Ibid., 112.

²⁸ Ibid., 143.

Para evitar polarizaciones y desvíos en la misión profética del presbítero, el documento hace hincapié en las raíces que sostienen, provocan y hacen fecunda la vocación profética del sacerdote, inmerso en las diferentes realidades que laceran la vida de los hombres de su tiempo. El sacerdote, a través de la oración, podrá contemplar e internalizar los sufrimientos de las personas y las causas que lo generan. Esta palabra profética brota a la luz del encuentro profundo con el Señor en el silencio orante. De esta manera podrá señalar, sin superficialidades y ambigüedades, todo lo que es contradictorio al plan de Dios para la vida de sus hijos. La profundidad de su mirada, la sensibilidad de su corazón, la seriedad de su reflexión, nace iluminada por la Palabra de Dios. La calidad de su compromiso y la claridad de su palabra solo pueden ser vitales y edificantes cuando son fruto inconfundible de la gracia del Señor experimentado en la intimidad de la oración. Por otro lado, la intimidad que se cultiva con Cristo a través de la oración tiene un gran impacto en el corazón y en el pensamiento del sacerdote, que puede hacer germinar y aflorar una nueva visión de ver la vida y la realidad en la que se encuentra inserto. De esta manera, movido por su fe y su amor al Señor y a las personas, el presbítero, ante el sufrimiento humano, debe manifestarse a través de una actitud profética, como enviado del Señor. De esta forma, su voz y su palabra profética, no serán simplemente, producto de un análisis político, social, económico o cultural, sino fruto de la gracia del Señor, que trabaja y conduce con sabiduría al presbítero, en su vida ministerial y pastoral, bajo la guía del magisterio de la Iglesia. Por lo tanto, la dimensión profética del sacerdote, que nace de la intimidad con el Señor, contiene una fuerza interior profunda e irresistible, que lo compromete en los acontecimientos históricos que contradicen el plan o la voluntad de Dios en el vivir de cada día²⁹.

k) La oración personal y comunitaria del sacerdote

Lo que realmente es esencial, en la vida del sacerdote, dentro de todas las acciones que realiza, es que verdaderamente logre brindar sentido a lo primordial en su vida sacerdotal que es cultivar el encuentro profundo, íntimo y peculiar con el Dios de la vida a través de su oración. Este encuentro sin duda es obra del Espíritu que le inspira despertando en su interioridad ese deseo, esa necesidad y esa alegría de fomentar y vigorizar «la íntima amistad con Cristo, alimentada por una vida de oración personal y

²⁹ Cf. *Ibid.*, 217.

por la vida sacramental, la devoción a la Eucaristía»³⁰. La perseverancia consciente y alegre del sacerdote en el campo de la oración personal permite insertarlo en el misterio de Cristo para vivir como su Maestro, en intimidad y en compromiso histórico. Sin oración personal la vida, la vocación, la misión del sacerdote permanece enferma y anémica, carece de lo vital. Este encuentro íntimo con el Señor no es vacío, está colmado de los anhelos y dificultades personales y apostólicas del sacerdote. Como también, de las situaciones y esperanzas comunitarias que exigen una luz que oriente y fundamente el caminar y seguimiento de Jesús en esta experiencia de su vida sacerdotal. Por tal razón, resulta importante la inserción y participación del presbítero en la vida de la comunidad, especialmente, en los momentos de oración, reflexión y meditación, para nutrir la vida comunitaria. Como también, para encontrar en ese encuentro íntimo con el Señor: luz y energías necesarias que revitalicen y oxigenen en caminar eclesial. Esa oración comunitaria permite escuchar, compartir y acompañar los dolores, los sufrimientos y las esperanzas que viven las comunidades. A la vez, nutren y sensibilizan el corazón del sacerdote, que deja de ser ajeno y extraño al caminar comunitario, orando con ellos y por ellos al Señor³¹.

1) La devoción a la Virgen María

La Virgen María juega un papel importante en la formación académica y espiritual del futuro presbítero, de manera muy especial en el ejercicio del ministerio. Por esa razón no solo se debe recomendar, sino cultivar una piedad mariana doctrinal y filialmente confiada, para evitar desviaciones. En el proceso de la formación y luego de la misión evangelizadora que realiza el presbítero, la Virgen María es a la vez modelo e inspiradora de esta formación sacerdotal. La Virgen María, como Madre y modelo de la Iglesia, tiene la capacidad de formar el corazón del pastor ese amor maternal que necesita para llevar adelante la misión que la Iglesia le confía como presbítero³². La Virgen María encuentra en la oración y en el corazón del sacerdote un lugar privilegiado por ser la madre de Jesucristo y por ser la madre de los mismos sacerdotes. El sacerdote está llamado a contemplar en ella el misterio de la salvación encarnado en su vientre y corazón. La oración mariana del presbítero, debe conducirlo a un conocimiento más

³⁰ Ibid., 327.

³¹ Cf. Ibid., 72-112.

³² Cf. Ibid., 39.

íntimo de Cristo. La Virgen María, como Madre, lo acompaña con su presencia inconfundible en su vida y ministerio sacerdotal³³. Precisamente, por eso el presbítero «en su amistad con Jesús se nutre de su peculiar espiritualidad. Esta espiritualidad necesita de la presencia de María. Ella ocupa un lugar insustituible en la piedad del pueblo y en la espiritualidad sacerdotal»³⁴. Es necesario, que el presbítero a través de la oración, reciba y acoja a La Virgen María en su casa y en su corazón, pues «‘acoger a María en su casa’: he aquí el deber y privilegio de todo sacerdote: por el hecho de que recibe el poder de hablar y de actuar en nombre de cristo, debe amar a María como la amó Jesús. En nombre de este vínculo de amor filial, él puede confiarle todo su ministerio sacerdotal, sus proyectos y dificultades que encuentra en su camino»³⁵.

5. Conclusión

No se puede dudar que a nivel general, el Concilio Vaticano II y el *Sínodo del 90*, reconocen la importancia de la oración. Razón, por la cual, la ubican en el corazón de la formación de los seminaristas y del ministerio sacerdotal como una realidad y experiencia indispensable en la vida y de la vida de los presbíteros. El Concilio Vaticano II, considera la oración como algo esencial en dos constituciones y tres decretos: Constitución *Lumen Gentium*, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, Decreto *Ad Gentes*, Decreto *Optatam Totius* y Decreto *Presbyterorum Ordinis*. Considerando las situaciones en que atravesaba la Iglesia y el ministerio presbiteral en ese momento, era necesario desarrollar una teología sobre la oración, o un apartado concreto relacionado con la oración del presbítero. Claro, si en verdad lo consideran central en la formación en y la vida del sacerdote, le tendrían que haber dado mayor relevancia y sin duda con un contenido mucho más abierto para captar verdaderamente su importancia. Por otro lado, la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (1985), de manera sintética, presenta lo esencial que es la oración en la formación y en vida ministerial.

Así mismo, cuando se trató, La formación de los sacerdotes en el Sínodo de los obispos, lineamenta: *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales del 90*, los Padres Sinodales en sus intervenciones y aportaciones manifestaron cierta

³³ Cf. *Ibid.*, 72-73.

³⁴ *Ibid.*, 182.

³⁵ *Ibid.*, 107.

sensibilidad hacia la vida espiritual del sacerdote desde la formación, relacionando la oración con diversos aspectos que atañen al ministerio sacerdotal. Dependiendo de las regiones de procedencia de los Padres Sinodales, así fue la importancia que se le dio a la oración. No todos los Padres sinodales, pero la mayoría de ellos, reconoció la primacía de la oración en sus expresiones y formas tradicionales conocidas, dejando ver de manera más clara las implicaciones de la oración en las diversas aportaciones. Los Padres sinodales, se fundamentan constantemente en el Concilio Vaticano II. Al mismo tiempo, las aportaciones de los Padres Sinodales, sirven de contexto e inspiración para el nacimiento, con nueva luz y renovado espíritu, de *Pastores dabo vobis*.

Desde el Concilio Vaticano II hasta el Sínodo del 90, han transcurrido veinticinco años. Como se señaló en su momento, durante este periodo se han dado grandes y muchos cambios en la sociedad en general, como al interno de la Iglesia marcada por una crisis cultural y espiritual. Probablemente, el no haber tratado de manera más amplia la experiencia de la oración desde el Concilio Vaticano II, agregándole, la crisis cultural y espiritual que se estaba viviendo, ahondó más en el transcurso de los años la débil, limitada, poca o nula experiencia de oración que se fue generando en el ambiente eclesial, especialmente en la vida de los sacerdotes. Los distintos documentos eclesiales enfatizan la importancia de la oración, pero no la desarrollan ampliamente. Frente a ese vacío, fue el Papa Pablo VI quien abordó de manera más precisa y clara la importancia de la oración en la vida de todo cristiano. El Papa Pablo VI creía que muchas de las crisis espirituales que se estaban generando en ese momento, se debían a la falta de oración de los cristianos. Frente a esa realidad el Papa afirmó:

«No se puede ser cristiano sin oración...es necesario hoy y siempre, pero hoy más que nunca, mantener un espíritu y una práctica de oración personal, a causa de las presentes condiciones de nuestra existencia, tan absorbidas por la fascinación de la exterioridad y tan turbada por la profundidad y la rapidez de los cambios que se están realizando»³⁶.

Por otro lado, el Papa Pablo VI lamentaba que al interno de la Iglesia clero y religiosos tendían por situaciones particulares a secularizar todo, resultando afectada la oración que estaba en decadencia y deseaba que volviera a encenderse en lo profundo del corazón del hombre, especialmente del corazón de presbítero, ese anhelo y deseo de

³⁶ PABLO VI, *La oración*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1974, 19.

la oración³⁷. Probablemente, dar por hecho que seminaristas y sacerdotes deben orar sin más, unido a la carencia de un tratado sistemático de oración por parte del Magisterio y la tendencia a la secularización, provocó el abandono de la oración. Por esta razón, en el capítulo siguiente, se describirán ciertas razones del abandono de la oración por parte de los presbíteros fundamentalmente.

³⁷ Cf. Ibid., 42

Capítulo II

DIFICULTADES EXTERNAS E INTERNAS DEL SACERDOTE FRENTE LA ORACIÓN

1. Exposición de las dificultades

Anteriormente se describió en el capítulo primero la importancia que se le brinda a la oración en el proceso de formación y en la vida del sacerdote. Esta importancia es vital, pero teórica, debido al hecho de que mientras se está en formación, se tiene unos horarios y lugares específicos, los cuales deben formar hábito en la vida del formando, para orar el resto de su vida. La realidad, al abandonar el seminario o la casa de formación, el aspirante al sacerdocio se enfrenta con el desafío de elaborar sus propios horarios. Si en su formación no adquirió el hábito de orar, esta experiencia se verá amenazada, debilitada y probablemente abandonada al no considerarla esencial en su vida y ministerio del sacerdotal. Las consecuencias se harán sentir tarde o temprano con resultados totalmente contrarios o contradictorios a los pensados y esperados en las propuestas de formación en lo referente a la oración. Estas situaciones, tienen que ver con la propia formación, con el grado de convicción y madurez de la persona del sacerdote, como también del ambiente en general en el cual finalmente queda insertado para realizar su servicio pastoral. Estando ubicado en el campo pastoral, inicia el trajín por los diferentes senderos que le conducirá su vocación. Le corresponderá experimentar distintas situaciones: positivas, negativas, constructivas, adversas, desafiantes. Sin duda, estas situaciones van llenando su corazón, guardando memoria de todo lo vivido en los niveles: personal, eclesial, social, cultural, etc. De toda esta gama de experiencias, de algunas saldrá rebotado, confortado, de otras lastimado, desilusionado, con tristezas, esperanzas y añoranzas. Probablemente estas experiencias, en vez de conducirlo a buscar más asiduamente al Señor, pueden separarlo y alejarlo. Realidades que pueden provocar vacío, aridez, sinsentido, hasta el punto de abandonar el encuentro íntimo con el Señor a través de la oración. A estas dificultades u obstáculos, hay que reconocer que la oración no es en sí misma fácil de buscar y de cultivar en la vida. Al respecto, Enzo Bianchi intuye esa realidad difícil de la oración diciendo: «Por el contrario, lejos de ser fruto del sentido natural de auto-trascendencia

del hombre o de su sentido religioso innato, la oración parece, según la revelación bíblica, como don, esto es, como respuesta del hombre a la decisión prioritaria y gratuita de Dios de entrar en relación con él»³⁸. Conscientes de esta realidad y de los diversos obstáculos que el presbítero experimenta en el ámbito de la oración, a continuación se recogen, describen y señalan los que se consideran más relevantes.

1.1. OBSTÁCULOS INTERIORES QUE AFECTAN LA ORACIÓN DEL PRESBITERO

a) Muchos sacerdotes no saben orar

La prioridad que se ha brindado al aspecto intelectual en el proceso de formación es innegable, a pesar que en los documentos de formación sacerdotal se resalta la importancia del lugar que debe ocupar la vida espiritual desde el inicio de la formación. En la vida práctica, parece que no se ha logrado comprender en profundidad qué es la oración y por qué orar. Sin duda se brindan ciertos espacios, momentos y lugares fuertes para orar, pero se carece de una persona, un maestro que acompañe e introduzca en este campo con su presencia, su orientación, su testimonio y su experiencia de oración. Este vacío de alguien que enseñe a orar deja una huella negativa en la vida del formando. Cuando sea sacerdote descubrirá que esa laguna en su formación se traduce en no saber orar³⁹. Esa carencia de maestros de oración en la formación es muy negativo, así lo percibía santa Teresa de Jesús cuando afirmó: «Estas cosas de oración todas son dificultosas; y si no se halla maestro, muy malas de entender»⁴⁰. En una obra muy antigua de Karl Rahner, reeditada y publicada en año 2004 al cumplirse cien años de su nacimiento, él aborda la problemática, la grandeza y la profundidad de la oración cristiana, dirigida a todo cristiano. Por la riqueza de su contenido, sin forzar el texto, se relacionará con la oración del presbítero. Cuando no se tiene claro lo fundamental que es la oración en la vida, se debe a que «en realidad no sabemos con frecuencia lo que es la oración, y de ahí que tampoco somos capaces de orar»⁴¹. Precisamente, al presbítero

³⁸ E. BIANCHI, *Por qué orar, cómo orar*, Sal Terrae, Santander 2010, 18.

³⁹ Cf. L. ALBAR MARÍN, *Camino de oración, una experiencia transformante*, San Pablo, Madrid 2007, 152-153.

⁴⁰ T. DE JESÚS, citado por L. ALBAR MARÍN. *Ibid.*, 152.

⁴¹ K. RAHNER, *De la necesidad y don de la oración*, Mensajero, Bilbao 2004, 12.

que no saber orar, le es imposible saborear y extraer las delicias y energías necesarias para nutrir e iluminar su vida y su caminar por este mundo. En el menor de los casos, el presbítero aprendió a rezar, a recitar las oraciones que la Liturgia de las Horas le presenta. Pero no logra orar, porque no sabe cómo hacerlo o qué orar; no carece del conocimiento de la materia, sino de la razón, del amor y la forma de realizar la misma. Por otro lado, la delimitación a cierto método o la ausencia del mismo ha degenerado en desencanto, desilusión, en pérdida de esta experiencia nuclear en la vida del sacerdote. Esta experiencia negativa con respecto a la oración ha desembocado en el desinterés, sequedad y amargura, llegando el sacerdote a persuadirse de que eso de orar no merece la pena. Cómo no le es fácil el saber y penetrar lo que es la oración, no encuentra razones para hacerlo, alegrándose simplemente con un tipo de oración mediocre, fría, rutinaria y oficial; sin espíritu, sin corazón, sin profundidad y sin vida⁴².

b) El silencio de Dios en la oración del sacerdote

Si, en el proceso de formación, el sacerdote no fue preparado para contemplar el misterio de Dios y dejarse envolver por el mismo, cuando se encuentra en el campo de acción experimenta la ausencia o el silencio de Dios en medio de las faenas y circunstancias de cada día. El silencio de Dios puede llegar a desanimar y a desconcertar al Presbítero, cuando experimenta que la ausencia del Señor es notable. Ese silencio de Dios, se convierte en una prueba dura para el presbítero que ora. Este es el drama difícil para el presbítero, orar siempre, amar a un Dios que no se puede ver y escuchar sin oírle objetivamente. Una de las grandes pruebas que enfrenta el sacerdote que ora es cuando presenta al señor los dolores y sufrimientos de la comunidad esperando encontrar respuesta y solución práctica a esas necesidades y desafíos humanos y se encuentra con el silencio de Dios. Se trata de silencio desgarrador, cuando interiormente se pregunta si hay alguien que escucha lo que está transmitiendo en su oración. El presbítero se pregunta si llega a alguien esa súplica, y si existe alguien que la reciba; porque las cosas siguen igual y nada parece cambiar. Pues, al parecer las súplicas caen en un vacío y se sumergen en el silencio. Este silencio divino es muy fuerte, tiene un impacto debilitador en la persona del sacerdote que lo conduce al desaliento y desconcierto, frente a la persecución, al sufrimiento; sus ruegos parecen no

⁴² Cf. K. RAHNER, o.c., 11-12.

encontrar respuesta. Estando en situaciones extremas se espera el auxilio inmediato del Señor de la vida y lo que se encuentra es su silencio. Indudablemente, para el sacerdote este silencio de Dios, lo conduce a preguntarse con seriedad y sinceridad, ¿para qué oro?, si nadie creo o siento que me escucha ni responde. Inevitablemente seguirán surgiendo cada vez con mayor profundidad preguntas que solamente tendrán como respuesta el silencio de Dios. Considerando que este silencio no es únicamente momentáneo sino prolongado y profundo, el presbítero debe orar con plena convicción que Alguien lo escucha en ese silencio. Ese Alguien es Dios a quien debe orar, sabiendo que su silencio es un misterio confortante, para el que ama y le ama sobre todo y no solo por lo que pueda brindarle. En la vida cotidiana el sacerdote debe estar preparado para vivir momentos de luz como de intensa oscuridad, de manifestación, de ocultamiento y de silencio del creador⁴³. Karl Rahner, invitaba a confiar en el Espíritu Santo y orar, diciendo: «El grito de nuestro corazón puede parecernos que se ahoga sin ser oído en el silencio mortal del Dios que calla; el Espíritu, en cambio, clama seguro y perceptible por encima de los abismos de la nada que nos separan del Eterno, y esto basta»⁴⁴. Este aparente silencio de Dios en el momento de orar, debe ser motivo de ahondar la súplica como lo hizo Jesús en el momento de su muerte, diciendo: «Padre en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23, 46)⁴⁵.

c) El sacerdote frente al desierto espiritual en la oración

Los diversos obstáculos externos, unidos a las dificultades internas que enfrenta el sacerdote en relación a la oración, son muy complejos. Sobre todo, cuando el encuentro íntimo con el Señor se va tornando, por lo descrito anteriormente, en un desencuentro marcado por la aridez, el aburrimiento, la indiferencia y el silencio de Dios, que al parecer se vuelve inaccesible. Inevitablemente, surge la pregunta del por qué orar, cuando parece un tiempo perdido y sin sentido. Estos son tiempos en los que la soledad carcome el corazón, al experimentar que el Dios de la vida se ha retirado y olvidado; dejando solo y abandonado al presbítero por el desierto de la vida. Irrefutablemente, es una experiencia amarga que hace temblar los cimientos de la fe y

⁴³ Cf. V. BORRAGÁN MATA, *La oración, Encuentro de amor con Dios*, San Pablo, Madrid 2013, 109-110.

⁴⁴ K. RAHNER, o.c., 37.

⁴⁵ Citamos según la BIBLIA DE JERUSALÉN, Desclée de Brouwer, Bilbao 1999.

vacilar la experiencia de la oración del presbítero. Inmersos en este desierto interior espiritual, envueltos en esa oscuridad, es cuando con mayor fuerza se siente el deseo de abandonar el encuentro íntimo con el Señor. Debido al desierto, la aridez y la sequedad, estos no son elementos que abonen, alimenten y fortifiquen una experiencia profunda y sólida de oración. Son momentos muy difíciles cuando no se logra sentir y percibir la presencia misteriosa del Señor, se experimenta con mayor dolor la ausencia de Dios. Si por experimentar la aridez, se llega a abandonar la oración, se rompe la relación y la raíz fecundante de su ministerio y de su vocación sacerdotal. Por otro lado, este desierto espiritual es como una prueba de fuego, por donde pasan muchas personas que oran, especialmente los sacerdotes, por su vocación y por la espiritualidad que deben vivir. Este desierto espiritual debe ser asumido en fe y amor, para ser transformado por la gracia de Dios en un hermoso tiempo de fidelidad y de perseverancia, de silencio y de maduración presbiteral. Es fundamental para el sacerdote que vive esta etapa de desierto, comprender que lo importante no es que siente o que ve. Es necesario alimentar la fe y la convicción que Dios lo escucha y que camina a su lado especialmente en estos momentos áridos. El presbítero nunca debe olvidar que tarde o temprano enfrentará esta aridez. Por lo tanto, la aridez, debe servirle para purificar su relación con Dios y hacerle crecer en amor, en fe y la esperanza, haciendo más libre y fecunda su vida sacerdotal⁴⁶.

d) El corazón desgastado del sacerdote

Karl Rahner, describe de manera general cómo se desgasta el corazón de la persona, experiencia que muy bien puede ser aplicada a la realidad del sacerdote que se ha venido tratando. Es necesario ver que todas las experiencias positivas y negativas, que el presbítero experimenta en su vida y ministerio, especialmente las negativas, quedan grabadas en lo profundo de su corazón. Con una fuerza tan poderosa, que lo van erosionando, dañando, secando, amargando y matando paulatinamente. Tristemente, porque las luces que aún mantenía encendidas en lo recóndito de su cansado corazón se van apagando, y el corazón queda preso en el sin sentido y en la impotencia. Las experiencias del día a día que se han ido desarrollando en la superficie de la vida penetran y acomodan en el corazón del sacerdote. Con el pasar de los días, meses y

⁴⁶ Cf. V. BORRAGÁN MATA, o.c., 110-112.

años, inexplicablemente estas experiencias vuelven a aflorar en los sentimientos, actitudes, tendencias y proyecciones. Llegado a este momento, el corazón del presbítero, le empieza a pasar factura por lo experimentado y sufrido silenciosamente en el transcurso de su historia. Probablemente, estando en esa situación existencial, el sacerdote intente transmitir desde lo hondo de su propio corazón, ánimo, esperanza, alegría. Sobre todo, a los que comparten con él, pero ya es imposible, su corazón de pastor está enfermo. En esas condiciones punzantes e hirientes de desamparo, de vacío, de impotencia y desgaste, es difícil que el presbítero tenga deseos de buscar espacios para el encuentro íntimo con el Señor; lo más fácil será abandonar la oración. Al parecer su corazón cansado y desgastado, por todo lo que ha vivido, experimentado y sufrido, no tiene razones para abrirse a la búsqueda de sentido. Cuando el lugar más sagrado de la persona, el corazón, como sagrario y refugio seguro del presbítero, queda sepultado bajo una inmensidad de escombros que le pesan y le asfixian, ¿a dónde podrá recurrir, desde dónde podrá alzar su grito, su oración, su alabanza con su corazón sepultado bajo ruinas? Por otro lado, si en la oración se abre el corazón a Dios, toda esta agitación interior encuentra un cauce y una luz en esa profunda oscuridad en que late sepultado el corazón del sacerdote. Aún puede volver a la vida gracias a la fuerza vivificadora de la oración y de la gracia del Señor en ese encuentro íntimo. Indudablemente, la oración a Dios y solo la oración, es capaz de resucitar el corazón sepultado entre ruinas del presbítero. Solamente, soportando con firmeza y con entrega el desierto de su corazón desgastado y dejándose irrigar por la gracia del Espíritu que le clarifica el sendero y le arranca de esa situación embarazosa, podrá salir y seguir su peregrinar en la vida⁴⁷.

e) El sacerdote ante el miedo al silencio y a la soledad en la oración

Esta es una de las causas más profundas que experimenta toda persona y de manera muy honda el sacerdote que por razones psicológicas o espirituales teme encontrarse consigo mismo y descubrir en lo profundo cómo es verdaderamente. Esta realidad lo inquieta, lo más fácil es huir de esta experiencia y trata de ahogar este silencio y esta soledad ocupando su tiempo y llenándose de mil actividades donde pueda permanecer entretenido y distante de esta situación. El temor a experimentar soledad y

⁴⁷ Cf. K.RAHNER, o.c., 13-17.

silencio en la oración se va agrandando y quizá agravando porque se va convirtiendo rápida o lentamente en causa de miedo a Dios. Miedo a las exigencias que el Señor le pueda pedir conociendo su manera de vivir, de ser y de proceder. Miedo a que Dios le pida salir de su comodidad, de sus seguridades, de sus gustos, de sus pecados, de sus superficialidades, de sus conformismos, de sus desórdenes, de sus complejos, de sus aislamientos, etc. Sin duda, es el miedo a recrear su vida, su ministerio a través de nuevas exigencias, nuevos desafíos, nuevos, nuevos riesgos, nuevos compromisos. Posiblemente, estas exigencias lo paralizan y prefiere abandonar estos tiempos o espacios de silencio y soledad oracional, para evitar que el Señor lo haga penetrar en una sana crisis constructiva. Por otro lado, esos espacios de soledad y silencio oracional, los necesita para discernir mejor su estilo de vida, la razón de su vida, de su ser sacerdotal; de su llamado y consagrado por el mismo Jesucristo. El mismo Señor le brinda su testimonio y su ejemplo de orar en la soledad y el silencio. Jesús lo experimentaba en la montaña, en el campo, en la noche, en la madrugada, según lo atestiguan los evangelios en sus diferentes narraciones⁴⁸. Por otro lado, el presbítero no debe temer el silencio y la soledad, estas son indispensables, son como el corazón de la oración. La soledad y silencio transforman el corazón humano, por eso es necesario cultivarlos. Henri Nouwen insistía en esos aspectos diciendo que era necesario «reservar cada día un tiempo y un espacio sagrados para hacer lugar a Dios en lo más íntimo de nosotros mismos. Nouwen sostenía que, gracias a disciplinas como la soledad y el silencio, el corazón entra en comunicación con Dios en la oración»⁴⁹.

f) Falta de sed de Dios en la vida y ministerio sacerdotal

El sacerdote es una persona condicionada por las diversas situaciones que vive y enfrenta cotidianamente en sus relaciones, tareas y actividades pastorales. Cuando no encuentra un sano equilibrio entre las mismas por su activismo pastoral, es normal que le llegue el cansancio, el tedio, el estrés, el sabor del sin sentido. Esta realidad impacta poderosamente de manera negativa en su persona, en su vida y su ministerio sacerdotal. Afectado de manera particular, sobre todo el aspecto de su vida espiritual,

⁴⁸ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 150.

⁴⁹ H. J. M. NOUWEN.- M. J. CHRISTENSEN.- R. J. LAIRD, *Formación espiritual, siguiendo los impulsos del espíritu*, Sal Terrae, Santander 2011, 79.

concretamente la experiencia de la oración a la cual le va perdiendo estima, aprecio y amor. Es muy difícil tener sed de Dios viviendo una vida demasiado ajetreada, sobre todo cuando en lo profundo del corazón humano se experimenta una frágil, débil o limitada fe de parte del orante. Lamentablemente, la realidad del no saber orar hace de este encuentro muy pobre y superficial, que progresivamente va provocando desfallecimiento, sequedad y desánimo de entrar en ese diálogo íntimo con el Señor. Es sumamente necesario perseverar en esta etapa, manteniendo una confianza inquebrantable, como una humildad auténtica, para vencer esta falta de sed sacerdotal por el Señor⁵⁰. De ahí la necesidad de volver a retomar y hacer una experiencia renovada de apertura, para vivir esa comunicación íntima, profunda y fecunda con nuestro Señor en un clima de alianza con Él. Con la esperanza de despertar nuevamente, ese deseo de estar con Él, haciendo, no solamente una oración con fe, sino una oración que nazca y que descienda de la fe. Para que la oración, sea realmente una expresión de la fe como respuesta del sacerdote a su creador⁵¹. Para llegar a experimentar con el salmista una sed insaciable diciendo: «Como busca la cierva corrientes de agua viva, así mi alma te busca a ti Dios mío» (Sal. 41, 2), será siempre un don de la gracia del Señor.

1.2. CONDICIONAMIENTOS EXTERIORES EN LA EXPERIENCIA DE LA ORACIÓN

a) Sentimiento de inutilidad en la oración del sacerdote

Los cambios que el mundo en general va realizando y las mismas transformaciones que la Iglesia sufre para responder a las inquietudes del ser humano, provocan que se modifique y renueve la experiencia de la vivencia y proyección del ministerio sacerdotal. La fuerza que ha alcanzado el pensamiento que valora las cosas por lo utilitario y lo funcional, penetró de tal modo en la Iglesia, que muchos sacerdotes ven que la oración no tiene utilidad frente a las exigencias de esta corriente actual. Por esa realidad parece que para muchas personas y para un gran porcentaje de sacerdotes la experiencia de la oración es inútil frente a las realidades y necesidades que no se logran resolver con o a través de la oración. Aparentemente, desde que se introdujo en la sociedad y en la Iglesia la visión de transformar la sociedad, el mundo, las situaciones a

⁵⁰ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 153.

⁵¹ Cf. E. BIANCHI, o.c., 18.

través de la técnica y la tecnología, ya no existe un lugar adecuado para la oración en la vida del sacerdote. Sin duda, la oración se viene dejando rezagada para los débiles, para los anticuados, para los que no se comprometen en las causas sociales, para los temerosos, para los que tienen tiempo para perder, porque miden la oración bajo la óptica de la utilidad y la eficacia. Por otro lado, el sacerdote que ha perdido la dimensión espiritual de su ministerio y se ha dejado arrastrar por esta corriente que solo piensa en lo que se puede hacer y en lo que se debe hacer, la oración deja de ser importante y necesaria para la vida ministerial y pastoral del sacerdote. Es indispensable y urgente rescatar el valor de la oración, como expresión de amor, de gratitud y de confianza en el creador. Y evitar que sea sustituida, por juzgarla improductiva o inutilidad por la falta de resultados medibles e históricos. Cuando la oración es enjuiciada por el sacerdote como inútil e improductiva para sus tareas cotidianas, ya no tiene razones para buscar el encuentro íntimo con el Señor. De esta manera, el presbítero olvida lo que en un momento de la historia de la Iglesia Alonso Schökel consideró que había que convencerse de que en la vida lo inútil es la cosa más importante y medular en la vida sacerdotal⁵². Pues, «cuando el hombre está ante Dios en reverencia y amor, ora»⁵³.

b) El sacerdote experimenta falta de tiempo para orar

Como se ha venido describiendo, la vida ministerial y pastoral del sacerdote resulta bastante agitada, por las diversas tareas que debe realizar cotidianamente, para corresponder adecuadamente a las diferentes demandas de la comunidad eclesial. Esta es una de las quejas normales, que presentan los sacerdotes aduciendo que no encuentran tiempo o no tienen tiempo adecuado para orar. Más bien, parece una simple excusa para dejar o abandonar la experiencia de la oración. En lo más profundo de esa carencia de oración, sin duda, está la falta de reconocer lo esencial en la vida sacerdotal y pasa a ser más importante cualquier actividad u ocupación que la oración. Con respecto a la falta de tiempo para hacer oración, Vicente Borragán Mata, dice que en su momento san Agustín de Hipona pensaba que “el que quiere y no puede es que aún no quiere del todo”. La razón es que le falta crecer en amor y reconocer la fuente que hace

⁵² Cf. V. BORRAGÁN MATA, o.c., 102-103.

⁵³ K. RAHNER, o.c., 11.

fecunda las actividades humanas por sencillas que sean. Esta capacidad de descubrir, que la oración no es problema de tiempo, sino de amor, hace falta en la mayoría de los sacerdotes que no ubican como prioridad en su vida y pastoral la experiencia de la oración. Si los presbíteros le dieran importancia a la oración, dejarían de malgastar el tiempo en muchas cosas sin importancia y ocupaciones intrascendentes. Pues, si siempre logran encontrar tiempo para todo, es imposible que no lo encuentren para orar, si es que Dios aún es alguien importante en su vida y ministerio, como hombres de Dios. Por otro lado, si han incluido a Dios, como si se tratara de otra cosa entre las muchas cosas que hay que realizar en la jornada cotidiana, si Dios, ni siquiera es lo más importante, entre esas cosas, sin duda que encontrará competencia. Pero, si Dios ocupa el lugar central que le corresponde en la vida del sacerdote, entonces por más dificultades que encuentre el sacerdote en relación al tiempo, nunca eliminará este encuentro íntimo con el Señor. Según, Vicente Borrágán Mata, recogiendo un escrito de Alessandro Pronzato, recuerda que con mucha sabiduría Juan Pablo I dijo: ‘que no sería sabio, no, dar tanto tiempo de nuestra vida a las cosas, y tan poco de nuestro tiempo a Dios⁵⁴. Parece verdad que no queda tiempo para orar, sin embargo, es otra excusa, porque muchos dedican suficiente tiempo al internet, al televisor, al teléfono móvil, llegando hasta la idolatría de la tecnología. El sacerdote ha perdido la disciplina de ordenar y determinar su tiempo de manera equilibrada. Es necesario que se resista al activismo desenfrenado y se comprometa a buscar, encontrar y tomar el tiempo oportuno para escuchar a Dios y permanecer con Él, santificando de esa manera parte del tiempo que Dios le regala. Para el sacerdote, el tiempo dedicado a la oración no debe ser marginal, sino central⁵⁵. Al mismo tiempo, debe de tomar consciencia de que «no se hace oración cuando se tiene tiempo, sino que se toma tiempo para estar con el Señor. Ora el que ama»⁵⁶.

c) El activismo y la prisa en la vida del sacerdote

El presbítero vive influenciado por el pensamiento de la eficiencia y eficacia y las necesidades comunitarias que exigen del sacerdote entregarse a tiempo completo a

⁵⁴ Cf. V. BORRAGÁN MATA, o.c., 104-106.

⁵⁵ Cf. E. BIANCHI, o.c., 93-94.

⁵⁶ J. M. URIARTE.- A. CORDOVILLA.- J. M. FERNÁNDEZ-MARTOS, *Ser sacerdote en la cultura actual*, Sal Terrae, Santander 2010, 116.

su misión pastoral para poder responder a los desafíos que se le presentan día a día. Absorbido por las actividades, el sacerdote va alejándose de permanecer con el Señor en los encuentros de oración, con el peligro de quedar atrapado en un activismo vacío, seco, estéril. Porque su actividad, carece de la relación íntima con su Señor a quien pertenece y de quien es presencia en la comunidad cristiana. Por otra parte cuando el activismo se vuelve frenético llega a frenar a limitar y a disminuir la apertura y la capacidad de buscar, de querer y de gustar la experiencia del diálogo amoroso con Jesucristo a través de la oración. La fuerza del activismo en la persona del sacerdote es tan peligrosa que llega a desquiciarlo y a debilitar su capacidad de tomar consciencia de sus acciones. A la vez, puede convertirse en causa de diferentes desordenes en la vida, en la persona, en el ministerio, en la pastoral; todo queda afectado, especialmente el mismo sacerdote. Cuando el sacerdote, consciente o inconscientemente, es atrapado por el activismo, la primera realidad que sufre esa consecuencia es la oración. Pues, ya no le queda tiempo, deseos de orar, por el cansancio y el desgaste general que implica el activismo en su vida. Por espacio de un cierto tiempo el activismo puede brindarle poca o mucha alegría de contemplar todo lo que hace en bien de los demás. Pero muy pronto, aparecerán las tensiones, las frustraciones, con ciertos sentimientos de culpabilidad de estar arrancando y cortando de su vida y vocación, el alma de su mismo ser, la oración. Porque cuando esta vida de oración se abandona, el sacerdote llena su tiempo y su corazón de todo, hasta el punto de creer y de sentir que no tiene necesidad de cultivar su corazón en la intimidad con el Señor⁵⁷. Razón tenía en su momento, Benedicto XVI, cuando advirtió en una de sus reflexiones sobre el activismo pastoral del presbítero, afirmando que:

«El simple activismo puede ser incluso heroico. Pero la actividad exterior, en resumidas cuentas, queda sin fruto y pierde eficacia si no brota de una profunda e íntima comunión con Cristo. El tiempo que dedicamos a esto es realmente un tiempo de actividad pastoral, de actividad auténticamente pastoral. El sacerdote debe ser sobre todo un hombre de oración. El mundo, con su activismo frenético, a menudo pierde la orientación. Su actividad y sus capacidades resultan destructivas si fallan las fuerzas de la oración, de las que brotan las aguas de la vida capaces de fecundar la tierra árida»⁵⁸.

Por otro lado, el activismo conduce a la pérdida de confianza en el Señor, convirtiéndose el presbítero en protagonista de todo. Al respecto, Pascual Cebollada, alerta diciendo que: «La oración deja ella misma de ser más jugosa, más afectiva, más

⁵⁷ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 151.

⁵⁸ BENEDICTO XVI, “Homilía, Jueves Santo”, 13-04-2006.

confiada; en definitiva, se convierte en una pobre oración, si es que no se difumina totalmente»⁵⁹.

d) La secularización y la oración en la vida del sacerdote

El proceso de secularización que se ha venido experimentando en la época moderna, afianzando la autonomía de las ciencias y de la técnica en relación al campo religioso y la toma de consciencia de parte del hombre de su responsabilidad para con el mundo actual, es positivo. La influencia que ha alcanzado la secularización al interno de la Iglesia es fuerte y también tiene sus aspectos positivos. Sin duda, ha ayudado a purificar varios aspectos concernientes a las prácticas cristiana, sobre todo del bagaje mágico, ritualista y sentimentalista, que muchas veces las movía y sostenía. Al mismo tiempo, la secularización ha permitido y provocado, en el ámbito eclesial, una responsabilidad más atrevida en las realidades terrenas. Por consiguiente, ha cooperado cuestionando ciertas visiones e imágenes que se tenían de Dios, que no correspondían al Dios revelado por Jesucristo. Así mismo, resulta pertinente recordar que no todo ha sido positivo, paralelamente contiene elementos negativos que han perjudicado en diferentes sectores de la Iglesia. El impacto negativo de la secularización, mal entendida y vivida, ha afectado especialmente la experiencia orante del presbítero. Considerando la experiencia de la oración como una acción sospechosa y una actitud de evasión, de desentenderse de los procesos de la historia humana. De esta forma, la oración llegó a ser considerada: no grata, anticuada, pasada de moda. Por lo tanto, la experiencia de la oración se da por superada y debe ser desterrada de la vida del ministerio del presbítero. Esta situación de secularización ha provocado una grave ruptura, generando como resultado un clima cultural, en el cual a Dios se le ve lejano, insignificante, ahondando más la separación entre fe y vida. De tal manera, que el mundo que actualmente gravita alrededor del sacerdote se convierte en un obstáculo externo para llevar una vida de oración con mayor convicción. Es necesario que el presbítero recupere la visión de la unidad intrínseca entre creación y redención, para cultivar la experiencia de oración. Como una actitud profundo de fe y amor, no en competencia o rechazo de la técnica, ni para sustituirla. Haciendo memoria que la técnica debe estar al servicio del hombre y

⁵⁹ P. CEBOLLADA, «Sobre la oración de los religiosos. Amenazas y posibilidades», en: CONFER 51, n° 195, (2012) 286.

del designio del Creador. La experiencia de la oración compromete a todo creyente, especialmente al presbítero a mantener una actitud de obediencia al Padre, evitando de esta manera negar, rechazar o suplantar a Dios nuestro Señor de su vida y ministerio. De esta forma, el sacerdote podrá mantenerse y perseverar en un clima de oración edificante en medio de los diversos condicionamientos sociales⁶⁰.

e) El sacerdote frente a las distracciones perturbadoras en la oración

Junto a otros factores que condicionan la experiencia de la oración, están también las distracciones de diversa índole que asaltan a la persona orante. Especialmente, aquellas distracciones que surgen en forma de pensamientos que enajenan y desconcentran, desplazan y apartan de lo que se persigue en ese momento. Situaciones que perturban el encuentro íntimo con el Señor, desplazando al orante hacia otros asuntos que nada tienen que ver con la oración. Cuando las distracciones se vuelven una constante en los momentos de oración, llegan a preocupar y a causar molestia al presbítero. Llegando en muchos casos a experimentar que no vale la pena estar tratando de orar con este condicionamiento y surge el deseo de abandonarla o sustituirla por alguna actividad que le resulte menos complicada. Olvidando, que el simple hecho de estar intentado orar es mucho más importante que cualquier distracción que lo condiciona en ese momento⁶¹. Es bueno tomar en cuenta que las distracciones forman parte de la vida y de la psique humana y que es necesario aprender a manejarlas para adquirir la capacidad de sumergirse en la oración, unificando los pensamientos, la mente, el corazón y el cuerpo del orante. Por otra parte, las distracciones son normales en los tiempos de oración, pues nunca se llega a ella vacío. El presbítero siempre va cargado de experiencias, preocupaciones, imágenes y sonidos que la vida le aporta. También de presencias subterráneas que moran en las profundidades de su ser, que afloran en esos momentos de encuentro íntimo con el Señor. Por lo tanto las distracciones siempre estarán rondando con menor o mayor presencia y fuerza en esos momentos de oración. Es importante tratar de evitar que se vuelvan obsesivas, pero nunca pueden ser causa o motivo fuerte para abandonar la experiencia de la oración. Por otro lado, muy poco puede lograrse con luchar frontalmente contra las distracciones

⁶⁰ Cf. E. BIANCHI, o.c., 81-85.

⁶¹ Cf. V. BORRAGÁN MATA, o.c., 113.

para que desaparezcan definitivamente de los tiempos dedicados a la oración. Si realmente, fuera una situación muy complicada será necesario buscar ayuda con el director espiritual o con un especialista entendido en la materia. Pero hay que tomar consciencia de que ninguna distracción puede dañar la efectividad de la oración, pues la misma es fruto de un acto de amor. Es conveniente aprovechar estas distracciones, para hacerlas ocasión de oración e integrarlas creativamente. Tomando en cuenta que, independientemente de nuestros esfuerzos personales por superarlas, solamente Dios es quien tiene la capacidad de liberarnos plenamente de las mismas, con su presencia transformante en la vida del orante⁶².

f) La inconstancia del sacerdote en la oración

Esta es una experiencia que aparece en ciertas etapas de la vida de la persona, especialmente en la vida del sacerdote. Probablemente, se debe a diferentes distracciones internas y externas, como: el tedio, la aridez, el sinsentido. Situaciones en las que el sacerdote siente que no es capaz de orar, se debilita su deseo y su voluntad, cayendo en el desánimo y el desinterés. La experiencia de la imposibilidad de orar, da paso a la inconstancia, puerta abierta a abandonar la oración. Esto sucede, cuando no se asume y reacomoda, frente a esas situaciones y etapas normales de la vida en la experiencia de la oración. Pero la inconstancia no es únicamente producto de condicionamientos externos, son mucho más difíciles los que brotan desde dentro del corazón humano. Justamente, es ahí donde hay mayor inconstancia, por las resistencias que se manifiestan frente a la exigencia de conversión de sus deseos y voluntad. Que muchas veces son contrarias y hasta contradictorias con la voluntad de Dios, lo que genera dolor y sufrimiento. Dios por su parte, sacude con fuerza y con misericordia esas cosas negativas que habitan en lo profundo del corazón del presbítero, que aún no han sido evangelizadas. Frente a esta realidad, es ineludible el espíritu de perseverancia y una dosis grande de paciencia de parte la persona orante. Es necesario desarrollar una sana y fuerte disciplina, unida a una ascesis, para evitar dañar la relación con Dios. Podría degenerar en una relación utilitarista, buscando a Dios sólo en momentos críticos de la vida, por necesidades personales, momentos de alegría, situaciones de soledad y de

⁶² Cf. E. BIANCHI, o.c., 95-96.

angustia. Esta tendencia empobrece la experiencia propia de la oración, impidiendo tener una vivencia y un crecimiento saludable, maduro, sólido, robusto, auténtico y enriquecedor de la misma. El sacerdote, no puede incurrir en un tipo de relación y oración de esa naturaleza con su Creador, debe afianzarse en su encuentro íntimo. Para generar una historia de un gran amor, que se mantiene y sobrevive a todas las circunstancias que las realidades históricas o propias de su condición humana le deparen al presbítero⁶³.

1.3. TENDENCIAS QUE EROSIONAN LA VIDA DE ORACIÓN

a) Falsedad de vida ministerial

La vida de la Iglesia a lo largo de la historia siempre ha estado ensombrecida por las actitudes, acciones y tendencias de sacerdotes que son contrarias al Evangelio y a su vocación de discípulos del Señor. Lamentablemente en los últimos 20 o 30 años, la Iglesia se ha visto gravemente herida por los diferentes escándalos que se convierten en anti-testimonios dolorosos que han brotado desde su mismo seno. Entre las diversas llagas, ha sido la pederastia la que más ha sido objeto y sujeto de parte de los medios de comunicación social por los daños que implica a las víctimas. De la misma manera, con impacto distinto pero con una fuerza negativa, se vive el calvario de las compensaciones sexuales, de alcohol, de dinero, por parte de ciertos sacerdotes. Esta situación desgasta la vida, desequilibra la misión del sacerdote, mina su espiritualidad viviendo de la apariencia sin vigor y radicalidad su ministerio sacerdotal. El sacerdote hundido en esta realidad de hipocresía, viviendo una doble vida, maneja un grado de culpabilidad y remordimiento por su actuar. Esa experiencia negativa, lo conduce a perder y abandonar la experiencia de la oración por sentirse indigno frente al Señor, a la Iglesia y frente a él mismo. De esta manera, su vida y su ministerio quedan atrapados en la superficialidad, viviendo en lo oculto de su corazón ese drama que le desgarran constantemente y hunde en la falsedad⁶⁴. Por otro lado, arrastrando esa experiencia negativa en su vida y en su ministerio, el sacerdote inconscientemente puede reactivar una imagen negativa de Dios. Como por ejemplo, la imagen de un Dios juez o

⁶³ Cf. Ibid., 97-98.

⁶⁴ Cf. J. M. URIARTE, *Una espiritualidad sacerdotal para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander 2010, 143-144.

justiciero, que premia las personas que tienen una conducta moral buena y que castiga a los que no cultivan un proceder positivo. Esta situación le arranca a Dios la misericordia, la ternura y la bondad que le son propias, dificultando por lo tanto una sana relación de amistad con el Señor a través de la oración⁶⁵. Por otro lado, esta misma incoherencia frente al Señor, a la propia consciencia, a las convicciones y a los compromisos adquiridos en la ordenación sacerdotal, provocan desequilibrios internos. Situaciones que condicionan y a la vez limitan la capacidad de buscar espacios de oración por la fractura interna que vive a raíz de la incoherencia ministerial. Para que no existan esos desequilibrios, el estilo de vida del presbítero debe estar de acuerdo con la vida de oración que debe vivir⁶⁶.

b) El automatismo o costumbre ministerial

Karl Rahner, en lo referente a la oración de cada día decía que: «El vivir cotidiano hace cotidiana y vulgar nuestra oración de cada día. Se hace exterior, mecánica, sin corazón, oración de labios afuera y como cumplimiento de una obra externa que se procura despachar rápidamente para volver de nuevo a otras cosas más gratas»⁶⁷. La vida agitada que el sacerdote desencadena en el día a día es en cierto modo algo repetitivo por la similitud o semejanza que los mismos días tienen, variando en mínima parte tareas, actividades, celebraciones y atenciones pastorales. En muchos sacerdotes, esta situación provoca cierta tendencia de hacer o realizar sus compromisos y responsabilidades de manera casi automática carente de vida, de espíritu, de sensibilidad, hasta de sentido. Con este estilo de vida pervive fuertemente la fidelidad exterior, pero va desfalleciendo la fidelidad interior. Esta actitud y tendencia, es al mismo tiempo el producto de haber perdido el asombro del ministerio sacerdotal y de decaer en una costumbre estéril y superficial en el ejercicio de su ministerio sacerdotal. Formalmente mantiene la apariencia externa de vibrar con lo que realiza, pero internamente ha perdido el alma, profundidad y armonía. Tristemente, este automatismo lo desedifica y desmoraliza a él y a la comunidad cristiana. Cuando el sacerdote cae en esta situación, la primera experiencia que sale dañada es la oración, ya no brota de lo

⁶⁵ Cf. L. ALBAR MARÍN, *Camino de oración, una experiencia transformante*, San Pablo, Madrid 2007, 155-156.

⁶⁶ Cf. *Ibid.*, 159-160.

⁶⁷ K. RAHNER, o.c., 59.

profundo de su corazón. Llega a creer que no necesita de la oración, todo está programado y lo importante es hacer las cosas no importando sobre qué están sustentadas o cimentadas. El automatismo es otra enfermedad que infecta, afecta y daña profundamente la vida espiritual del sacerdote y de las personas que sirve al carecer de la fragancia y de la gracia fecundante de la oración⁶⁸.

c) La mediocridad y monotonía en la vida sacerdotal

En diferentes partes del mundo, por diversas situaciones la Iglesia tiene en su seno de Madre que acoger y experimentar la mediocridad de ciertos presbíteros en lo referente a la vida personal, espiritual y pastoral. Prácticamente, es el resultado de la falsedad de vida y del automatismo. Generan un presbítero sin ilusión, sin esperanza, escéptico; instalado en la mediocridad. Esta mediocridad, puede palpase en las celebraciones litúrgicas, carentes de vida y creatividad, en las catequesis repetitivas y en todo lo que realiza. Esta falta de preparación profunda de lo que le corresponde realizar como sacerdotes es debido a quedarse afincado en la ambigüedad y la monotonía asfixiante. En una inmensa mayoría de sacerdotes se puede ver que arrastran el ministerio sacerdotal sin garra, sin alegría, sin visión. Esta actitud, daña gravemente la vida y el ministerio del presbítero. Al mismo tiempo, afecta a las comunidades cristianas que les corresponde sobrellevar resignadamente este tipo de sacerdotes y de pastoral. Lejos de ser fuente de vida, de evangelización, de dinamismo espiritual, de vida, es todo lo contrario. Las consecuencias de esta mediocridad recaen en la oración, puede ser escasa, desalentada, o nula, en el peor de los casos. Puede darse también, que la vida del presbítero estancada, instalada o acomodada en la mediocridad, sea el resultado de una carente o vacía vida de oración. La mediocridad debilita, enferma, seca y mata la vida interior y exterior del presbítero. Todo lo que realiza queda infectado por esta plaga que únicamente le permite vegetar, viviendo perezosamente con el mínimo esfuerzo. Sin aspiraciones profundas que iluminen su vocación, por carecer de la energía vitalizadora de la intimidad con el Señor a través de la oración⁶⁹. Otro aspecto que se manifiesta a través de la mediocridad, es no haber asumido la oración como esencial en los inicios de su vocación. Probablemente, por falta de acompañamiento o

⁶⁸ J. M. URIARTE, o.c., 144.

⁶⁹ Ibid., 145.

por haberla visto o experimentado como el cumplimiento de una norma, movido por la obligación y no por el amor. Esto da como resultado una práctica superficial que va causando aburrimiento, convirtiéndose la oración en una carga pesada que obstaculiza su capacidad de orar. Con el agravante, de que un día el presbítero, puede terminar abandonando por completo esta experiencia oracional. Es necesario alcanzar cierta madurez humana y espiritual en la experiencia de la fe para retomar la vida de oración y permitir que transforme y edifique el corazón del presbítero⁷⁰.

d) El sacerdote como gestor comunitario

La realidad de nuestras comunidades latinoamericanas, de manera particular de las áreas rurales de Guatemala, sumergidas en la pobreza han necesitado que el presbítero asuma un papel de gestor. En ciertos casos, debido a la asistencia social que prestaron los sacerdotes extranjeros anteriormente, provocó que en la actualidad en algunas regiones las comunidades ven en el sacerdote un simple gestor de proyectos sociales. Pero también, hay sacerdotes que queriendo tener protagonismo en el ámbito social han transmitido esa imagen a la comunidad cristiana. Por otro lado, la secularización en los centros urbanos está ocasionando que las familias busquen al sacerdote solamente para solicitar servicios funerarios, bendición de un vehículo, de una casa, etc. En otros casos, piden los sacramentos de la iniciación cristiana sin deseos de ser miembros de la comunidad cristiana. Especialmente de parte de familias de la cultura ladina y de la cultura Maya, buscan al presbítero los que tienen solvencia económica, para que les preste servicios de ocasión: bautismos, bodas, quince años, etc. Esta actitud de secularización, está extendiéndose en algunos lugares de forma lenta, en otros de manera más acelerada, pero aún se conserva la experiencia comunitaria. Esto está provocando que la visión sobre la Iglesia y sobre todo del sacerdote vaya cambiando rápidamente y sin duda seguirá como un proceso irreversible. Esencialmente esta descripción es fruto de la experiencia vivida por esas tierras y regiones de la región norte del país de Guatemala y de la Iglesia que peregrina en estas tierras.

Pero, a nivel más general también lo enfatiza Gisbert Greshake en sus reflexiones sobre la manera de cómo se ve, comprende la misión del presbítero en la

⁷⁰ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 154.

actualidad. Cree que a nivel general, al sacerdote se le percibe como un simple funcionario eclesial que presta servicios eclesiales, para satisfacer y complacer deseos y necesidades, gustos y exigencias religiosas. El presbítero sabe que estas personas prácticamente no tienen interés por ser miembros activos en el seno de la Iglesia. Esta situación, provoca en el corazón del presbítero un sentimiento de fracaso y a la vez de resignación al contemplar que no fue ordenado para ejercer simplemente un papel de esa naturaleza. De esta manera se ve afectada la autoestima del presbítero, al experimentar cierto fracaso e inutilidad ministerial⁷¹. Reducido el ministerio sacerdotal a ser un gestor de programas o proyectos sociales por una parte, y por otra a un simple prestador de servicios ocasionales, no tiene necesidad de la oración. Según el pensamiento de Amedeo Cencini, él cree que es aquí donde el presbítero necesita regresar a la casa del Padre, a su raíz, a su fuente fundamental a través de la experiencia de la oración. Porque la oración es el acto más vital y personal que existe para aquel hombre que es el sacerdote. Para lograr luz y fortaleza en esas situaciones contrarias a su ministerio, necesita hacer de esta relación orante, algo vital, central de su vida y fuente de sus relaciones cotidianas. Para manifestar a cada ser humano con el que se encuentra el amor inconfundible del Padre Dios, razón y sentido de su vida y su ministerio sacerdotal⁷².

e) La tentación de la eficacia pastoral sacerdotal

Al parecer, frente a los cambios culturales que se han ido fraguando, como que ya no queda espacio para la fe y para la oración, creyendo que no tienen sentido porque carecen de eficacia visible. Actualmente, se continúa diciendo que es necesaria la oración pero en la práctica la han abandonado por su ineficacia concreta. Con la llegada de la tecnología, la visión renovada de la teología pastoral, la proliferación de métodos pastorales, tienen el objetivo de hacer eficiente la tarea pastoral del sacerdote. Paralelamente, a esta visión de eficiencia, que ha tenido un impacto positivo, a la vez es desgastador por todo lo que implica. Los diversos métodos pastorales realmente han sido una ayuda constructiva, pero la dependencia totalizadora de la pastoral de los mismos, ha producido una pastoral que espera resultados cuantificables y cualificados

⁷¹ Cf. G. GRESHAKE, o.c., 19-20.

⁷² Cf. A. CENCINI, *Sacerdote y mundo de hoy*, San Pablo, Madrid 2012, 34.

que indiquen el alcance y la efectividad pastoral. Las nuevas técnicas y métodos pastorales despiertan inquietud y sensibilidad en el corazón del presbítero, que desea atender las necesidades de la formación general, especialmente la litúrgica y la catequética en sus diversos niveles. Lógicamente esta gama de actividades que se desarrollan en parroquias grandes, en extensión y población, agotan y consumen la vida del sacerdote que finaliza extenuado la faena cotidiana. Irónicamente, utilizando los métodos pastorales más actuales y empeñándose plenamente en que se logre una mejor evangelización, los resultados que se alcanzan muchas veces, no son los más alentadores y deseados por los que acompañan en esta experiencia⁷³. Por otro lado, al pretender que todo dependa de la eficacia de los métodos pastorales, su confianza está basada totalmente en los resultados objetivos. Naturalmente, esta nueva experiencia lentamente va minando la interioridad del presbítero, descartando el aspecto del misterio y del asombro divino, concretamente en lo referente a su oración. No necesita orar cuando todo es medible y previsible. La oración no encuentra lugar en su vida y en la planificación pastoral, porque en ella no hay eficacia a corto, mediano o largo plazo. Ya en cierto momento Karl Rahner pensaba que Dios de manera inconfundible está obrando verdaderamente en nosotros, con nosotros y por nosotros, como instrumentos suyos. Pero este actuar de Dios, en la vida del presbítero lo hace precisamente cuando el sacerdote obra lo más decisivo y profundo de su vida: la oración. Esta experiencia oracional es insustituible para evitar que el suelo de nuestro corazón se endurezca⁷⁴. Precisamente, Karl Rahner insiste diciendo: «Reconoce ¡oh hombre! la dignidad de tu corazón. Cuando crees y proclamas que eres partícipe de la naturaleza divina, también crees y proclamas que tu oración no es simplemente la oración de un hombre, del hombre que hay en ti, sino juntamente del Espíritu de Dios que está en ti»⁷⁵.

f) El estrés en la vida del sacerdote

En la sociedad actual, la persona está sometida a muchas actividades cotidianas que rebasan en cierto punto sus capacidades humanas. Estas situaciones conducen a la persona a responder compulsivamente frente a la falta de tiempo para realizar todo lo que desea o le exigen. Cuando estas tareas van causando tensión y presión, empieza a

⁷³ Cf. G. GRESHAKE, o.c., 21-22.

⁷⁴ Cf. K. RAHNER, o.c., 36.

⁷⁵ Ibid., 37.

surgir lo que hoy se conoce como estrés. La vida del presbítero, no es ajena a esta realidad cotidiana. Ha incidido en su persona y ministerio sacerdotal, a través del activismo conformado por compromisos y excesivas tareas pastorales. Precisamente, en la actualidad el presbítero ha llegado a experimentar en carne propia lo que es el estrés. Debido a no lograr manejar equilibradamente las necesidades y exigencias que las tareas pastorales, las dificultades personales, comunitarias y sociales le traen. El término estrés, ha venido evolucionando de tal manera que se puede hablar de estrés positivo o eutrés y negativo o distrés. El estrés tiene su aspecto positivo, de lucha de trabajo, de entrega; pero cuando llega a superar la capacidad de la persona llega a transformarse en una situación negativa. Para muchos presbíteros las demandas pastorales llegan a convertirse en un pozo sin fondo. Diariamente le llegan muchas peticiones de personas que necesitan de su palabra, de su ser sacerdote, de su consejo, a nivel parroquial. Pero también, a nivel de la diócesis, se le encomiendan servicios diocesanos, el presbítero, no puede atender todas estas necesidades a pesar de la autoexigencia que desarrolla. Para evitar quedar mal con las personas, el sacerdote tiene que introducir todas las peticiones en su agenda y siempre cree que no está correspondiendo al cien por ciento, y esta situación le ocasiona un sentimiento de frustración. La consecuencia de esta acción desenfrenada ocasiona diversas patologías en los niveles tanto físico como mental⁷⁶. Frente al estrés, es necesario recuperar la experiencia de Jesús que sabía integrar armónicamente, la acción con el descanso y la contemplación, para tener una vida equilibrada entre trabajo y oración. Lamentablemente, el estrés puede conducir al presbítero a estar repleto de tantas tareas, pero a la vez estar vacío en su corazón, por la carencia de la oración en sus múltiples actividades.

g) *“Trabajo y compromiso es igual que orar”, afirman muchos sacerdotes*

A pesar de existir una tendencia de volver a vivir una espiritualidad más auténtica, sin separación entre fe y vida, aún subsisten quienes piensan y adjudican el mismo valor a los trabajos y compromisos en bien de la vida con la experiencia de oración. Otros más radicales creen que tiene más valor la entrega, la donación a los demás que entretenerse realizando tiempos de oración. Esta tendencia cree que las acciones en beneficio de los demás, especialmente de los pobres, automáticamente se

⁷⁶ Cf. H. LÓPEZ DE MÉZERVILLE, *Sacerdocio y Burnout*, San Pablo, Madrid 2012, 26-29.

convierten en oración. Muchos sacerdotes han asumido, proclamado y transmitido esta actitud, llegando a despreciar, a rechazar y hasta arrancar de su vida la experiencia de la oración. Por una parte, por considerar la experiencia de la oración, anticuada y por otra parte, por otorgarle el mismo valor que sus compromisos cotidianos. Pero aquí hay que tener claras las dimensiones: una cosa es trabajar, donarse, sacrificarse por el bien de la comunidad eclesial o no eclesial; pero otra es la realidad de adhesión personal en la fe a la persona de Cristo a través de la oración. Estas son dos experiencias no separables, ni contrapuestas, pero muy distintas. Por otro lado, trabajar comprometidamente en el servicio de los demás sin orar, no hay duda que es una acción muy buena, pero carente de espíritu. Fácilmente puede desnaturalizarse ese compromiso en un activismo estéril, con rostro cristiano pero sin alma, vida y corazón cristiano. Son acciones que no proceden del encuentro íntimo con el Señor fuente de todo compromiso cristiano, ministerio y vida presbiteral. Un sacerdote que no cultiva la oración y se dedica a trabajar creyendo que eso es oración, se equivoca. Si no es capaz de escuchar, de buscar y de conocer el rostro del Señor en ese encuentro profundo, es muy difícil y quizá hasta imposible que pueda descubrir y contemplar el rostro de Dios con los que está comprometido. Esa entrega pastoral, por más noble que sea, estrictamente, no se puede convertir en oración⁷⁷. Justamente, en Hechos de los apóstoles, se puede ver que los apóstoles distinguen plenamente entre las obras de caridad, la entrega, el servicio a los hermanos y lo que es propiamente la oración. Por eso, deciden elegir a siete personas que se dediquen al servicio de la caridad para que los apóstoles no descuiden la oración y la palabra. De esa forma los apóstoles están manifestando desde los inicios del cristianismo que el compromiso en bien de los demás no es oración (cf. Hch 6, 1-4).

2. Conclusión

Al finalizar este recorrido por las diversas dificultades u obstáculos que presenta la oración, y las que encuentra el sacerdote interna y exteriormente para practicarla, se puede percibir que a causa de esas dificultades muchos presbíteros viven superficialmente el ministerio por falta de oración. Si se toma en cuenta que es esencial la oración, para su vida y ministerio, como lo han afirmado los documentos eclesiales, se

⁷⁷ Cf. *Ibid.*, 98-99.

puede observar que la falta de practicar o el abandono de la experiencia de oración van en detrimento de la calidad de vida y de servicio pastoral que puede prestar el sacerdote. Sin duda, junto a estos factores que se han abordado en este capítulo, deben de existir otros que desconocemos o que aún no se han querido tocar. Factores, que probablemente pertenezcan más al ámbito del propio sacerdote, más que a circunstancias, dificultades u obstáculos externos. Pueden ser situaciones que estén relacionadas desde el inicio de la formación sacerdotal, que vienen a florecer en el ejercicio del ministerio por la descripción realizada anteriormente.

Se trata por tanto de una problemática seria que silenciosamente está provocando dificultades al interno de la Iglesia. Lo reconozcan o no, esa situación está generando más conflictos de los que se puedan percibir, como también, más sufrimientos de los que intenten imaginar en el corazón y vida del sacerdote. Dificultad que produce empobrecimiento en calidad humana y espiritual en todos los niveles de la vida del presbítero, afectando especialmente su proyección pastoral, limitando su compromiso con el mismo Señor, debilitando de raíz su identidad y pertenencia sacerdotal, al abandonar la experiencia de la oración. Esta situación, al mismo tiempo, está exigiendo repensar y replantear sincera y honestamente frente a nuestro Señor y su Iglesia los procesos de formación sacerdotal. Es necesario analizar dónde está la causa por la que se abandona la oración. Está, en la formación o en la persona del formando la dificultad, para subsanar esa situación y evitar que se siga permitiendo que las dificultades internas o externas arranquen de la vida del sacerdote la experiencia de la oración. Sin lugar a dudas, estas pocas experiencias negativas que se han descrito, aportan luces para tratar con espíritu renovado y visión nueva, no las dificultades sino al presbítero que experimenta las dificultades. Queda pues expuesta sobre la mesa esta problemática, esperando encontrar luces, caminos, senderos que permitan tratarla con ojos y corazón nuevos. Sabiendo que la Exhortación Apostólica Postsinodal sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual, de Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, promulgada hace veintidós años, no contiene recetas sobre la oración, pero sí una rica doctrina que puede iluminar la situación. Con esa esperanza de un futuro nuevo y mejor para la vida y ministerio del sacerdote enraizado y encendido en la oración, pasamos al siguiente capítulo.

Capítulo III

LA ORACIÓN DEL SACERDOTE EN LA ENSEÑANZA DE *PASTORES DABO VOBIS*

Seguidamente de haber hecho memoria de varios documentos del Magisterio de la Iglesia, que abordan la realidad de la oración sacerdotal, en el capítulo I, a continuación se abordaron las dificultades internas y externas del sacerdote frente a la experiencia de la oración, y las consecuencias que esto genera, en el capítulo II. No hay duda, que el sacerdote, para poder servir en las diferentes dimensiones de su vida, necesita de diversos nutrientes, entre estos, lo esencial es la oración. Cuando se habla de la oración en la vida del sacerdote de ayer, de hoy y de mañana, es tratar una situación ardiente y complicada por diversas situaciones que suscita la misma, sabiendo que la oración es una experiencia decisiva y no negociable en la vida del presbítero. Se intenta encontrar luces en el corazón de la doctrina de la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* del Papa Juan Pablo II. Concretamente, en lo que se refiere a la oración en sus diferentes vertientes. Se concentra la visión en ese aspecto oracional, por las diferentes reacciones que actualmente surgen y sugieren al respecto. A la vez, por el terreno que ha venido alcanzando y la importancia que la oración ha ido cobrando en la actualidad. En realidad, se hace desde la rica doctrina de *Pastores dabo vobis*, para recuperar la vitalidad y el espíritu que de ella emerge, para nutrir la vida y ministerio del presbítero en la actualidad. Al mismo tiempo, el interés se debe a ser un documento postconciliar, si bien han transcurrido 22 años de su nacimiento, no es muy lejano, pero sí el más cercano a la realidad de la formación sacerdotal. La sabiduría interior que de la misma procede, tiene mucho que decir y nutrir el corazón, vida y ministerio del presbítero de hoy, a pesar de vivir en un nuevo milenio y ambiente cultural distinto de su proclamación. También se acudirá a otros autores distintos de *Pastores Dabo Vobis*, que han tratado y reflexionado sobre su contenido, especialmente en lo que respecta a la oración y sus diversas implicaciones.

1. Marco y aspecto general de *Pastores Dabo Vobis*

Como ya se ha descrito en el capítulo primero, las raíces y orígenes de *Pastores dabo vobis*, se encuentran especialmente en los documentos del Concilio Vaticano II y del *Sínodo del 90* que trató el aspecto nuclear de *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales*, y otros documentos del Magisterio de la Iglesia. De la profundización de los aspectos obtenidos en dicho *Sínodo*, se cosechó como fruto de esta reflexión la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, que fue publicada el 25 de marzo de 1992.

a) *Argumento central de Pastores dabo vobis*

Versa propiamente sobre la propuesta de la formación sacerdotal. Proceso que inicia desde la vida del seminario o casa de formación de los sacerdotes religiosos, y que se prolonga hasta la formación permanente. Así lo hacen notar los Padres sinodales para actualizar los métodos y contenidos de formación más indicados para el desarrollo de la vocación sacerdotal en esta etapa de la historia de la Iglesia. La referencia central de la formación presbiteral es la persona de Jesucristo (cf. PDV 42). Desde esta perspectiva, la materia y objetivo central de *Pastores dabo vobis* quedan recogidos y descritos de la manera siguiente:

«La presente Exhortación intenta recoger el fruto de los trabajos sinodales, señalando algunos *objetivos logrados*, mostrando algunas *metas irrenunciables*, poniendo a disposición de todos la *riqueza de experiencias y de procesos formativos* experimentados ya en modo positivo. En esta Exhortación se exponen separadamente la *formación «inicial»* y la *formación «permanente»*, pero sin olvidar nunca la profunda relación que tienen entre sí y que debe hacer de las dos un solo proyecto orgánico de vida cristiana y sacerdotal. La Exhortación trata sobre las diversas *dimensiones* de la *formación, humana, espiritual, intelectual y pastoral*, como también sobre los ambientes y sobre los responsables de la formación de los candidatos al sacerdocio» (PDV 42).

El plan del documento es rico, nutritivo y profundo relacionado con la formación de los presbíteros. Fundamentalmente el texto comprende seis capítulos, una introducción y finalizando con su respectiva conclusión. Es sumamente significativo que el texto está plasmado desde una visión bíblica. A partir de esta fuente desarrolla todo el contenido formativo. Entre la rica proliferación de estudios, aportes y de análisis

que se realizan a *Pastores dabo vobis*, retomo de Juan Esquerda Bifet, una visión sintética y global del contenido de dicha Exhortación:

«Visión de conjunto. Los títulos bíblicos de los capítulos son un verdadero "evangelio de la vocación" (n.34), que sigue aconteciendo en la Iglesia y en el mundo de hoy. La situación actual de la sociedad (cap. I) hace recordar que el sacerdote es un hombre "tomado de entre los hombres" (Heb. 5,1). En medio de nuevas dificultades y nuevas posibilidades, el Señor sigue llamando a personas que deben ser formadas para estas circunstancias. La naturaleza y misión del sacerdote, es decir su identidad (cap. II), se presenta a partir de la consagración y misión de Cristo comunicadas al sacerdote ministro: "Me ha ungido y me ha enviado" (Lc 4,18). El sacerdote queda configurado con Cristo Sacerdote y Buen Pastor, para prolongarle en la Iglesia. La espiritualidad o vida espiritual del sacerdote (cap. III) se explica como vida en el Espíritu: "El Espíritu del Señor sobre mí" (Lc 4,18). Es el mismo estilo de vida del Buen Pastor y del "seguimiento evangélico" de los Doce. La pastoral vocacional (cap. IV) es un trasunto de la pedagogía usada por Jesús cuando dijo: "Venid y lo veréis" (Jn 1,39). Esta pastoral "es esencial y connatural en la pastoral de la Iglesia" (n. 34). La formación inicial de los candidatos (cap. V) es como la continuación de la labor de Jesús respecto a sus discípulos: "Instituyó doce para estuvieran con él" (Mc 3,14). Se desarrolla en cuatro niveles armónicamente relacionados: humano, espiritual, intelectual, pastoral. La formación permanente de los sacerdotes equivale a poner en práctica la recomendación de San Pablo: "Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti" (2Tim 1,6). Es una formación que incluye un proyecto de vida sacerdotal en el Presbiterio de la Iglesia particular. Esta línea bíblica del documento postsinodal quiere poner de relieve la presencia de Jesús en la Iglesia y en el mundo, de suerte que los llamados se sientan invitados a adoptar una actitud profundamente relacional: "El que nos ha llamado y nos ha enviado sigue junto a nosotros todos los días de nuestra vida, ya que nosotros actuamos por mandato de Cristo" (n.4). La Iglesia continúa hoy la misma acción formativa de Cristo. La exhortación postsinodal quiere delinear, sin dejar espacio para las dudas, la figura del sacerdote de hoy a la luz de la fisonomía permanente de Cristo Sacerdote y Buen Pastor»⁷⁸.

2. La oración en el documento

Desde la perspectiva de Fernando Valera Sánchez, *Pastores dabo vobis* aborda de manera muy limitada el aspecto de la oración. Él observa que trata muy poco sobre la oración; eso sí, de manera muy especial en el proceso inicial de formación del seminarista y la retoma en lo concerniente a la formación permanente del presbítero. Quedando de esta forma descrita en los números: 47 y 72 de forma fundamental⁷⁹. Por otro lado, haciendo una lectura pausada del texto, se puede ver que dedica varios puntos

⁷⁸ J. ESQUERDA BIFET, en: <https://compartirencristo.files.wordpress.com/.../pdv-clave-de-lectura.doc> (Consulta 31-01-2015).

⁷⁹ Cf. F. VALERA SÁNCHEZ, *El Espíritu Santo y la vida del presbítero*, Interlibro, Madrid 2003, 200.

a la reflexión sobre la oración tanto en los que se preparan para el sacerdocio, como en los que lo ejercen. Al mismo tiempo, se puede apreciar que utiliza otros términos que son sinónimos o por lo menos que hacen pensar que se refieren a la oración. Este lenguaje relacionado con la oración se encuentra a lo largo de los seis capítulos distribuidos en los 82 números. Por lo tanto, esta experiencia oracional es transversal en el texto. La memoria de la experiencia de la oración, con diferente intencionalidad, se encuentra en los números y cuadro siguiente:

TÉRMINO ORACIÓN EN PASTORES DABO VOBIS											
Número	Veces		Número	Veces		Número	Veces		Número	Veces	Total
9	1		12	1		14	1		16	1	
26	1		29	2		32	1		33	1	
38	8		39	1		40	1		41	2	
42	1		47	4		48	1		49	1	
50	2		53	2		60	1		62	1	
66	1		68	2		72	3		74	1	
76	1		78	1		80	2		82	3	
	15			13			10			10	48

Esta mirada proporciona que 48 veces se aborda el término oración. Estando distribuido a lo largo de la Exhortación, concentrándose en el n. 8. La insistencia de la importancia de la oración, también se expresa en una serie rica de palabras, con diferentes matices, como las siguientes:

TÉRMINOS RELACIONADOS CON ORACIÓN EN PDV								
Término	Veces		Término	Veces		Término	Veces	Total
Contemplación	3		Contemplar	1		Intimidad	9	
Encuentro	15		adoración	2		diálogo	6	
Silencio	4		Rogar	2		escuchar	13	
Relación	66		Comunión	83				
	88			88			28	204

Estos términos evocan la experiencia de oración. Aclaración: de las 66 veces que se menciona el término: relación, 13 veces son en referencia directa al Señor; de las 83 veces que habla de comunión, 17 se refieren a la Santísima Trinidad (cf. PDV 9-82). Toda esta riqueza de la experiencia de la oración hace pensar que en verdad es esencial en la formación del candidato al sacerdocio, como en la vida cotidiana del presbítero. El Papa Juan Pablo II siempre recordaba que hoy como ayer la oración es imprescindible en la vida del presbítero, que siempre será una gracia y una exigencia que está arraigada en la identidad en el sacerdote de Cristo. Vivir esta experiencia solo es posible desde la convicción firme y perseverante, con la mirada puesta en Cristo. Cultivar los encuentros de oración con Cristo, lejos de robar tiempo al apostolado, es fuente de profunda fecundidad en la vida y ministerio sacerdotal⁸⁰. En la descripción anterior sobre la oración, se relaciona con diversos aspectos de la vida del sacerdote, pero no se da una definición de la misma, simplemente se destaca su necesidad e importancia. A partir de esta visión se desarrollan los epígrafes que contienen, de manera general, elementos de la oración, en las siguientes reflexiones.

⁸⁰ Cf. JUAN PABLO II, «Encuentro del Santo Padre Juan Pablo II con los sacerdotes diocesanos y religiosos», Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, 27-01-1979.

2.1. LA ORACIÓN ALREDEDOR DE CRISTO

1. La oración que hace Cristo, fuente de unidad y comunión

Resulta significativo, que Jesucristo a través de su oración manifiesta la esencia de su persona, de su relación con su Padre, de su vida y de la elección de sus discípulos. De esa manera, la oración de Jesucristo es algo inherente, constitutivo de su persona, de su misión, de su ser, gusta de la presencia y compañía de su Padre. Esta experiencia orante del Señor ha quedado recogida y testimoniada en los cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Oración expresada en diferentes momentos, circunstancias, ocasiones y situaciones de la existencia histórica de Jesucristo. Atendiendo a esta actitud profunda orante del Señor, es como se acepta como testimonio vital para sus discípulos y seguidores a lo largo de la historia del cristianismo⁸¹. Sin duda, por eso *Pastores dabo vobis*, sitúa la oración de Jesucristo como núcleo y fuente de unidad y comunión de los discípulos, afirmando:

«Mediante el sacerdocio que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo, según la oración del Señor: «Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros... Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 11.21)» (PDV 13).

En este momento crucial de la vida de Jesucristo y sus discípulos, su oración brota de lo más profundo de su ser, por sus amigos, porque los que lo han seguido, han creído y confiado en él, y por las personas que después se fiarán de la palabra del testimonio de sus discípulos. Es una oración trascendental, justamente ubicada en el momento esencial de su partida al Padre. Es consciente que sus discípulos eran fruto de su oración y de la bondad del Padre que se los confió, ahora Jesús se los entrega como ofrenda, para que vivan en unidad y comunión, por medio de su oración⁸². Eso significa que la unidad y la comunión no es producto simplemente de reglamentos o criterios humanos. Según el texto de Jn 17, 11-21, son fruto del deseo y de la oración de Jesucristo, que tiene como causa y fundamento la Santísima Trinidad. Esta experiencia orante de Jesucristo tendrá su concreción en la vida y en la comunidad de los discípulos. Como bien lo destaca Van Der Merwe, citado por Gerardo Sánchez, diciendo:

⁸¹ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, *La oración en la vida y el ministerio del sacerdote*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004, 139.

⁸² Cf. A. BRAVO TISNER, *La oración del sacerdote*, Sígueme, Salamanca 2004, 110.

«En efecto, las súplicas por la conservación y santificación de los discípulos, así como el deseo de su unidad, confluyen en un único gran propósito: la comunidad de discípulos que Jesús deja en el mundo debe mantenerse en aquel ámbito divino que Jesús le ha abierto. La unidad es articulada desde tres perspectivas: la relación del Padre-Jesús como la fuente y la causa de la unidad entre Jesús y sus discípulos; la relación Jesús-discípulos como la base de su unidad; y la unidad entre los discípulos como requisito necesario para la revelación de Dios y la salvación del mundo»⁸³.

2. La oración vínculo de comunión con Cristo

«Jesús nos ha enseñado este maravilloso contenido de la vida cristiana, que es también el centro de la vida espiritual, con la alegoría de la vid y los sarmientos: ‘Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador... Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí’» (PDV 45).

La profundidad misteriosa de la comunión con Jesucristo a través de la experiencia de la permanencia, no se fundamenta en aspectos únicamente sociológicos. Por la relación vital que se desarrolla entre la vid y los sarmientos, se comprende que la oración es una de las formas más importantes y esenciales de permanecer unidos a Jesucristo. Él mismo dio esa prueba y esa garantía de la permanencia relacional con su Padre, siendo un hombre orante. Sin duda esta oración está vinculada directamente con los frutos que producen los sarmientos, experiencia relacionada con las obras que realizaran los apóstoles viviendo en obediencia a sus mandamientos. Jesús mismo ha sido ejemplo y testigo de esta realidad de comunión con su Padre a través de su constante oración⁸⁴. La comunión que nace como fruto de la oración es fuente de una alegría inconfundible. Porque tiene como principio el deseo y la voluntad divina de que en la historia se haga realidad en y a través de los discípulos que corresponderán viviendo en ese espíritu de comunión con el Señor. De ahí la importancia de que «la oración es una expresión de la auténtica comunión de voluntades entre Jesús y el Padre y lo ha de ser de los discípulos entre sí y con Jesús y el Padre. Cuando en la comunidad reina ese ambiente de comunión con Jesús y entrega a la misión, puede pedir lo que quiera»⁸⁵. Esta comunión es esencial en la vida de los discípulos. Ellos deben esforzarse por hacerla realidad desde la fe, para dar un testimonio creíble y convincente de su adhesión a la voluntad de Jesucristo de vivir en comunión. El mismo Señor ha orado por

⁸³ D.G. VAN DER MERWE, citado por: G. SÁNCHEZ MIELGO, *La unidad de los creyentes, La Iglesia que pensó el discípulo amado*, San Esteban, Salamanca 2008, 172.

⁸⁴ Cf. *Ibid.*, 83.

⁸⁵ *Ibid.*, 83.

la edificación de la comunidad discipular. Esta oración de la comunión y en comunión con Cristo define la vinculación del ser del sacerdote, como bien lo capta Saturnino Gamarra, cuando dice:

«Nosotros hemos podido entrever al sacerdote en la comunión de Cristo, que es sacerdote en dicha comunión. Desde esta perspectiva se comprende que el sacerdote, que es uno con Cristo, sea también uno con Él en la oración: ora en Él y con Él. Desde esta perspectiva se entiende que el sacerdote sea orante desde su identidad. Se confirma el principio: a la relación, su oración»⁸⁶.

3. Contemplar a Cristo el ungido

Desde el principio de su ministerio, Jesús mismo se presenta como el ungido del Padre, presentando toda una misión que debe realizar a raíz de esa unción recibida. Manifiesta su vocación de anunciar, de liberar, de curar y sanar las dolencias de aquejan a los pobres de la tierra (cf. Lc 4, 18-19). El seminarista y el presbítero están llamados a contemplar de manera profunda a Cristo el ungido, para adquirir una mirada, una sensibilidad, una actitud, una sabiduría, una mentalidad nueva, la de Cristo. Esta contemplación los capacita para mirar y ver el mundo desde una óptica nueva, de esa manera ser instrumentos de edificación y salvación⁸⁷. Contemplando al ungido, permite realizar y vivir de manera distinta la misión recibida y encomendada al presbítero. Así lo describe Pere Montagut diciendo:

«Fijar en Dios la mirada y el corazón es el acto más elevado del espíritu capaz de orientar toda actividad humana. Pero será necesario la caída de prejuicios y un cambio de perspectiva para prestar la atención debida al lugar de la contemplación en la vida sacerdotal. Ciertamente, todavía no se ha llegado a entender la contemplación como un gran valor de la espiritualidad sacerdotal»⁸⁸.

Esta actitud contemplativa abre a la persona a buscar, encontrar y dialogar con el Señor con todo el corazón, dejándose iluminar e impregnar a la vez del ungido. Esta contemplación produce muchos frutos en la vida sacerdotal, especialmente la unificación de su persona y su ministerio. La dimensión de su relacionalidad con el Señor y con la comunidad cristiana adquiere una profundidad única. Unificando plenamente su ser y su que-hacer, se proyecta fecundamente enseñando a la comunidad cristiana. Escuchando al Señor y la comunidad, santificando y ofreciendo al Señor el sacrificio, guiando, amando y conduciendo al rebaño y a la vez dejándose amar, enseñar

⁸⁶ S. GAMARRA, o.c., 276.

⁸⁷ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 186.

⁸⁸ Ibid., 186.

y conducir por el mismo rebaño. Por supuesto que esta contemplación nace del amor y conduce a la fuente del mismo amor. Es imposible contemplar a Dios si no se realiza en este ámbito y clima de amor, para amar al amado. Solamente de esta forma podrán brotar nuevos sentimientos, actitudes y acciones para seguir al ungido, Cristo el Señor⁸⁹. De manera similar lo ha descrito el Papa Benedicto XVI, afirmando:

«También hoy, el seguimiento de Cristo es arduo; significa aprender a tener la mirada de Jesús, a conocerlo íntimamente, a escucharlo en la Palabra y a encontrarlo en los sacramentos; quiere decir aprender a conformar la propia voluntad con la suya. Se trata de una verdadera y propia escuela de formación para cuantos se preparan para el ministerio sacerdotal y para la vida consagrada, bajo la guía de las autoridades eclesíásticas competentes. El Señor no deja de llamar, en todas las edades de la vida, para compartir su misión y servir a la Iglesia en el ministerio ordenado y en la vida consagrada, y la Iglesia está llamada a custodiar este don, a estimarlo y amarlo. Ella es responsable del nacimiento y de la maduración de las vocaciones sacerdotales» (PDV 41)⁹⁰.

4. Cultivar la amistad con Jesús

Pastores dabo vobis, señala la oración de comunión a través de los términos de relación y amistad, desde el inicio de la llamada de Jesús a sus discípulos, diciendo: «Después de haberlos llamado y antes de enviarlos, es más, para poder mandarlos a predicar, Jesús les pide un ‘tiempo’ de formación, destinado a desarrollar una relación de comunión y de amistad profundas con Él» (PDV 42). La amistad está relacionada hondamente con la experiencia de la contemplación, tratada anteriormente. A partir de esta actitud contemplativa puede ir surgiendo paulatinamente la experiencia de la amistad con Cristo en todas las dimensiones de la vida del presbítero. Amistad que no tiene que quedar reducida al sentimentalismo, pues afectivamente es mucho más intensa y aguda al referirse al Señor. Prácticamente, es tener la intención y la disposición de entablar una relación abierta y sincera con Jesucristo. Amistad que hay que cultivar, labrar, cuidar, proteger y vigorizar cotidiana y constantemente. Es un cultivar estando afectiva y efectivamente en la presencia amorosa del Señor, dejándose amar y amándolo a través de diversas actitudes y acciones, especialmente en el encuentro orante. Es una amistad que no es producto de la sabiduría, ni de razonamientos humanos, sino fruto del amor indescriptible. Que tiene como raíz, fuente y culmen la gratuidad y el amor desbordante del Señor y la respuesta contemplativa de gratitud del orante que lo

⁸⁹ Cf. *Ibid.*, 187-188.

⁹⁰ BENEDICTO XVI, «Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones», 15-05-2011.

reconoce, acepta y ama. El sacerdote, por su misma vocación, está llamado a cultivar esta amistad, pues él mismo es a la vez ministro, puente de la mediación de la amistad entre Dios y los hombres, llevando a Dios a los hombres y a estos a Dios. La amistad fomentada con el Señor, desplegada a la comunidad cristiana, se traduce en una forma de sacerdocio, uniendo a los amigos los conduce al Señor fuente de la amistad verdadera. Es una amistad basada en la comunicación, el diálogo y la intimidad de la creatura con su Creador⁹¹. Además, el ser, la vida, la vocación del sacerdote está vinculado a la oración y hunde sus raíces en la misma, vitalizando la amistad con el Señor. A la luz de esta vivencia de amistad orante, «la experiencia cristiana nos introduce aún más adentro y refuerza nuestra interioridad. El Espíritu Santo conduce hacia la intimidad misma de Dios. Ensancha la vida interior abriéndola a la interioridad divina a través de un intercambio que se convierte en la fuente principal de la vida espiritual»⁹².

5. Intimidad con Cristo en la Eucaristía

Oración y Eucaristía están íntimamente vinculadas. Así lo define *Pastores dabo vobis* afirmando: «El culmen de la oración cristiana es la Eucaristía» (PDV 48). Respecto a la intimidad eucarística, es Dios quien se acerca, se dona, como alimento inconfundible a través del Espíritu Santo al hombre. Este acercamiento a la intimidad más íntima de la vida, del corazón, de la historia, de la vocación, del ministerio del sacerdote, Dios lo realiza por medio de su Cuerpo y de su Sangre. De esta manera el hombre entra en relación y comunión íntima con Jesucristo⁹³. Es preciso educar y cultivar esta amistad eucarística en la vida de los seminaristas y especialmente de los sacerdotes. Por otro lado, esta intimidad a través de la oración es necesaria: «para sentar las bases de su fidelidad sacerdotal se requiere una auténtica intimidad con Cristo en la oración, ya que la experiencia fuerte e intensa del amor del Señor llevará a los sacerdotes y a los consagrados a corresponder de un modo exclusivo y esponsal a su amor»⁹⁴. La presencia de Jesús en la Eucaristía es permanente, la respuesta del hombre, especialmente del sacerdote es entrar en relación con Él por medio del diálogo íntimo

⁹¹ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 213.

⁹² Ibid., 176.

⁹³ Cf. F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 109.

⁹⁴ J. L. BRUGUÉS, «El sacerdocio del siglo XXI desde la perspectiva del año sacerdotal 2009-2010», en: A. PÉREZ PUEYO, *Claves para la formación del sacerdote hoy*, Edice, Madrid 2011, 26.

sostenido por su fe tanto a nivel personal como comunitario. Esta intimidad se inicia con el encuentro personal con la persona de Jesús a través de su presencia eucarística tanto en la liturgia, como en el sagrario. De tal manera que el sacerdote se nutre de los sentimientos de Cristo presente en la Eucaristía; adorándolo y alabándolo con sincero corazón. Para cultivar esta experiencia el presbítero necesita encontrar tiempo para estar con Cristo, sobre todo ternura y amor sacerdotal⁹⁵. De este encuentro íntimo con el Señor hecho Eucaristía, el presbítero bebe las mejores energías y a la vez descubre y encuentra la raíz misma de su ser sacerdotal. El tiempo que ofrece al Señor oculto en el sagrario adorando su presencia eucarística, le brinda dinamismo y alegría a su persona y ministerio. De todos los fieles, el sacerdote es el primer invitado, llamado a participar y entrar en esta tienda de encuentro de presencia e intimidad eucarística⁹⁶. Con íntima y profunda alegría el presbítero, en el encuentro orante, «lo adora en nombre propio, de la comunidad eclesial y de la gran familia humana mientras le confía, amorosa y pausadamente, sus preocupaciones pastorales»⁹⁷.

2.2. LA ORACIÓN ALREDEDOR DEL PRESBITERO

1. La vocación sacerdotal y la oración

Después de haber venido tratando la importancia que la oración tiene en la vida del presbítero, se contempla que la vocación sacerdotal es esencialmente fruto de la oración. Precisamente esta es la raíz de toda historia vocacional, fundamentalmente la sacerdotal. Es un dialogo que tiene su principio en Dios y tiene como respuesta la actitud orante del hombre. En un clima orante de parte de Jesucristo es engendrada la vocación sacerdotal, al mismo tiempo es pedida por parte de la persona que intenta caminar por estos senderos vocacionales. De una manera muy sencilla, pero profunda y clara, sintetiza este acontecimiento vocacional, el Papa Benedicto XVI afirmando que:

«El arte de promover y de cuidar las vocaciones encuentra un luminoso punto de referencia en las páginas del Evangelio en las que Jesús llama a sus discípulos a seguirle y los educa con amor y esmero. El modo en el que Jesús llamó a sus más estrechos colaboradores para anunciar el Reino de Dios ha de ser objeto particular de nuestra atención (cf. *Lc* 10,9). En primer lugar, aparece claramente que el primer acto ha sido la oración por ellos: antes de llamarlos, Jesús pasó la noche a

⁹⁵ Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Te hemos seguido, Espiritualidad sacerdotal*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1998, 68-71.

⁹⁶ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 216.

⁹⁷ *Ibid.*, 216.

solas, en oración y en la escucha de la voluntad del Padre (cf. *Lc* 6, 12), en una elevación interior por encima de las cosas ordinarias. La vocación de los discípulos nace precisamente en el coloquio íntimo de Jesús con el Padre. Las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada son primordialmente fruto de un constante contacto con el Dios vivo y de una insistente oración que se eleva al ‘Señor de la mies’ tanto en las comunidades parroquiales, como en las familias cristianas y en los cenáculos vocacionales»⁹⁸.

Por otro lado, aparte de ser la vocación fruto de la oración, fundamentalmente en el origen, en la base de esta llamada, de esta elección, está el acto libre y de amor de parte de Dios para con el vocacionado. Es una llamada gratuita, don de Dios, para participar directamente por medio del ministerio sacerdotal en el misterio de la salvación de la humanidad⁹⁹. Prosiguiendo con la reflexión sobre el nacimiento de la vocación sacerdotal, es evidente que surge, brota, nace, en y de un clima de oración. Así lo ha hecho notar el Papa Francisco en su mensaje por las vocaciones, diciendo que:

«Detrás y antes de cada vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, está siempre la oración fuerte e intensa de alguien: de una abuela, de un abuelo, de una madre, de un padre, de una comunidad. He aquí por qué Jesús dijo: ‘Rogad, pues, al dueño de la mies es decir, a Dios Padre para que mande trabajadores a su mies’ (Mt 9, 38). Las vocaciones nacen en la oración y de la oración; y sólo en la oración pueden perseverar y dar fruto»¹⁰⁰.

De la misma manera, *Pastores dabo vobis*, enfatiza que sólo en la escucha de la Palabra y de la oración se puede seguir a Jesús, diciendo: «Por eso es necesario educar, especialmente a los muchachos y a los jóvenes, para que sean fieles a la oración y meditación de la Palabra de Dios. En el silencio y en la escucha podrán percibir la llamada del Señor al sacerdocio y seguirla con prontitud y generosidad» (PDV 38).

2. La oración en la ordenación del presbítero

«Recordemos las palabras del rito de la Ordenación sacerdotal, que se consideran centrales en la fórmula sacramental: ‘Te pedimos, Padre todopoderoso, que confieras a estos siervos tuyos la dignidad del presbiterado; renueva en sus corazones el Espíritu de santidad; reciban de Ti el sacerdocio de segundo grado y sean, con su conducta, ejemplo de vida’» (PDV 33).

El ministerio sacerdotal nace en un clima eclesial, quedando vinculado por gracia de Dios con Jesucristo y con los mismos orígenes apostólicos de la Iglesia, a

⁹⁸ BENEDICTO XVI, o.c., 15-05-2011.

⁹⁹ Cf. F. VALERA SÁNCHEZ, *En medio del mundo, Espiritualidad secular del presbítero diocesano*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1997, 53.

¹⁰⁰ PAPA FRANCISCO, «*Regina Coeli*», Plaza de san Pedro, 21-04-2013.

través del gesto de la imposición de las manos, de la oración consecratoria y de la oración de toda la comunidad cristiana. La invocación comunica el Espíritu Santo, colmando a la persona consagrada de los dones y carismas necesarios. Acontecimiento que se ha venido incubando a través de la oración, para llevar adelante la misión que se le encomienda unido a Jesucristo razón primera y última del ministerio sacerdotal¹⁰¹. En esta misma perspectiva, fortificando la dimensión cristocéntrica, Fernando Valera, dice al respecto: «El ministerio sacerdotal que nace de Jesús tiene una fundamentación en la elección, la convivencia y envío, desde una relación personal con Él mismo (...) El presbítero queda marcado por esta relación especial y por el carácter personal del evangelio que es Jesucristo»¹⁰². La riqueza del nacimiento del sacerdote en la ordenación sacramental es muy profunda, por todos los signos y símbolos que en esta celebración se realizan. Con respecto al nacimiento del sacerdote en el ámbito litúrgico, Pere Montagut, afirma que:

«La celebración misma de la ordenación aparece como el lugar más apropiado para captar la oración de la Iglesia local mediante el canto de las letanías de los santos, la escucha en silencio y refrendo de la comunidad con la aclamación final de la plegaria de ordenación pronunciada por el obispo. Dicha plegaria es como la condensación sacramental de la oración de toda la Iglesia. Al recuperar la dimensión epiclética de la ordenación, el sacramento consiste esencialmente en esta oración y la oración eclesial es origen de un nuevo ministerio orante. Pero es en la oración eucarística, síntesis de la oración de Cristo y oración primordial de la Iglesia, donde el sacerdote expresará el elemento constitutivo que lo ha visto nacer»¹⁰³.

3. La vida del sacerdote, una vida de oración

Desde esta dimensión orante, toda la existencia y todas las tareas o actividades propias de la vocación sacerdotal quedan configuradas por esta actitud vital, según lo describe *Pastores dabo vobis*:

«En concreto, la vida de oración debe ser ‘renovada’ constantemente en el sacerdote. En efecto, la experiencia enseña que en la oración no se vive de rentas; cada día es preciso no sólo reconquistar la fidelidad exterior a los momentos de oración, sobre todo los destinados a la celebración de la Liturgia de las Horas y los dejados a la libertad personal y no sometidos a tiempos fijos o a horarios del servicio litúrgico, sino que también se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu» (PDV 32).

¹⁰¹ Cf. G. GRESHAKE, o.c., 106-108.

¹⁰² F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 56.

¹⁰³ P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 29-30.

Se puede percibir, que la unión consciente y dialogal del presbítero con Cristo no se puede limitar o encasillar, reducir o restringir únicamente a tiempos u ocasiones, puntos o momentos de oración. Esta actitud orante se vive y experimenta a través de todos los tiempos y compromisos ministeriales, por medio de toda la vida vigorizada y convertida en oración. El objetivo de una vida de oración sacerdotal es armonizar los momentos de oración estricta con los momentos de acción propios del ministerio¹⁰⁴. Esta singularidad de la vida del sacerdote es el fruto de su amistad, comunión, unidad, intimidad y contemplación del Señor. En este sentido Pere Montagut, dice al respecto: «Por esta razón, el dinamismo orante tendrá que situarse en el interior de la modalidad peculiar de santidad que el sacerdote vive según su inserción, unión y conformidad con Cristo»¹⁰⁵. Se produce una vida ministerial fecunda, gracias al amor recíproco entre el presbítero y Jesucristo. De ahí la importancia de configurar la vida sacerdotal a la de Cristo, ya que «la acción ministerial, cuando se ejerce con autenticidad, suscita actitudes oracionales de agradecimiento, alabanza, adoración, reparación, petición, intercesión... Por esto, en cada ministerio, el sacerdote prolonga también la oración y los sentimientos sacerdotales de Cristo»¹⁰⁶. Así se comprende por qué la vida del sacerdote es o debe ser una vida de oración. Justamente es propio de su vocación sacerdotal, pero al mismo tiempo es una tarea que la Iglesia orante le encomienda y lo ha capacitado por el sacramento del orden, al haber nacido de la oración y en oración¹⁰⁷.

4. El Espíritu Santo en la oración del sacerdote

Se acentúa la dimensión pneumatológica en la oración, la vida, la pastoral, en fin, en los diferentes niveles del ser y quehacer del presbítero. Esta experiencia del Espíritu Santo actuando en la oración, se debe a que desde la ordenación sacerdotal se ha pedido este don para el presbítero. La acción del Espíritu Santo no queda limitada a ciertas ocasiones, lugares o acontecimientos de la vida eclesial sacerdotal. Pero se manifiesta concretamente en los momentos de oración personal y comunitaria del presbítero, sobre todo en la oración de alabanza, intercesión y contemplación. De esta forma, es evidente que es imposible separar oración de la gracia vivificante del Espíritu Santo, de la totalidad de la vida del presbítero. Al mismo tiempo la fecundidad de la

¹⁰⁴ Cf. J. ESQUERDA BIFET, o.c., 126.

¹⁰⁵ P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 17.

¹⁰⁶ J. ESQUERDA BIFET, o.c., 127.

¹⁰⁷ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 57.

experiencia de la oración y del contenido de la misma es fruto de la acción inconfundible del Espíritu Santo, que se verá concretado en la vida pastoral a través de la caridad. Naturalmente, es Jesús quien vivía, actuaba y oraba inmerso en esta atmósfera pneumatológica en el transcurso de su vida histórica¹⁰⁸. La importancia del Espíritu Santo en la vida del sacerdote la describe bellamente *Pastores dabo vobis* afirmando que:

«Ciertamente, el Espíritu del Señor es el gran protagonista de nuestra vida espiritual. Él crea el ‘corazón nuevo’, lo anima y lo guía con la ‘ley nueva’ de la caridad, de la caridad pastoral. Para el desarrollo de la vida espiritual es decisiva la certeza de que no faltará nunca al sacerdote la gracia del Espíritu Santo» (PDV 33).

Esta consciencia de la presencia del Espíritu Santo actuando en la vida y la oración del presbítero, es esencial para dejarse guiar por este don que tiene «la capacidad de suscitar, fomentar e incrementar la íntima comunión de vida con Cristo y la participación específica con él hasta reproducir su semejanza, prolongar su presencia y actualizar su estilo de vida»¹⁰⁹. Por otro lado, la tarea del Espíritu Santo será ir recordando y haciendo entender al presbítero que, a pesar de sus fragilidades, pecados y debilidades que puedan separarlo de su vida orante de la santidad de Jesús, no debe abandonar esta gracia de la oración. Además debe recordar y nunca olvidar que el núcleo de la oración, no depende solamente de su querer personal. La Iglesia como madre y maestra le ha encomendado este dinamismo orante en el momento de su ordenación sacerdotal¹¹⁰.

5. La oración en la identidad del sacerdote

La identidad sacerdotal hunde sus raíces en la Santísima Trinidad. En la consagración sacerdotal, por pura gracia, el sacerdote participa del sacerdocio de Cristo. Habiendo sido Cristo el orante y modelo por excelencia del presbítero, se puede percibir que «es evidente que el dinamismo orante que buscamos en el ejercicio del ministerio parte inevitablemente del origen sacramental de la unión del sacerdote con Cristo»¹¹¹. La experiencia de la oración identifica al presbítero con la persona de Cristo a través del Espíritu Santo. Por otro lado esta participación certifica, avala y asegura la fecundidad y

¹⁰⁸ Cf. F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 200.

¹⁰⁹ P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 53.

¹¹⁰ Cf. Ibid., 168.

¹¹¹ Ibid., 58.

credibilidad de todo el acontecer pastoral, como bien lo enfatiza *Pastores dabo vobis*, diciendo:

«Esta íntima comunión con el Espíritu de Cristo, a la vez que garantiza la eficacia de la acción sacramental que realizáis ‘in persona Christi’, debe expresarse también en el fervor de la oración, en la coherencia de vida, en la caridad pastoral de un ministerio dirigido incansablemente a la salvación de los hermanos» (PDV 33).

Por otra parte, el deseo de participar de esta identificación en la oración, impulsa a los discípulos a pedir: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1). Petición que brota de lo profundo del corazón humano, que intenta entrar en intimidad honda con la fuente de la oración. De esa misma manera el presbítero debe cultivar su existencia e identidad a través de esta experiencia orante, testimoniada por su maestro, Jesucristo¹¹². Sin duda la oración es la raíz más sólida de la existencia sacerdotal, de ahí su identidad misma, pues son una realidad inseparable: oración y sacerdocio. Concretamente la vida personal y apostólica del presbítero exige esa dimensión orante por la configuración misma de su persona en la persona de Cristo. De tal manera que no sólo debe aprender a orar, sino, especialmente a cultivar el gusto, a desarrollar el deseo, y a perseverar en la voluntad de orar continuamente. Por otro lado, el aspecto orante reclama un tiempo preciso como manifestación de la fe del sacerdote, sabiendo que de esta fuente de intimidad brotará toda la eficacia del ministerio sacerdotal¹¹³. Por lo tanto la oración es fuente constitutiva de la esencia del ser del sacerdote, y no únicamente una actividad secundaria para realizar su acción ministerial pastoral. Fundamentalmente, por ser sacerdote debe orar, la oración nace, es fruto de su ser, de su amor, de su fe, de su consagración. La oración no es un agregado, no es únicamente una parte de su vida sacerdotal, no puede quedar a su libre elección hacerla o no. Ella es decisiva e indispensable, pues pertenece a su identidad sacerdotal y debe vivirla y manifestarla personal y comunitariamente en todos los momentos de su vida y ministerio¹¹⁴.

6. La Liturgia de las Horas en la vida del sacerdote

«En concreto, la vida de oración debe ser ‘renovada’ constantemente en el sacerdote. En efecto, la experiencia enseña que en la oración no se vive de rentas; cada día es preciso no sólo reconquistar la fidelidad exterior a los momentos de oración, sobre todo los destinados a la celebración de la Liturgia de las Horas y los dejados a la libertad personal y no sometidos a tiempos fijos o a horarios del

¹¹² Cf. A. BRAVO TISNER, o.c., 34.

¹¹³ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 174.

¹¹⁴ Cf. S. GAMARRA, o.c., 268.

servicio litúrgico, sino que también se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu» (PDV 72).

Por medio de la oración de la Liturgia de las Horas, el sacerdote manifiesta su fe, su comunión, su amor, su identidad, su corazón orante al participar de la oración de Jesús el Buen Pastor que constantemente oraba por diversos acontecimientos, especialmente por sus discípulos. Así mismo, la oración litúrgica permite al sacerdote alimentarse y fortalecerse en su peregrinar cotidiano. Al mismo tiempo, esta oración permite al presbítero unirse y entrar en comunión con la Iglesia particular y universal, a pesar de que por razones pastorales tenga que rezarla solo. Esta es una oración eminentemente comunitaria¹¹⁵. La Liturgia de las Horas permite vivir de manera auténtica la experiencia de la oración, haciendo memoria celebrando y orando los diversos acontecimientos de la historia de la salvación. Acertadamente, lo sintetiza Pere Montagut, afirmando que:

«La Iglesia realiza el Oficio con Cristo y a la vez se lo dirige. Santifica el curso del día, de la noche y de todo esfuerzo humano. Si para el cristiano todo el tiempo es Kairos, la Iglesia ha consagrado el ritmo cósmico y humano santificando la memoria de los acontecimientos salvíficos en las principales horas de la jornada como signo de este tiempo santo y salvífico en el que tiene lugar el encuentro con el Señor. Consagrar el tiempo es darle un sentido sagrado como tiempo de relación con Dios. Si todo el tiempo es de Dios, hay unos momentos en los que se acentúa la relación en horas de oración. Así, los momentos humanos son ya salvíficos y el tiempo cósmico es tiempo histórico del hombre y también de Dios. La Liturgia de las Horas es, sobre todo, el memorial de la vida y pasión de Cristo»¹¹⁶.

Con este enfoque bello de la Liturgia de las Horas, se puede apreciar que en ella se ora al Padre en el Hijo por el Espíritu Santo, reconociendo su cercanía, su presencia, su amor, su acompañamiento en el caminar de la historia. A la vez, posibilita hacer la experiencia de la contemplación, recorriendo la historia como un preciado manantial alimentando y alentando la vida del presbítero, de la Iglesia, de la acción pastoral y misionera. Al mismo tiempo el presbítero aprende a orar desde el corazón de la Iglesia, prolongando la oración iniciada por Cristo en su vida histórica a lo largo de los siglos del peregrinar de la Iglesia a través de la oración de la Liturgia de las Horas¹¹⁷.

¹¹⁵ Cf. F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 204.

¹¹⁶ P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 122.

¹¹⁷ Cf. Ibid., 121.

7. La oración del sacerdote por la comunidad

El sacerdote desde la ordenación queda capacitado para orar por la comunidad. Especialmente, alimentando su vida y ministerio a través de la oración de los salmos, que recogen las palabras inspiradas por el mismo Dios a través de los tiempos, que van transformando el corazón, el pensamiento, la visión y el mismo contenido de la oración del sacerdote, por gracia del Espíritu Santo¹¹⁸. En sintonía con esta experiencia, *Pastores dabo vobis* pide que el sacerdote eleve su oración confiada y asidua por toda la humanidad diciendo: «Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera» (PDV 32). Por otro lado, el sacerdote ora en nombre de la Iglesia y desde la Iglesia a raíz del compromiso que asumió libre y voluntariamente en el momento de su ordenación, respondiendo positivamente a la interrogación del obispo de orar en bien del pueblo de Dios. A través de esta promesa queda garantizada esta oración. Esta interrogación es tomada del Ritual de ordenaciones, que pregunta de esta forma: «¿Estás dispuesto a invocar la misericordia divina con nosotros, a favor del pueblo que se te ha encomendado, perseverando en el mandato de orar sin desfallecer?». Aquí radica propiamente la dimensión orante del sacerdote por el pueblo. No es una acción negociable, es constitutiva de su ser sacerdotal. Seguidamente, se puede constatar que a través de la plegaria de ordenación se vuelve a insistir diciendo: «Que en comunión con nosotros, Señor, implore tu misericordia por el pueblo que se le confía y a favor del mundo entero». De esta manera queda definido que la oración del sacerdote por la comunidad debe ser constante, es una dimensión esencial de su vocación¹¹⁹. En definitiva, la oración del sacerdote por la comunidad debe brotar de su corazón de pastor, orando por las diversas situaciones que aquejan a la comunidad eclesial. Para Pere Montagut, el contenido de la oración sacerdotal brota por la comunión con la comunidad, diciendo: «El pueblo de Dios y la Iglesia han de ser dos categorías muy presentes en la oración pastoral. Por la finalidad del mismo sacramento del orden, el sacerdote vive en comunión con su pueblo. De la comunidad concreta y de cada uno de sus miembros nada resulta indiferente para su oración»¹²⁰.

¹¹⁸ Cf. *Ibid.*, 122.

¹¹⁹ Cf. S. GAMARRA, o.c., 282-283.

¹²⁰ P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 250.

2.3. LA PALABRA DE DIOS, ALIMENTO PARA LA VIDA MINISTERIAL

Ahora bien, esta relación del presbítero con la Palabra de Dios es esencial, es uno de los nutrientes fundamentales que tienen que ver directamente con su vocación, como bien lo dice Germán Arana, cuando afirma que: «La verdadera vocación nace de la misma Palabra»¹²¹.

a) *La Palabra de Dios, fuente de transformación*

«Por eso, el sacerdote mismo debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegetico, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: ‘la mente de Cristo’ (1 Cor 2, 16), de modo que sus palabras, sus opciones y sus actitudes sean cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio» (PDV 26).

Conviene iniciar considerando la importancia crucial que tiene en la vida y en el ministerio del presbítero la atenta y asidua escucha de la Palabra de Dios. Pues esta Palabra plasmada en la Sagrada Escritura, contiene en sí misma la presencia del mismo Señor, a quien se acoge, escucha y ama en el momento de su lectura. Precisamente al entrar en diálogo íntimo y ahondar en este encuentro amoroso, se sumerge en la comunión con la misma Trinidad que se revela en esta Palabra de vida, Palabra divina, Palabra de Dios. Esta actitud de acogida a la Palabra en lo profundo del corazón a través del diálogo orante, no puede dejar sin transformar la vida del presbítero¹²². De esta manera, toda la existencia del sacerdote queda afectada por la presencia edificante del Señor en su Palabra. Así lo describe Pere Montagut diciendo que: «Es el encuentro que tiene lugar a través de la Escritura entre el corazón del hombre y la palabra de Dios. La oración se ejercita sobre el texto de la palabra divina y establece con ella una relación que afecta a la mente, al corazón y al espíritu»¹²³. Gracias a la escucha profunda de la Palabra en un dinamismo orante, la transformación que surge de ella es auténtica, debido a que el encuentro con la Palabra revelada no se realiza con la finalidad de acrecentar conocimientos, sino de cultivar la familiaridad, la amistad, la intimidad con el Señor. Este encuentro es tan profundo y fecundo que su fruto conduce al presbítero a

¹²¹ G. ARANA, «La Palabra de Dios en la formación sacerdotal», en: J. RICO GARCÍA, *La Palabra de Dios en la formación sacerdotal*, EDICE, Madrid 2009, 98.

¹²² Cf. E. BIANCHI, o. c., 37.

¹²³ P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 259.

poder hablar más con su estilo de vida creíble, que con sus palabras por convincentes que sean¹²⁴. Esta palabra como fuente de verdad y de la verdad más honda, permite al hombre encontrarse en su verdad más profunda. Solamente, esa Verdad podrá transformar verdaderamente la vida del presbítero, manteniendo la amistad y familiaridad con la Sagrada Escritura. Así lo describió el Papa Benedicto XVI en la XLVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones el 13 de mayo 2011, diciendo:

«Como hizo Jesús con los discípulos, para que madure en ellos una genuina y afectuosa amistad con el Señor, cultivada en la oración personal y litúrgica; para que aprendan la escucha atenta y fructífera de la Palabra de Dios, mediante una creciente familiaridad con las Sagradas Escrituras; para que comprendan que adentrarse en la voluntad de Dios no aniquila y no destruye a la persona, sino que permite descubrir y seguir la verdad más profunda sobre sí mismos»¹²⁵.

Resulta muy esclarecedor y sumamente fundamental el aporte de Enzo Bianchi, retomado por Saturnino Gamarra, donde resalta que el apóstol Pablo, en primer lugar no confía la Palabra del Señor a los ministros del evangelio, antes bien, Pablo confía a los ministros a la Palabra del Señor. Para poder ser transformados por la Palabra de vida, los ministros son encomendados, entregados a la Palabra, para después ser sus auténticos portadores¹²⁶.

b) El sacerdote, instrumento de la misión evangelizadora

Es preciso notar que se estaba viviendo un momento de profunda transformación en los diferentes niveles de la vida social y eclesial, cuando se publicó *Pastores dabo vobis*, situación que ha quedado anotada en la parte correspondiente a la crisis de la oración. Frente a estos cambios es necesario, no solamente un nuevo enfoque de la evangelización, sino también, un nuevo sujeto evangelizador. Con todo acierto el Papa Juan Pablo II enfatizó esa necesidad eclesial de formar nuevos presbíteros para estos nuevos tiempos. Urgiendo que es menester una nueva evangelización, siendo por vocación, envío y responsabilidad los sacerdotes los primeros nuevos evangelizadores de esta etapa de la historia de la vida de la Iglesia (cf. PDV 2). Para poder vivir y realizar esta vocación evangelizadora, los presbíteros necesitan ser hombres que en verdad sean creyentes de la Palabra que transmiten, esencialmente hombres de Dios,

¹²⁴ Cf. *Ibid.*, 263.

¹²⁵ BENEDICTO XVI, o.c., 15-05-2011.

¹²⁶ Cf. S. GAMARRA, o.c., 219.

portadores del Evangelio. Esta es su característica fundamental, su tarea, su misión en el mundo, evangelizar. Movidos por esta gran pasión de servir al pueblo de Dios que espera con fe y amor que el Evangelio les sea proclamado. Anuncio que no se quedará únicamente en el interior de los templos, debe ser un anuncio en las diferentes circunstancias de la vida, especialmente aquellos procesos sociales que deben ser iluminados por la Palabra de la vida, la Palabra de Dios. Se hace fundamental una vida configurada por la experiencia de oración, que acompañe al anuncio de la Buena Noticia. Pues el presbítero, no es únicamente un predicador o expositor de la Palabra de Dios, se necesita que sea un auténtico testigo de Jesucristo, Palabra del Padre¹²⁷. Sin duda, impulsado por fuerza de la oración, lleno de alegría de ser su instrumento del Señor, deberá siempre mantener la comunión con toda la Iglesia como bien lo resalta Jean-Louis Brugués diciendo:

«Este espíritu misionero que debe alentar los corazones de los presbíteros es de especial relevancia en una época de nueva evangelización, en la que ellos han de ser los primeros obreros de la civilización del amor. Al mismo tiempo, es bueno recordar que la garantía y la eficacia espiritual de toda misión debe poseer cuatro notas, esto es, debe ser eclesial, de comunión, jerárquica y doctrinal»¹²⁸.

La Iglesia a través de los presbíteros, para llevar adelante la misión del Buen Pastor en estos tiempos, debe vivir su vocación misionera con alegría y decisión. Abriéndose a la sociedad con la gracia del Señor para inyectar en el corazón, en las venas de la sociedad actual, la vitalidad original del Evangelio. Pues solamente, de esta forma la Iglesia podrá ser evangelizada y evangelizadora, dejándose iluminar y a la vez iluminando las diversas corrientes de pensamiento con las cuales le corresponde dialogar en este lapso de la historia. De esta manera los presbíteros y la misma Iglesia, será más auténticamente evangélica y evangelizadora. Para llevar a cabo esta tarea, le corresponde ser imaginativa y creativa. No simplemente renovando sus conceptos o sus ideas, sino con nuevas maneras de estar y de hacer presencia en la sociedad y la comunidad eclesial¹²⁹.

¹²⁷ Cf. P. J. LASANTA, *Sacerdotes para el milenio*, Monte Carmelo, Burgos 1998, 354-355.

¹²⁸ J. L. BRUGUÉS, o. c., 29.

¹²⁹ Cf. J. BESTARD COMAS, «*Espiritualidad sacerdotal ante una nueva etapa de evangelización*», en: Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular*, Simposio, EDICE, Madrid 1987, 587.

c) Rasgos del sacerdote evangelizador

«Ahora bien, dentro del radicalismo evangélico y como manifestación del mismo se encuentra un rico florecimiento de múltiples virtudes y exigencias éticas, que son decisivas para la vida pastoral y espiritual del sacerdote, como, por ejemplo, la fe, la humildad ante el misterio de Dios, la misericordia, la prudencia» (PDV 27).

Existen muchos rasgos que deben configurar la vida y la misión evangelizadora del presbítero. Dentro de estos rasgos importantes se destacan los siguientes:

(1). Se necesita que sea un hombre que asuma, que viva y se comprometa con el Evangelio. No se trata únicamente de anunciar y aclarar las ideas y conceptos del evangelio, de realizar diagnósticos y análisis de la realidad que son necesarios, ni de elaborar programas pastorales impecables. Se trata más bien, de que toque la vida del anunciador, las estructuras de la Iglesia, que viva el evangelio y llegue a convertirse en Evangelio para los demás. (2). Un hombre sensible, encarnado en la realidad, que conozca y haga suyos los problemas que sufren las personas. Que tenga capacidad interior de leer, interpretar y discernir la realidad, que comprenda los signos de los tiempos en donde se encuentra inserto. Además que sea profundamente solidario con las personas a quienes ha sido enviado para anunciar la Buena Noticia. (3). Un hombre de corazón misericordioso. Que tenga apertura para escuchar y dialogar, que se deje evangelizar, para ser transformado por la gracia del Señor continuamente. Pues el encuentro con los vicarios de Cristo, los pobres, le ayudará a ser el buen pastor entre ellos. (4). Un hombre desprendido de los poderes y privilegios humanos. Que sea en verdad alimentado y guiado por el evangelio sirva sin distinción, especialmente a los más empobrecidos y débiles de la tierra, con quienes el mismo Jesucristo se ha querido identificar (cf. Mt 25, 34-35). (5). Se quiere que sea un hombre libre, que no se deje atrapar, condicionar ni arrastrar por las ideologías y grupos sociales imperantes. Que se mantenga siempre en actitud de desinstalación, en búsqueda y no de acomodación. (6) Que sea un hombre crítico frente a la realidad, a la cual ha sido enviado para transformar con la luz y la fuerza escondida del Evangelio. Viviendo y sembrando los valores del Evangelio en el corazón de las personas y de las culturas. (7). Un hombre de profunda oración. Que hable con el Señor, para que pueda hablar a las comunidades y al mundo en general. Que el Evangelio haya pasado por su corazón, en su oración confiada al Padre. (8). Un hombre reconciliador. Frente a las diversas rupturas, heridas y desencantos del hombre de hoy, se requiere que el presbítero sea testigo de Unidad, conversión y comunión eclesial. (9). Un hombre impulsor de nuevos horizontes. Que

pueda potenciar la vida, el camino y compromiso de los laicos en la sociedad, asumiendo con responsabilidad su misión temporal¹³⁰.

d) La Palabra de Dios y el ministerio profético

La Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, unifica muy bien la Palabra de Dios y el ministerio profético afirmando:

«El conocimiento amoroso y la familiaridad orante con la Palabra de Dios revisten un significado específico en el ministerio profético del sacerdote, para cuyo cumplimiento adecuado son una condición imprescindible, principalmente en el contexto de la nueva evangelización, a la que hoy la Iglesia está llamada» (PDV 47).

De la relación orante del presbítero con el Señor a través de su Palabra, alimento indispensable, surge la vitalidad para vivir su ministerio profético. El mismo Señor le confiere al presbítero una experiencia sólida que se traduce en una enseñanza verídica y una palabra profética intensa. El fruto de este encuentro íntimo, hacen del presbítero un hombre que habla inspirado, empujado por el mismo Señor para cumplir la misión que se le ha encomendado. De tal manera que, viendo la realidad en la que vive, analizándola a la luz de su oración, brota una palabra profética de esperanza. No profetiza siguiendo sus esquemas, sus ideas, sus gustos, sus inclinaciones, sino respondiendo en fidelidad a la fuente de su ministerio. Por eso, la palabra que pronuncia es palabra de vida, palabra que ilumina, sostiene, cuestiona y nutre en todos los momentos y circunstancias de la vida¹³¹.

La mirada del presbítero que ora, tiene la capacidad de percibir desde una actitud diferente a la mirada común, aquello que clama justicia. Por esa situación su palabra por una parte anunciará al Dios de la vida y por otra denunciará todo aquello que vaya en contra de la vida. Actuará movido y motivado por amor a Dios y por su amor a los pobres y débiles de la sociedad que sufren cualquier injusticia. Su voz profética no será simplemente con el afán de buscar una reforma social, sino buscando que se establezcan las simientes del reino de Dios en las diferentes dimensiones de la vida. Aunque parezca paradójico, el presbítero tendrá clara consciencia que nunca está hablando en nombre del pobre, del oprimido, del marginado, que no es portavoz de ellos. Que habla en

¹³⁰ Cf. *Ibid.*, 589-590.

¹³¹ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 234.

nombre de Dios, que Dios es el primero que pide y exige que se viva en un mundo donde reine la justicia, la paz y la armonía, donde no falte el pan y lo necesario para todos. Por eso el sacerdote nunca debe ignorar el grito de los pobres que piden ser escuchados, debe provocar el encuentro y propiciar una respuesta profética. Su testimonio profético será claro, no sólo de palabra, sino con sus acciones y estilo de vida cotidiana enraizado en el Señor¹³². Cuando la oración del presbítero es verdadera, esta oración lo lleva a salir al encuentro del sufrimiento de los demás a dar la vida por los demás. Su corazón iluminado por la Palabra del Señor, que le habla desde el dolor de sus hermanos, le lleva a proclamar una palabra muchas veces en contra de su propia voluntad o deseo, como bien lo dice Pere Montgut:

«Ella es el fuego que alimenta las entrañas de la oración pastoral del sacerdote. A la manera de los profetas, la palabra empuja y no deja en paz hasta que el sacerdote la proclama con fuerza divina incluso contra su forma de ser y voluntad. Ha de decir lo que el Señor dice y ello desde la experiencia inmediata de Dios, eso es, recibir primero de él lo que luego ha de comunicar»¹³³.

e) El discernimiento evangélico de la realidad

«Para el creyente, la interpretación de la situación histórica encuentra el principio cognoscitivo y el criterio de las opciones de actuación consiguientes en una realidad nueva y original, a saber, en el *discernimiento evangélico*; es la interpretación que nace a la luz y bajo la fuerza del Evangelio, del Evangelio vivo y personal que es Jesucristo, y con el don del Espíritu Santo» (PDV 10).

Para responder acertadamente a las situaciones que surgen en el terreno del ejercicio sacerdotal, el presbítero necesita siempre realizar el discernimiento espiritual, para no perder el horizonte de la misión que le han encomendado. Este discernimiento lo realizará sobre la realidad donde se encuentre inserto, desde la óptica eclesial, mediante la fe, guiado con la luz del Espíritu Santo, para que sea un discernimiento fiel a la Palabra del Señor. El discernimiento es una experiencia que la Iglesia ha necesitado realizar a lo largo de su historia para responder mejor a las exigencias de los tiempos en los que le ha tocado vivir. El Apóstol Pablo advierte de la necesidad de realizar el discernimiento cuando exhorta a los romanos a distinguir la voluntad de Dios en medio de la realidad de su momento, diciendo: «Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de nuestra mente, de forma que podáis

¹³² Cf. *Ibid.*, 238.

¹³³ *Ibid.*, 256.

distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (Rm 12, 2). Esta nueva sensibilidad solamente es fruto de la nueva mentalidad que trae consigo el evangelio, mentalidad que debe llenar la vida del presbítero, para realizar un discernimiento auténticamente evangélico¹³⁴. De este discernimiento brota una nueva manera de ser y de proceder en la historia, sobre todo en medio de la comunidad creyente. Gracias al discernimiento se obtienen nuevos elementos, fundamentos, perspectivas y visión para el anuncio del Evangelio, situación, que bien enfoca Jean-Louis Brugués diciendo:

«En efecto, un corazón que se va dejando transformar por la Palabra es capaz de mirar la realidad con mayor realismo. Este es el fundamento de una predicación y una enseñanza sabia, atenta a las exigencias reales de los fieles, que sabe discernir con prudencia las circunstancias, los tiempos, los modos, en perspectiva de fe y con tono eclesial, que se ofrece como servicio humilde en el que no sobresale el anunciante por encima de Cristo, ni por encima de la Iglesia, custodia bimilenaria de la Palabra»¹³⁵.

De la misma manera como Jesucristo oraba en diferentes circunstancias de su vida para encontrar el camino a seguir, el presbítero, también como pastor, esa realidad que condiciona su ministerio le debe hacer orar. Las situaciones le motivan a orar para que la respuesta que susciten esté ligada a la voluntad del Padre a quien sirve a través de la comunidad creyente. Pues este discernimiento orante, le permite al presbítero captar la voz del Señor, entre las muchas voces, de manera más concreta y encarnada en la realidad, donde desempeña su ministerio y realiza el discernimiento evangélico¹³⁶.

2.4. FORMACIÓN DEL PRESBITERO

a) Humana

«Sin una adecuada formación humana, toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario» (PDV 43).

El cuidado de la formación humana desde los inicios de la preparación del seminarista y futuro presbítero, es fundamental para garantizar su crecimiento y madurez en el servicio del ministerio sacerdotal. En el lapso de tiempo de formación se van trabajando y modelando los rasgos esenciales de la humanidad del seminarista,

¹³⁴ Cf. F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 233.

¹³⁵ J. L., BRUGUÉS, o.c., 22.

¹³⁶ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 172-173.

futuro sacerdote. Estos rasgos van adquiriendo una forma, una belleza, un orden peculiar, en su manera de pensar, amar y sentir. Estas acciones típicamente humanas se ven transformadas y perfeccionadas mediante la gracia del Espíritu Santo y la conformación a Cristo. El seminarista en su proceso de formación, luego el sacerdote en su vida ministerial, aprenderá a realizar y vivir estas acciones humanas de modo nuevo¹³⁷. Por lo tanto debe ser una formación que le prepare para esta misión. En relación a esta formación humana, Fernando Valera Sánchez dice al respecto:

«La formación humana es importante a fin de suscitar personalidades fuertes y libres, enraizadas profundamente en el amor de Cristo y de la Iglesia. Ministro de Cristo y continuador de su misión en medio de los hombres, ministro y representante de la Iglesia, comunión y sacramento de unidad entre Dios y los hombres sin distinción, el sacerdote tiene que ser profundamente humano. La madurez humana y espiritual no es sólo realización de sí. Ella se realiza a través del don de sí, de las renunciaciones, de la aceptación de un estilo de vida. Esto comporta una educación en la madurez afectiva en vistas del celibato que cuide la fraternidad sacerdotal y la amistad como vínculos del fraterno afecto que Cristo mismo estableció en su vida»¹³⁸.

Precisamente por eso el sacerdote debe vivir una auténtica humanidad, enriquecida por una sólida educación y una formación humana, cultivando aquellas virtudes humanas necesarias para su ministerio sacerdotal. En su proceso de crecimiento, desarrollo y madurez, deberá florecer armónicamente su inteligencia, su voluntad, sus sentimientos, sus afectos, su ser, configurándose a la voluntad del Señor. Este es un proceso de toda la vida, especialmente durante el periodo correspondiente a la formación sacerdotal¹³⁹. El sacerdote asume en su vida y en su ser una triple dimensión: hombre, cristiano y pastor. No se trata de tres niveles yuxtapuestos, sino por su misma vocación vive estas dimensiones en su misma experiencia de ser y de gracia conciliándolas constructivamente. El presbítero irá asimilando la vida cristiana que está profundamente relacionada con los valores humanos. En el ejercicio de su ministerio sacerdotal encontrará el nutriente para vivir su fe y su vida cristiana, como a la vez la razón de la donación de su humanidad a Dios y a sus hermanos. De esta manera, el seminarista, luego, el presbítero irá configurando su vida en plena conexión con el seguimiento a Jesucristo¹⁴⁰. Por otro lado la necesidad de la formación humana, no es

¹³⁷ Cf. J. M., PRADES LÓPEZ, «La identidad del sacerdote: madurez humana», en: A. PÉREZ PUEYO, *Claves para la formación del sacerdote hoy*, Edice, Madrid 2011, 63.

¹³⁸ F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 66.

¹³⁹ Cf. J. L., BRUGUÉS, o.c., 27.

¹⁴⁰ Cf. J. MARTIN ABAD, «La espiritualidad en la formación para el ministerio presbiteral», en: Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular*, Simposio, EDICE, Madrid 1987, 522.

simplemente un requisito o una exigencia antropológica, sino fundamentalmente teológica en virtud o en calidad de la esencia o naturaleza misma del ministerio presbiteral. Por tal razón, no es simplemente alcanzar un equilibrio, una maduración y realización de la persona del presbítero, sino de aportar la formación pertinente para que el presbítero desempeñe de una mejor manera su ministerio en medio de la comunidad cristiana¹⁴¹.

b) Espiritual

«Para todo presbítero la formación espiritual constituye el centro vital que unifica y vivifica su ser sacerdote y su ejercer el sacerdocio» (PDV 45).

En el proceso de formación con vistas al sacerdocio, la dimensión espiritual juega un papel central, porque se considera que unifica y fundamenta las otras dimensiones de la formación del seminarista, futuro sacerdote. Entre los diversos objetivos que pretende la formación espiritual que preparan al candidato al sacerdocio se encuentran: el conocimiento vivencial de la persona de Jesucristo, la iniciación en la vida de oración, en la vida litúrgica, la profundización en la fe y la vida cristiana y el desarrollo, crecimiento y maduración en la espiritualidad específica del presbítero diocesano secular¹⁴². Todos los elementos que configuran la espiritualidad del candidato al sacerdocio son importantes. Pero el cultivar la oración en el proceso de formación y toda la vida del presbítero es crucial, según Pere Montagut, cuando afirma:

«Ya desde el inicio de la formación, el sacerdote es educado y se educa en la oración como un encuentro vivo con Cristo y el Padre a la luz del Espíritu. La misma formación vive de este encuentro como preocupación fundamental: la formación del hombre espiritual que se renueva continuamente en el contacto personal y sabio con su Señor. Como consecuencia de ello, se comprende que el sacerdote en el ejercicio del ministerio no puede aceptar una situación que sacrifique habitualmente la oración por motivo de las diversas ocupaciones pastorales»¹⁴³.

Por otro lado, siendo la formación espiritual el corazón de la formación presbiteral y sin duda el principio interior de unidad de su vida y ministerio, le brinda identidad. Siendo fruto esta obra del Espíritu Santo, a la vez que compromete totalmente a la persona, introduciéndola en comunión profunda con Jesucristo, con el Espíritu

¹⁴¹ Cf. J. M., PRADES LÓPEZ, o.c., 41.

¹⁴² Cf. J. MARTIN ABAD, o.c., 526.

¹⁴³ P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 179.

Santo, con el Padre y con la misma Iglesia. Se insiste en que la formación espiritual debe estar arraigada en una experiencia profunda de oración, vida litúrgica intensa, donde la Eucaristía sea el centro y principio de la vida del presbítero. El fruto de esta formación espiritual se traducirá en la vivencia de actitudes y valores evangélicos, como en la auténtica realización de sí mismo y de la fecundidad de la proyección apostólica¹⁴⁴.

c) Intelectual

«La formación intelectual de los candidatos al sacerdocio encuentra su justificación específica en la naturaleza misma del ministerio ordenado y manifiesta su urgencia actual ante el reto de la nueva evangelización a la que el Señor llama a su Iglesia a las puertas del tercer milenio» (PDV 51).

Entre la dimensión intelectual y la espiritual existe una profunda relación, debido a que se dirigen a la misma persona, con fines comunes en niveles distintos. Es necesario, para tener una espiritualidad lúcida, una seria formación teológica y a la vez tener una formación teológica auténtica, que necesita estar alimentada, iluminada y sostenida espiritualmente. Por otro lado, la dimensión intelectual, no tiene como objetivo únicamente apropiarse de conocimiento científico teológico para fundamentar la fe y transmitirla. Lo esencial es que el aspirante y futuro sacerdote crea y proclame lo que estudia y viva auténticamente eso que cree. Por lo tanto, el presbítero para el desempeño de su misión, especialmente en lo relacionado a la Palabra, necesita una seria y académica formación intelectual en las diversas disciplinas propias de su formación. A la vez esta formación esencial lo capacita, le suministra contenidos y criterios, como experiencias para que las asimile él primero y luego pueda ofrecerlas como ayuda a la comunidad eclesial¹⁴⁵. Es evidente que la formación intelectual es determinante en nuestros días para poder anunciar la Palabra de Dios con claridad al mundo actual. Esta necesidad la hace notar Fernando Valera, cuando afirma:

«La formación intelectual es un elemento fundamental de la competencia que se exige al ministerio pastoral. Tiene que capacitar a la persona para un buen anuncio del Evangelio en un mundo indiferente, mudable y complejo. Esta formación para que sea pastoralmente eficaz ha de integrarse en un camino espiritual marcado por la experiencia personal de Dios. Son importantes la función del que enseña, la unidad de la enseñanza y las diversas modalidades de la formación intelectual. Esta

¹⁴⁴ Cf. F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 66.

¹⁴⁵ Cf. J. MARTIN ABAD, o.c., 523.

debe capacitar para poder hacer una buena inculturación del mensaje evangélico en la cultura de hoy»¹⁴⁶.

d) Pastoral

«La actividad pastoral está destinada por su naturaleza a animar la Iglesia, que es esencialmente ‘misterio’, ‘comunidad’, y ‘misión’, la formación pastoral deberá conocer y vivir estas dimensiones eclesiales en el ejercicio del ministerio» (PDV 58).

Dentro del itinerario de formación del candidato al sacerdocio, *Pastores dabo vobis*, resalta la formación sacerdotal pastoral. Esta centralidad pastoral es debida a que en el ejercicio del ministerio, este aspecto es el que consume prácticamente la totalidad de la vida del presbítero. Por otro lado, la razón propia de ser de esta prioridad pastoral se deriva de que el presbítero debe comunicar la caridad pastoral de Cristo. Por tal razón al presbítero se le identifica con Cristo Buen Pastor, para que en su propia vida y ministerio pueda ser también un buen pastor en la comunidad cristiana. Siendo así, se considera que todos los aspectos de la formación sacerdotal que van configurando al futuro pastor con Cristo deben tener un carácter eminentemente pastoral. Con la finalidad de que el presbítero inserto en una comunidad cristiana pueda desarrollar y ejercer esta misión de pastorear con autenticidad y caridad pastoral. Esta vida pastoral alimenta la vida y la misión del presbítero, a la vez que le da sentido y unidad a su vida y a su ministerio dentro del marco eclesial (cf. PDV 57). No se trata simplemente de aprender enseñanzas, métodos, planes para proyectarse pastoralmente, tiene que apropiarse de ciertas cualidades, actitudes para pastorear a la comunidad cristiana, como bien lo dice Fernando Valera Sánchez afirmando:

«La formación pastoral dispone de manera más particular a participar en la caridad de Cristo buen pastor. Prepara a los futuros sacerdotes a animar las comunidades cristianas, a servir la comunión, a trabajar en muchas Iglesias para una nueva evangelización. Ella no cultiva sólo una habilidad operativa, sino un modo de ser en comunión con las disposiciones de Cristo. Será una formación en el espíritu apostólico y misionero, capaz de trabajar en grupo, discernir juntos los signos de los tiempos, a realizar una pastoral común»¹⁴⁷.

Es necesario señalar que esta práctica pastoral, no es un puro activismo, sino fuente de vida, de espiritualidad. Precisamente, por eso desde la formación en el seminario debe ser motivo de permanente comunicación y oración, procurando que este

¹⁴⁶ F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 66.

¹⁴⁷ F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 66-67.

aspecto guarde perfecta armonía con las otras dimensiones de la formación presbiteral. Especialmente estará vinculada a la formación espiritual, porque se considera que el ejercicio del ministerio pastoral es una columna de la espiritualidad sacerdotal. Se destaca al mismo tiempo que esta formación pastoral debe ser de carácter apostólico, este espíritu debe colorear todos los demás elementos formativos y medios de la espiritualidad. Especialmente de ella debe brotar la oración apostólica, consolidar su presencia y ser de presbítero en medio del mundo, en medio del cual es llamado a vivir el pastoreo¹⁴⁸. Finalmente, resulta muy iluminadora la reflexión que al respecto hace Ángel Cordovilla Pérez diciendo que: «La formación intelectual y la vida espiritual del sacerdote no crecen de forma inversamente proporcional (a mayor oración, menor inteligencia), sino precisamente lo contrario. Quien escucha y acoge, quien adora y confiesa, siente la necesidad de devolver en agradecimiento esa Palabra acogida y confesada»¹⁴⁹.

2.5. FORMACIÓN PERMANENTE Y ORACIÓN

Pastores dabo vobis exhorta al presbítero en esta etapa de su vida a que «fomentar el silencio y buscar espacios y tiempos ‘de desierto’ es necesario para la formación permanente, tanto en el campo intelectual, como en el espiritual y pastoral» (PDV 74). La necesidad de la formación permanente nace del deseo de ser fiel al Señor en el desempeño del ministerio sacerdotal. Lógicamente con el pasar de los años, la experiencia acumulada en la trayectoria sacerdotal, la persona del presbítero necesita ser revitalizada en todos los sentidos. Jean-Louis Brugués, reconoce esta necesidad, afirmando:

«Para todos resulta evidente que se requiere, de modo cada vez más firme, una continuidad radical entre la formación recibida en el seminario y la formación permanente. Para llevarlo a cabo no se debe ahorrar esfuerzos y creatividad. El contexto de los cambios radicales de las últimas décadas deben mover las mejores energías eclesiales a cuidar la formación de los candidatos al ministerio. Pero, además, para que responda cada vez con mayor coherencia a su vocación y a su misión al servicio del pueblo de Dios, es necesario asegurarle al sacerdote una formación sólida, no solo durante la preparación sino a lo largo de todo su ministerio»¹⁵⁰.

¹⁴⁸ Cf. J. MARTIN ABAD, o.c., 523-524.

¹⁴⁹ A. CORDOVILLA PÉREZ, «El sacerdote y la formación intelectual» en: *Sal Terrae*, 98/6, n° 1.146, (2010) 547.

¹⁵⁰ J. L., BRUGUÉS, o.c., 35.

Por otro lado, en un primer momento, la formación permanente se ve como una exigencia intrínseca a la persona a la realidad misma del presbítero, a la vez como expresión de fidelidad al don recibido en la ordenación sacerdotal. Así mismo se experimenta como conversión permanente en el proceso de seguimiento de Jesucristo a través del sacerdocio ministerial. Por estas situaciones, las razones teológicas de la formación permanente adquieren el primer plano en su importancia, quedando asumidas en esta dimensión teológica, las dimensiones humanas e históricas. Se puede observar claramente que la concepción meramente funcionalista de la formación permanente, cede el sitio y nace una nueva concepción de formación permanente: estructural y teológica. En un segundo momento, se destaca la integralidad de la formación permanente, sin privilegiar ninguna dimensión específica, si no con la finalidad de responder fielmente a través del ministerio sacerdotal a la gracia del Señor. Esto significa que debe ponerse en primer plano el carácter permanente y esencial de la formación permanente. No es una actividad más, un añadido, ni siquiera optativa, es esencial¹⁵¹. Al centrarse en la formación permanente, la Iglesia coopera para que el presbítero viva armónicamente su ministerio de cara a él mismo, al Señor y a la comunidad. Este proceso de crecimiento, desarrollo y maduración ministerial en la formación permanente, lo acentúa Fernando Valera Sánchez afirmando:

«Esta tiende a favorecer un continuo proceso personal de maduración en la fe, en la esperanza y en la caridad, en la configuración con Cristo buen Pastor. El plan de salvación de Dios se revela a los presbíteros en el desarrollo histórico de su vida y de sus vicisitudes personales y comunitarias. Para descubrir y seguir tal voluntad divina se necesita la oración, la escucha dócil a la Palabra del Señor, la lectura en la fe de los dones recibidos y de las diversas situaciones sociales y culturales en las que se vive, y una sabia guía espiritual. Tal proceso formativo se orienta hacia la toma de la consciencia como miembros de un presbiterio»¹⁵².

a) *El sacerdote y el silencio fecundo*

Al abordar la necesidad del silencio, *Pastores dabo vobis* empieza reconociendo que el mundo está inmerso y prisionero de un estrepitoso ruido que genera agitación. La persona ha llegado a acostumbrarse a este bullicio. El presbítero como hombre de Dios necesita recuperar el significado más hondo y el valor, el sentido religioso que en sí

¹⁵¹ Cf. J. J. GARRIDO ZARAGOZA, «La formación permanente del clero. Nuevos planteamientos», en: Comisión Episcopal del Clero, *La formación permanente de los sacerdotes*, Simposio, EDICE, Madrid 1987, 84.

¹⁵² F. VALERA SÁNCHEZ, o.c., 67.

mismo guarda el silencio. Se necesita buscar y cultivar este silencio para percibir la presencia de Dios que se manifiesta en el silencio y disponerse para dejarse envolver por este misterio divino (cf. 1 Re 19, 11ss.)(cf. PDV 47). Según Amedeo Cencini, el silencio capacita y prepara para escucharse uno mismo, escuchar a los demás y escuchar a Dios. El silencio por su propia naturaleza, puede dividirse en tres tipos: (1). Silencio relacional, hace notar que este tipo de silencio nos fascina pero al mismo tiempo nos produce miedo, simultáneamente nos atrae y nos asusta porque nos sitúa ante y frente al misterio. Pero este silencio resulta determinante para hacer un espacio al otro en lo profundo de nosotros mismos, para recibirle tal como es, para escucharle, comprenderle y amarle. Ciertamente, por eso tiene ese carácter relacional, nace y prepara para la relación, posibilita el encuentro y la escucha. (2). Silencio reflexivo, sucede en el interior del hombre y se transforma en una dimensión espiritual de la persona. Es cuando el hombre se pliega sobre sí mismo, reflexionando, meditando sobre su más honda realidad y verdad. Esta reflexión que toca las fibras más profundas de su ser provocan una relación y comunicación más fecunda. De este silencio, en el cual se entabla oración, contemplación, relación con Dios, nace una relación nueva con los hombres a través del diálogo, amistad, fraternidad y solidaridad. (3). El silencio que crea la comunidad, tanto la comunidad como la fraternidad nacen de este silencio, tienen raíces silenciosas¹⁵³. Sin duda, si este silencio era esencial en la vida de Jesús, así lo será en la vida de los presbíteros. El Papa Benedicto XVI recuerda que Jesús en los momentos de tomar decisiones trascendentales, no solamente se apartaba de las multitudes, sino de los mismos discípulos para orar en profundo silencio. Porque el silencio es capaz de abrir lo más profundo del ser humano y encontrarse con la presencia del Señor habitando en el silencio. En la cruz, el silencio es la palabra de Cristo al Padre, pero a la vez revela también, que Dios habla a través del silencio. Por ello es necesario volver a aprender el valor del silencio, para que el amor arraigue en nuestra mente y corazón, y anime nuestra vida, genere apertura a la escucha, nos abra a los otros, especialmente a la Palabra de Dios. Recuerda que otra relación vital del silencio es con respecto a la oración¹⁵⁴. Por lo que se ha venido señalando, la necesidad del silencio es fundamental para la vida y ministerio del presbítero, lejos de ser un silencio estéril se transforma en fecundo cuando se sabe vivirlo y encontrarle sentido.

¹⁵³ A. CENCINI, *Vida en comunidad: reto y maravilla, La vida fraterna y la nueva evangelización*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1996, 170-172.

¹⁵⁴ Cf. BENEDICTO XVI, «*Audiencia General*», Plaza de San Pedro, 07-03-2012.

b) La soledad y la oración

Uno de los aspectos que en cierto momento causa inquietud en la vida del presbítero, es la soledad. Con respecto a la soledad *Pastores dabo vobis* invita a verla no solo como generadora de dificultades, sino a encontrar y aprovechar lo positivo que al mismo tiempo trae consigo la soledad. La soledad bien asumida y vivida ofrece oportunidades para adentrarse en la intimidad con el Señor. Especialmente, la soledad es y puede ser ocasión para orar más profundamente. Por otro lado es un tiempo para cultivar el estudio, una ayuda para la santificación personal, de crecimiento y madurez humana (cf. PDV 74). De esta manera, la soledad bien comprendida, no nos destruye, sino que nos construye y edifica desde nuestras raíces. Sin embargo, «la soledad no nos madura; maduramos en la soledad si la vivimos como una dimensión de nuestra existencia abierta a un horizonte más amplio, visible a los ojos, trascendido por el corazón y el deseo»¹⁵⁵. El presbítero debe tener la capacidad de mantener una soledad positiva, creciendo interiormente en unión y comunión con Jesucristo, aprendiendo a ver la realidad desde esta interioridad de la soledad. De lo contrario la soledad le puede invadir por medio de las tentaciones de la aridez de espíritu, de las distracciones interiores y exteriores y de experimentar cierta inutilidad. La herida de la soledad ministerial que acompaña al presbítero, una vez conocida y asumida, es fuente de humanización, de fuerza y de curación. El presbítero al adentrarse y centrarse en el ámbito de la soledad constructiva, aprende a convivir con ella, especialmente a través de la experiencia de la oración¹⁵⁶. Finalmente, cuando la soledad, no es una simple acomodación a ella, o una experiencia egoísta, es placentera y fecunda. El presbítero consciente de que la soledad es habitada por el misterio de Dios, sabe que:

«Más que vivir instalado en la soledad, entra en el secreto (cf. Mt 6, 5-6) donde tiene lugar el intercambio entre el orante y el Padre. En el fondo, el sacerdote sabe como nadie que una forma cristiana de vida no libera de la soledad, sino que la protege y cuida como un don precioso. Aunque la referencia a la soledad se observa hoy fácilmente bajo sospecha de replegamiento o como una consecuencia de relaciones deficientes, en realidad, cuando la soledad no es patológica o vacía de sentido, puede ser el contexto de una actitud profunda para la oración»¹⁵⁷.

¹⁵⁵ J. A. GARCÍA-MONGE, «*La soledad madura*», en: *Sal Terrae*, 96/6, n° 1.113, (2007) 464.

¹⁵⁶ Cf. P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 180.

¹⁵⁷ *Ibid.*, 180-181.

c) *La oración y el celibato sacerdotal*

Indudablemente, al referirse al celibato es necesario volver a las fuentes bíblicas, de manera singular a la persona de Jesús. El celibato vivido por Jesús, lo recomienda a otros, especialmente a sus discípulos exponiendo claramente su sentido: «Hay eunucos que se hicieron tales así mismos por el Reino de los Cielos. Quién pueda entender que entienda» (Mt 19, 12). Esto significa que el celibato de Jesús tiene un sentido y orientación hacia el reino de Dios. Jesús fue célibe no por razones de comodidad, no por menospreciar la sexualidad, no por miedo a la mujer, sino por el reino de Dios. Por lo tanto los discípulos llamados y designados por él para el servicio del reino de Dios deben abandonarlo todo. Sabiendo que no todos pueden entenderlo, comprenderlo y vivirlo. El fundamento del celibato se encuentra en el llamamiento divino que Dios hace para vivirlo por amor al reino de Dios¹⁵⁸. Por otro lado es necesario considerar que el don del celibato no se alcanza simplemente por tener claridad en la materia, por esfuerzo personal. Sin duda todo eso es necesario, pero, en su visión más profunda sobre el celibato *Pastores dabo vobis* afirma que: «Para vivir todas las exigencias morales, pastorales y espirituales del celibato sacerdotal es absolutamente necesaria la oración humilde y confiada» (PDV 29). De esta oración constante, puede vivir el presbítero con alegría el don del celibato a pesar de las dificultades que este mismo don pueda significar en su vida personal y ministerial. Esta importancia de la oración asidua la describe Pere Montagut, inspirado en el pensamiento de san Juan Pablo II, diciendo que:

«Incluir el celibato como motivo de oración es el mejor signo de integración personal, ya que las oraciones que sugiere el Espíritu Santo son realmente el fruto de impulsos interiores a la vez que expresan tendencias profundas. Respetando la personalidad, Dios mismo hace surgir los deseos del corazón dejándolo abierto y disponiéndolo para acoger sus dones (...) El sacerdote despojándose de su yo, bajo la acción del Espíritu, actúa en nombre de Cristo. Por el despojo interior adquiere una participación cada vez más amplia y radical en los mismos sentimientos y actitudes de su Señor que intenta asimilar cada vez mejor (cf. Flp 2, 7-8; 2 Cor 8, 9). El celibato, signo e incitación a la caridad pastoral es la fuente extraordinaria de fecundidad espiritual en la que el sacerdote bebe esta asimilación. Misterio de fecundidad siempre contemplado y comprendido en oración»¹⁵⁹.

El presbítero debe tener plena consciencia que el celibato siendo una gracia es una opción que libremente elige para optar por el sacerdocio y servir a la comunidad con amor. Que a través del celibato se une e identifica con Cristo, como fruto de la

¹⁵⁸ Cf. G. GRESHAKE, o.c., 370-371.

¹⁵⁹ P. MONTAGUT PIQUET, o.c., 199-200.

bondad de Dios que le concede esa alegre comunión con el Señor. El Papa Pablo VI enfatizó la gracia, el amor, la grandeza y la libertad del celibato diciendo:

«De esta manera, la obligación del celibato que la Iglesia vincula objetivamente a la sagrada ordenación, la hace propia personalmente el mismo sujeto, bajo el influjo de la gracia divina y con plena conciencia y libertad, y como es obvio, no sin el consejo prudente y sabio de experimentados maestros del espíritu, aplicados no ya a imponer, sino a hacer más consciente la grande y libre opción; y en aquel solemne momento, que decidirá para siempre de toda su vida, el candidato sentirá no el peso de una imposición desde fuera, sino la íntima alegría de una elección hecha por amor de Cristo»¹⁶⁰.

d) Orar a y con la Virgen María

Hay una relación íntima entre el sacerdote y la Virgen María, a partir de que es la Madre del sumo y eterno sacerdote, Jesucristo. Además en la cruz del Calvario le fue entregada al apóstol Juan como madre por parte del mismo Señor. La experiencia más cercana, familiar y comunitaria es su permanencia con los discípulos en oración en Pentecostés. Precisamente, María está asociada directamente a la obra redentora del Señor, y es por ello mismo, Tipo y Madre de la Iglesia pueblo sacerdotal, de manera muy especial del presbítero¹⁶¹. Al hacer memoria de esta relación profunda entre el presbítero y María se puede percibir cierta semejanza, que señala de manera muy clara Juan Esquerda, diciendo:

«La relación de María con el sacerdote ministro se fundamenta, pues, en el hecho de ver en él una participación y prolongación especial del sacerdocio de Cristo. Pero además de esta relación más ontológica y funcional, existe un paralelismo o semejanza entre María y el sacerdote, como ha sido recordado frecuentemente por los Padres de la Iglesia, por el magisterio y por los santos: semejanza de *vocación* (predestinación o elección en Cristo), de *consagración* (participación en el ser y en el obrar de Cristo), de *instrumentalidad* (maternidad de María y maternidad de la Iglesia a través del ministerio sacerdotal), etc.»¹⁶².

Además todo sacerdote está llamado a cultivar una sana, adecuada y profunda piedad mariana, para valorar el ministerio no sólo con la razón sino con el corazón. Cobrando una mayor conciencia de que la gracia de Dios opera en su vida de presbítero, brindándole fuerza y fecundada a su ministerio a través de esta piedad mariana¹⁶³. Esta insistencia de mantener una equilibrada devoción a la Virgen María por

¹⁶⁰ *Sacerdotalis Coelibatus*, n. 72.

¹⁶¹ Cf. J. ESQUERDA BIFET, o.c., 147.

¹⁶² *Ibid.*, 153.

¹⁶³ Cf. G. AUGUSTIN, *Llamados a la alegría, El gozo de ser sacerdote*, Sal Terrae, Santander 2011, 251.

parte de los sacerdotes, lo recuerda *Pastores dabó vobis* diciendo: «Por eso, nosotros los sacerdotes estamos llamados a crecer en una sólida y tierna devoción a la Virgen María, testimoniándola con la imitación de sus virtudes y con la oración frecuente» (PDV 82). En la vida personal y ministerial, el presbítero, como Cristo, también necesita del acompañamiento materno y del amor abnegado de la Virgen María en su trayectoria cotidiana. El presbítero nunca debe olvidar que Jesucristo Sacerdote nació, creció y se formó bajo la mirada amorosa de María. Ella fue para Jesús su Maestra, convirtiéndolo en Maestro de la humanidad. De la misma manera, el presbítero necesita tomar a María como Maestra de su sacerdocio para adquirir las gracias oportunas que fecunden su ministerio sacerdotal¹⁶⁴.

3. Conclusión

Pastores dabó vobis guarda y transmite una riqueza profunda de oración presbiteral, relacionándola con los diversos aspectos que atañen a la vida del presbítero, desde sus raíces de formación. Vinculando de esta manera la oración, con todos los niveles, aspectos y circunstancias que implican la vida del presbítero, se percibe que deja de ser la oración motivo de refugio o evasión. Es debido a ese nuevo espíritu oracional que debe impregnar y acompañar la vida del candidato al sacerdocio y de manera fundamental al presbítero en ejercicio ministerial. La experiencia de la oración, deja de parecer, ser solamente una exigencia externa, sino que es algo constitutivo del ser del presbítero. Además, la oración tiene fundamento cristológico, pues, Jesús mismo oraba, convirtiéndose para el presbítero en maestro, en guía, en sustento y sobre todo en fuente de su existencia y ministerio orante. Frente al anonimato o individualismo, se resalta el aspecto eclesial de la comunión a través de una oración esencialmente en Iglesia, desde la Iglesia y con la Iglesia. La oración del sacerdote es por toda la Iglesia, especialmente por los que le han confiado a su cuidado pastoral, para la edificación de la Iglesia universal. Existe por otro lado la consciencia de que la oración es fruto de una relación profunda y verdadera con el Espíritu Santo, que ora en el ser del presbítero. De este modo se puede decir que es una oración pneumatológica, sin quitarle su esencia trinitaria. Sin duda, a raíz de la transformación surgida del Concilio Vaticano II se

¹⁶⁴ Cf. P. J. LASANTA, o.c., 365.

dieron algunas polarizaciones, como en el caso de la oración, donde se consideraba que el trabajo pastoral o la caridad pastoral era oración. Otros se rezagaron refugiándose en un tipo de oración intimista. Es probable, que obedezca a ello la importancia que se le da en el documento a la formación espiritual diciendo: «Para todo presbítero la formación espiritual constituye el centro vital que unifica y vivifica su ser sacerdote y su ejercer el sacerdocio» (PDV 45), resaltando la experiencia de la oración. Pero al mismo tiempo, enfatiza la caridad pastoral afirmando que: «Esta misma caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote» (PDV 23).

Puede ser que se intentara cerrar la brecha y dicotomía entre oración y trabajo. Situación que al parecer no se ha logrado alcanzar del todo. Tomando en cuenta que el documento no trata el tema en profundidad, queda abierta la posibilidad de continuar con la reflexión sobre el aspecto de la oración del sacerdote. Sin duda, en la reflexión final de la tesina se podrá ver la coherencia de lo que hemos visto. La reflexión que se desarrolla en el siguiente capítulo abre otras dimensiones esenciales de la experiencia de la oración, especialmente de la oración del presbítero.

Capítulo IV

ASPECTOS ANTROPOLÓGICOS, PSICOLÓGICOS, TEOLÓGICOS Y PASTORALES DE LA ORACIÓN

Escribimos ahora con el objetivo de brindarle un sustento teológico a la experiencia de la oración que se ha venido tratando desde el primer capítulo, así como también las dificultades que se experimentan en la vida de oración en el segundo capítulo, y sobre todo en la riqueza oracional que contiene *Pastores dabó vobis* recogida en el tercer capítulo. En este cuarto capítulo se tratan pequeños rasgos de fundamentación cristológica, antropológica, psicológica y pastoral a grandes rasgos. No se señala de manera particular *Pastores dabó vobis*, como fundamento de la reflexión, pero a nivel general puede encontrarse vinculada a las reflexiones presentadas sobre el aspecto de la oración. Como se señaló al principio del capítulo tercero, *Pastores dabó vobis*, no reflexiona en profundidad sobre la oración del presbítero, pero sí le confiere la importancia debida. Para abrir nuevos horizontes sobre la reflexión de la oración, se intenta en un primer momento señalarla como un hecho general de las religiones, destacando su identidad propiamente cristiana a través de las diferentes formas y expresiones oracionales. Seguidamente, se enfoca la oración desde la dimensión antropológica, destacando su dimensión propiamente cristiana. A continuación, se abre una pequeña reflexión sobre el impacto de la oración desde el punto de vista psicológico en la psicología de la persona. También se abordan unos puntos sobre la oración de Cristo como fundamento cristológico para la oración presbiteral. Por otro lado, se tratará de manera general la temática de oración, no directamente de los presbíteros, pero sí en referencia directa o indirecta a ellos. Además, se presentan unos pequeños puntos, para evitar esa división entre oración y acción. Finalmente, se proponen unas pinceladas de oración, que en su momento fueron nuevos por sus contenidos, ahora son necesarios para orar desde la cotidianidad.

1. Fundamentación antropológica de la oración

Fundamentalmente el hombre tiene capacidad de escuchar en la profundidad de su ser la voz de Dios que le habla y a la vez responderle a través de su oración. En esta experiencia oracional la iniciativa propiamente viene de Dios que lo ha buscado y hablado en el transcurso de su existencia, llamado al cual el hombre responde al misterio en una actitud de oración. Esencialmente en el cristianismo Dios siempre busca al hombre para amarlo y salvarlo¹⁶⁵. En este contexto, se puede comprender que la oración no es una realidad sobreañadida o yuxtapuesta al ser de la persona humana y cristiana. El hombre cristiano necesita alimentar su vida con la experiencia de la oración. Lo connatural en la vida de la persona cristiana es que está marcada por esta gracia oracional, pero a la vez necesita asimilarla, manifestarla y vivirla en lo cotidiano de su existencia. En el caso de la formación sacerdotal, cuando se es invitado a hacer esta experiencia, no están proponiendo, ni se está acogiendo algo extraño a la persona, sino que es algo connatural a la persona cristiana. Por otro lado, en el proceso de formación hay que dejar bien claro que la oración no es un puro medio para vivir la vida cristiana. La oración no se puede reducir o verse simplemente como un medio, verla o vivirla así, es arrancarle su esencia y su razón de ser en la vida de la persona cristiana, especialmente del presbítero. La oración es fin en sí misma, tiene sentido en sí misma. Debido a esto, la oración no se puede imponer como una acción obligatoria, aduciendo que hay que orar porque, es otra deformación de la oración. Más bien, oro porque la oración es de mi ser, está inscrita en mí, oro porque no puedo vivir sin orar. Sin duda es necesario, evitar caer en el psicologismo de la oración, como también tener una oración desencarnada o desentendida de la historia concreta¹⁶⁶. De manera muy profunda e iluminativa, el Papa Benedicto XVI definió esa connaturalidad de la oración en la vida y en el corazón del hombre diciendo:

«El hombre lleva en sí mismo una sed de infinito, una nostalgia de eternidad, una búsqueda de belleza, un deseo de amor, una necesidad de luz y de verdad que lo impulsan hacia el Absoluto; el hombre lleva en sí mismo el deseo de Dios. Y el hombre sabe, de algún modo, que puede dirigirse a Dios, que puede rezarle. Santo Tomás de Aquino, uno de los más grandes teólogos de la historia, define la oración como “expresión del deseo que el hombre tiene de Dios”. Esta atracción hacia Dios, que Dios mismo ha puesto en el hombre, es el alma de la oración, que se reviste de muchas formas y modalidades según la historia, el tiempo, el momento,

¹⁶⁵ Cf. S. GALILEA, *El seguimiento de Cristo*, San Pablo, Bogotá 2006, 68.

¹⁶⁶ Cf. S. GAMARRA, o.c., 258-259.

la gracia e incluso el pecado de cada orante. De hecho, la historia del hombre ha conocido diversas formas de oración, porque él ha desarrollado diversas modalidades de apertura hacia el Otro y hacia el más allá, tanto que podemos reconocer la oración como una experiencia presente en toda religión y cultura»¹⁶⁷.

a) La oración y la antropología humana

En la raíz de la existencia del hombre, de manera general existe una apertura a Dios, y a partir de esta apertura se puede realizar la experiencia de la oración, porque el ser humano es religioso por naturaleza. Siempre se ha definido al ser humano como el animal religioso por excelencia. Históricamente hay rasgos que muestran esta actitud religiosa del hombre. Por ejemplo, el enterrar a sus difuntos y realizar una serie de ritos funerarios. Ahora bien, en el corazón del hombre se encuentran hondamente arraigadas estas raíces en lo referente a Dios: eso demuestra y significa que el ser humano se encuentra abierto desde el fondo de su ser a la experiencia profunda de Dios. Apertura que se ha manifestado a lo largo de la historia en diversas formas de religión que hablan o llevan a Dios¹⁶⁸. Lo cierto es que en toda religión, la experiencia de la oración ocupa un lugar central, siendo la oración una de las primeras actitudes y manifestaciones de carácter religioso, como respuesta del ser humano a la experiencia que vive de la presencia del misterio. Precisamente, esto hace que el fenómeno de la oración se encuentre profundamente arraigado en el corazón del hombre. En las diversas religiones se expresa algo connatural al ser del hombre que no puede ser ignorado ni eliminado de su existencia: su apertura natural a Dios¹⁶⁹. Ni siquiera el sufrimiento y el dolor humano tanto interno como externo han sido capaces de ignorar o eliminar la búsqueda y la apertura del hombre a Dios en situaciones extremas a través de la oración. Puede dirigirse a Dios preguntando, interrogándole, pero muy difícilmente se cierra a ese diálogo interior. En algunos momentos de la historia pueden faltarle las palabras para hablar de Dios, pero nunca podrá dejar de hablar con Dios, como bien lo afirma Fernando Bárcenas años después de lo sucedido en Auschwitz, diciendo: «Yo no creo que podamos hablar de Dios, sólo podemos, como ya dijo Kafka, hablar a Dios. Incluso cuando hablo contra él, le hablo a él. E incluso cuando estoy furioso con Dios, trato de

¹⁶⁷ BENEDICTO XVI, «*Audiencia general*», Plaza de San Pedro, 11-05-2011.

¹⁶⁸ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, «*Dios es amor*», Instrucción Pastoral en los umbrales del Tercer Milenio, Edice, Madrid 1998, n.18.

¹⁶⁹ Cf. Carta Pastoral de los Obispos de Pamplona, «*La oración cristiana hoy*», Bilbao, Cuaresma-Pascua 1999, n.18.

mostrarle mi furia. Pero justamente en ello hay una profesión de fe en Dios, no una negación de Dios»¹⁷⁰. Por lo tanto, esta base antropológica en la cual se da la experiencia de la oración brinda al sujeto orante una seguridad profunda para desear y cultivarla, como también para transmitirla y presentarla a los demás como camino seguro de encuentro con Dios. Hay que ser conscientes que a pesar de ser algo connatural al hombre, existen experiencias antropológicas que se desentienden de esta experiencia de oración. Pero es necesario saber desde la formación humana que la oración es por la apertura del hombre una experiencia propiamente humana, enriquecida por la fe. A través de la oración se conecta con lo más íntimo y profundo de la persona humana, con el centro de su ser: su corazón¹⁷¹. En este aspecto *Pastores dabó vobis*, también enfatiza, que el hombre desde su dimensión humana está abierto a lo trascendente, a lo absoluto, y se completa su sed del Señor, por medio de la apertura a su dimensión espiritual (cf. PDV 45).

b) La oración y la antropología cristiana

Según la visión de Saturnino Gamarra, el hecho de tratar por separado la realidad de la antropología y la antropología cristiana, obedece a la necesidad de ver claramente la diferencia que existe entre estas dos experiencias humanas. En la antropología humana, se enfatizó la capacidad del hombre de buscar y de ir a Dios de manera general en lo que se conoce como el hecho religioso. En la antropología cristiana se aborda a la persona humana como destinataria de la relación de Dios, especialmente lo que significa esa presencia de Dios en la revelación y encarnado en Jesucristo. Esta oración se funda en la relación de ser hijo en el Hijo de Dios, y en la identidad cristiana que surge de su ser y vivir en Cristo. La relación es anterior a la oración, pero la alimenta y cultiva continuamente como expresión de la relación antes existente. El encuentro oracional de la persona, fundamentalmente del presbítero depende de la manera en que se viva esa relación filial, así será la oración. Es necesario no perder de vista que la persona que ora, especialmente el presbítero, tiene esta capacidad de entrar en comunión y diálogo con Dios, desde su persona viva y completa. Esta relación orante se deriva y se realiza en las condiciones: 1) Es hijo de Dios.

¹⁷⁰ F. BÁRCENAS.- C. CHALIER.- E. LÉVINAS.- J. LOIS; J. M. MARDONES.- J. MAYORGA, *La autoridad del sufrimiento, Silencio de Dios y preguntas del hombre*, Anthropos, Barcelona 2004, 17.

¹⁷¹ Cf. S. GAMARRA, o.c., 261.

Efectivamente, cuando el cristiano ora lo hace desde su condición y dignidad de hijo en Cristo. 2) En comunión con el Espíritu Santo. 3) Miembro de la Iglesia. Esta es otra connotación de la oración cristiana que es eclesial. Es en Iglesia donde se realiza esta experiencia de oración, dirigida al Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo. 4) Hermano de los hombres en una sociedad humana donde debe caber el hermano pequeño en dicha oración cristiana. Pues de esta actitud de hijo y de hermano surge una nueva relación de fraternidad entre los hombres.¹⁷². La realidad humana queda iluminada y capacitada por la encarnación de Cristo, para esta experiencia oracional, en el caso del presbítero desde su formación se le orientará en ese camino, «según la revelación y la experiencia cristiana, la formación espiritual posee la originalidad inconfundible que proviene de la ‘novedad’ evangélica» (PDV 45). El sacerdote está llamado a cultivar y a manifestar esta dimensión, frente a la cultura que margina a Dios y olvida vivir una relación más honda por medio de la oración. Así lo describe Juan María Uriarte, diciendo: «Los presbíteros (...) Saben, por intuición, que la oración es un camino indeclinable para que Dios sea Dios en su vida cada vez con mayor hondura»¹⁷³.

2. Aspecto psicológico de la oración

El interés por el aspecto psicológico de la oración en la persona que ora, es importante por las diversas situaciones que vive cotidianamente a nivel tanto interno como externo en el momento de realizar su oración. Ver la oración desde la perspectiva psicológica, no significa que se confunda la experiencia de la oración con la introspección u otra conducta o estado de consciencia que pueda abarcar el campo psicológico. La oración en sí misma posee valor e importancia propia, la oración es esencialmente una experiencia teologal. La psicología puede observarla y trabajarla científicamente de manera delimitada. Siendo la persona una unidad, permite desde el campo psicológico profundizar en ese acto humano de apertura a lo trascendente que se llama oración¹⁷⁴. Surgen en esta experiencia psicológica de oración una serie de

¹⁷² Cf. *Ibid.*, 261-263.

¹⁷³ J. M. URIARTE.- A. CORDOVILLA.- J. M. FERNÁNDEZ-MARTOS, o.c., 50.

¹⁷⁴ Cf. J. A. GARCÍA-MONGE, *Unificación personal y experiencia cristiana*, Sal Terrae, Santander 2001, 96.

acontecimientos internos a nivel de pensamientos y emociones que involucran a la persona en su totalidad. Esta realidad la describe José Antonio García-Monge, diciendo:

«La oración, desde un punto de vista psicológico, es un estado de consciencia, una introspección, un lenguaje subvocal que nos lleva interiormente, acarreado pensamientos y emociones y configurando actitudes. Antes de ser oración en su dinamismo trascendente, la actividad orante es psicológicamente describable como una experiencia de interiorización. Esta experiencia genera una consciencia de lo que sentimos y somos. La oración es una actividad personal que lleva a integrar y unificar diversas dimensiones del ser humano: mente, cuerpo, corazón y espíritu. La oración como actividad personal psicológicamente explicable, es una consciencia de la realidad que somos y vivimos»¹⁷⁵.

Los psicólogos, especialmente los humanistas en los últimos años han ido descubriendo que la dimensión religiosa a través de la experiencia de la oración deja huella en la consciencia de la persona orante. Por otro lado, han descubierto que la oración cuando se desarrolla y realiza en un ambiente adecuado ejerce efectos terapéuticos en la persona orante. La oración, desde el aspecto psicológico, posee un caudal positivo como ayuda para el crecimiento personal, de salud integradora y de maduración personal, por su contenido terapéutico y trascendente¹⁷⁶. Es innegable ver cómo influye lo psicológico en la persona que ora, sin duda, el presbítero debe tomar en consideración todos esos aspectos, por ser el hombre de oración. En su momento el cardenal Josep Ratzinger, afirmaba: «Esto significa también que todos los componentes psíquicos forman parte de la oración: repetir, callar, hablar, cantar, etc. Todas las dimensiones de la psique están incluidas. De ninguna manera se puede hacer del comportamiento inteligible la única norma»¹⁷⁷.

a) La oración repercute en las dimensiones del ser humano

La oración como experiencia de apertura, de relación y diálogo entre el hombre y Dios, permite que el hombre completo entre en ese clima de oración. Todas las facultades y energías de su rico mundo interior, como lo son: la inteligencia, la memoria, los sentimientos, los pensamientos, la fantasía, la voluntad, sensaciones, intuiciones participan de esta acción conocida como oración. En la oración, tanto la razón como el corazón participan de ese proceso, pero los distintos niveles del 'yo'

¹⁷⁵ Ibid., 103-104.

¹⁷⁶ Cf. Ibid., 104.

¹⁷⁷ J. RATZINGER, o.c., 40.

contribuyen activamente en la oración que brota del corazón humano. Sintéticamente, estos niveles son los siguientes:

— *El yo corporal.* Transmite información sobre las sensaciones que el cuerpo del orante experimenta en esos momentos. Si la mente está despejada o pesada, si el cuerpo está agotado o con estrés, si la postura adoptada en el momento de la oración le favorece o no, se siente bien, etc.

— *El yo imaginativo y afectivo.* Indica y expresa el estado de ánimo en que se encuentra la persona orante, en lo referente a su estado emocional. Si se encuentra triste, alegre, inquieto, etc.

— *El yo intelectual y volitivo.* Es el origen y raíz de los pensamientos y deseos que alberga el hombre en su interior, que influyen positiva o negativamente, constructiva o destructivamente en el momento de orar.

— *El yo profundo.* Es el lugar donde germina y crece la fe, el amor y la esperanza, corresponde al ámbito del corazón, lo hondo, lo profundo, el sagrario humano de donde brota la auténtica oración.

Sin duda, se necesita en la medida de lo posible para realizar esta experiencia oracional que las dimensiones del yo descritas anteriormente estén integradas. Si por cualquier razón la voluntad a través de la cual se manifiestan las decisiones, o la mente con sus pensamientos yendo y viniendo, o el corazón con sus sentimientos estén desintegradas, no será posible orar verdaderamente. Otro aspecto que condiciona la oración es el entorno externo que puede impedir o facilitar esta experiencia oracional¹⁷⁸. Psicológicamente la oración involucra toda la persona del presbítero, por eso es necesario rescatar este aspecto, pues «cuando ora mi cuerpo, mi mente está allí presente, concentrada y consciente de todo mi ser, y mi corazón se abre a mi espíritu acogiéndolo, integrando la totalidad de mi experiencia en una libertad asombrada, agradecida y dócil al espíritu»¹⁷⁹.

¹⁷⁸ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 115-116.

¹⁷⁹ J. A. GARCÍA-MONGE, o.c., 64.

b) El yo profundo, corazón en la experiencia de la oración

Es muy significativo resaltar que la experiencia de la oración acontece en lo profundo del yo o del corazón de la persona. Porque «la oración profunda sale del corazón y no de la razón o del entendimiento. Para rezar debemos ir antes a Dios. O mejor dicho dejar que él nos acoja. Establecer un contacto con él. A partir de ahí, él ayuda a la comunicación que queremos establecer con él»¹⁸⁰. Este yo profundo que misteriosamente despertaba en los santos, los místicos, hombres y mujeres de profunda oración, le fueron adjudicando diferentes nombres a lo largo de la historia, según su experiencia orante. Entre estos diversos nombres o términos que le dieron al yo profundo están: “lo más recóndito”, “cima del alma” (san Agustín); “entraña” (Tauler); “espíritu del alma”, “centro del alma” (santa Teresa); “centro del alma” (san Juan de la Cruz); “fina punta del alma” (santa Juana de Chantal). Esta experiencia íntima que sucede en la profundidad de la persona, es lo que la Biblia ha llamado corazón. Como bien lo describe Isaías diciendo: “Dice el Señor: este pueblo se me acerca de palabra, y me honra sólo con sus labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29, 13). En la Biblia, corazón significa más que afectos y sentimientos, es aquella facultad espiritual profunda que faculta al hombre para entrar en relación, en diálogo con Dios. Corazón que es nuevo a partir del bautismo, donde se renace del agua y del Espíritu de Dios. De esta manera se puede percibir lo nuclear que es el yo o corazón en la realidad de la oración¹⁸¹. Por otro lado el yo, ejerce cuatro funciones importantes: «1) Tomar consciencia de lo ocurre en las zonas corporal, afectiva, mental; 2) Consentir o no consentir a un deseo, a una idea, a un recuerdo, etc.; 3) Poner en movimiento y estímulo la actividad de las distintas zonas; 4) Entrar en relación. Es ‘el yo’ (lo profundo de la persona) lo que entra en relación con el ‘Tú’ (Dios), relación que es la oración»¹⁸². Precisamente, la gran sabiduría del yo o del corazón se asienta en lo que el hombre siente internamente. Esta experiencia única e inconfundible del corazón, constituye el verdadero centro psicológico del ser humano¹⁸³. Resumiendo todo lo dicho anteriormente de lo profundo del yo o del corazón, desde el punto de vista cristiano, José Antonio García-Monge dice que: «Al hablar de oración profunda en el cristianismo, me refiero a la práctica oracional que se estructura no a partir del proceso

¹⁸⁰ P. FINKLER, *Al encuentro del Señor, La vida de oración a la luz de la psicología*, Verbo Divino, Estella 1996, 126.

¹⁸¹ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 116, 118.

¹⁸² *Ibid.*, 119.

¹⁸³ Cf. P. FINKLER, o.c., 82.

discursivo de la mente, sino del silencio mental en el que despierta la intuición del corazón»¹⁸⁴. El presbítero en su oración está llamado a descender de su mente a lo más hondo de su ser, su corazón. Es en su corazón donde no hay divisiones ni distinciones y donde realmente es uno ante su Creador que le habla desde esa profundidad¹⁸⁵.

c) La oración unifica la persona

En la actualidad, los parámetros culturales en los cuales vive el hombre con frecuencia generan un yo débil, un ser humano fragmentado, desorientado, teniendo como diosa a la razón que configura y pretende transformar todo, provocando de esa manera tanto interna como externamente crisis, dispersión desintegradora en la vida de la persona. Frente a esas realidades que le estimulan a vivir desintegradoramente su existencia, la persona necesita reconocer y rescatar los valores auténticos, como la espiritualidad, el amor y la oración, que puedan devolverle una verdadera unificación a su persona y su existencia en general. Es, especialmente en la experiencia de la oración el lugar o espacio apropiado donde se puede expresar y recibir el amor en su relación con Dios, que verdaderamente lo unifica en su persona¹⁸⁶. José Antonio García-Monge, lo describe de la siguiente manera:

«La dimensión contemplativa del hombre es, desde y con el amor, un lugar privilegiado para unificar otorgando sentido al resto de nuestras conductas, actividades y tareas. Orar es la consciencia de ser habitado y de la actuación salvífica de ese Dios que nos habita. Orar, es pues, permitirnos recuperar la unidad de nuestro ser y la coherencia de nuestro actuar»¹⁸⁷.

Independientemente del contexto social que influye en la persona, existen dos aspectos propios del hombre que configuran su personalidad: el «Animus» y el «Anima». El «Animus», se refiere al aspecto racional de la persona, como la inteligencia, la voluntad y el pensamiento lógico. El «Anima», por su parte, se refiere a las relaciones humanas, especialmente, los sentimientos, las emociones, las fantasías y los deseos, que escapan al control de la racionalidad¹⁸⁸. Cuando estas dos dimensiones están desintegradas, «la oración profunda es un medio excelente para ir integrando poco

¹⁸⁴ J. A. GARCÍA-MONGE, o.c., 135.

¹⁸⁵ Cf. H. J. M. NOUWEN.- M. J. CHRISTENSEN.- R. J. LAIRD, o.c., 69.

¹⁸⁶ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 121.

¹⁸⁷ J. A. GARCÍA-MONGE, o.c., 73.

¹⁸⁸ Cf. P. FINKLER, o.c., 12. (Los términos: “anima” y “animus” proceden de Carl Jung).

a poco esos dos aspectos de la personalidad»¹⁸⁹. Es innegable la aportación que la oración otorga para alcanzar la unificación del hombre. La oración confiere sentido, dirección y unificación a la persona en su dimensión social e individual, activa, creativa y contemplativa. Cuando el hombre vive unificado e integrado armónicamente, surge una personalidad rica, fuerte y trascendente¹⁹⁰. En el segundo capítulo se describieron diversos obstáculos que el presbítero vive en la oración, entre ellos el activismo. La oración contiene una fuerza que puede unificar personal, vocacional y ministerialmente la vida del presbítero. En este aspecto, *Pastores dabó vobis* afirma que: «En efecto, la oración cristiana, alimentándose de la Palabra de Dios, crea el espacio ideal para que cada uno pueda descubrir la verdad de su ser y la identidad del proyecto de vida, personal e irrepetible, que el Padre le confía» (PDV 38).

3. Tensión psicológica entre oración y acción

La oración continúa siendo un problema no resuelto para la vida de todo cristiano, especialmente para los presbíteros. A pesar de que se escribe tanto sobre la oración, la tensión entre oración y acción sigue siendo una dificultad actual. Razón por la cual siempre será necesario insistir que «ni la oración ni la acción pueden nunca erigirse en algo absoluto, sino que constituyen otras tantas mediaciones para vivir unidos a Dios. En efecto, el crecimiento espiritual lo impulsa solamente Dios en la medida en que nosotros nos adherimos a su voluntad»¹⁹¹. Con modalidades diferentes, la oración y la acción buscan por caminos distintos una adhesión cada vez más plena al reino de Dios, con la particularidad, de que la oración constituye propiamente el aspecto interior de la cooperación del hombre al designio salvífico de Dios, mientras que la acción es la dimensión exterior de adhesión del hombre a ese mismo deseo salvífico de Dios¹⁹².

Pero también desde el punto de vista psicológico o pedagógico-espiritual, esta dificultad entre oración y acción sigue causando desasosiego para muchos. La situación radica, en que muchas personas que desean dedicarse profundamente a la experiencia de

¹⁸⁹ Ibid., 129.

¹⁹⁰ Ibid., 131.

¹⁹¹ C. A., BERNARD, *Teología espiritual, Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, Sígueme, Salamanca 2007, 509.

¹⁹² Cf. Ibid., 509.

la oración, ven el compromiso apostólico como un obstáculo o motivo de dispersión. Por otro lado las personas que se comprometen con ardor en el trabajo apostólico consideran como tiempo perdido el que dedican a la experiencia de la oración. Regularmente, siempre se ve como estorbo la experiencia de la oración, desde la experiencia de la acción. La vida contemplativa, por su parte lleva a la interiorización y percepción de unos valores invisibles en la intimidad, la vida activa lleva a la exteriorización y realización de unos valores controlables, como también a la afirmación social del apóstol. Esta diferencia marca una profunda oposición y a la vez tensión psicológica en la persona. Los contemplativos y los activos dedican y consagran tiempo desde su experiencia y visión de lo que realizan. La diferencia está en que en la oración, el contemplativo dedica un tiempo que consagra por completo al encuentro con Dios, un tiempo que se puede considerar perdido, y es menos atractivo por todo lo que significa prepararse para orar. Al experimentar esta dificultad intrínseca de la oración, la acción surge o se plantea como una vía perfecta para huir de la oración, pero a la vez la acción apostólica genera buena consciencia por lo que se hace, convirtiéndose a la vez en un agravante. Lo cierto es que la persona en la oración experimenta su impotencia y su dependencia radical de Dios. Por el contrario, la vida activa, no espera a que Dios forme en ella la consciencia espiritual, la consciencia activa dispone de su propia vida, de sus propios juicios y concepción de vida, sin más referencias. Esto suena mejor, que ir buscando a Dios a tientas en el silencio de la oración. Para sanar esta tensión, es necesario establecer un equilibrio entre oración y acción, y la necesidad de crear una actitud que valore y viva integrando vida interior y vida apostólica¹⁹³. El presbítero como Jesús está llamado a vivir esa unificación entre oración y acción, reconociendo que ambas permiten vivir la voluntad del Padre. Pero nunca debe olvidar que la experiencia de la oración le concede conocer que Dios es la fuente de todo¹⁹⁴.

a) De la acción a la oración

En la parte que corresponde a las dificultades de la oración, en un epígrafe se señaló que existen presbíteros piensan que el trabajo, la acción buena por los demás, es oración, ubicando de esta manera en el mismo nivel la oración y la acción. Ahora es posible nutrirse del testimonio de Cristo, como del mismo san Pablo, de los cuales se

¹⁹³ Cf. Ibid., 511-513.

¹⁹⁴ Cf. H. J. M. NOUWEN.- M. J. CHRISTENSEN.- R. J. LAIRD, o.c., 68.

deduce que la acción, la entrega, el compromiso auténtico requiere de una profunda oración. La afirmación de que “todo es oración” resulta ambigua, esta acción tendría que sostener y fecundar toda la vida espiritual de la persona. Si así fuera ¿por qué Cristo dedicó suficiente tiempo a la oración, más aún, pasaba noches enteras orando? Cristo el Hijo de Dios tenía una consciencia purísima, una caridad perfecta y el ejercicio de su misión no sufría esta fractura o división entre trabajo y oración. Anteriormente se describió que la oración de Jesús brotaba de su consciencia de ser Hijo y de redentor. El apóstol san Pablo no vivía esa tensión entre apostolado y oración, la sabía integrar muy bien en su vida misionera, continuamente daba gracias a Dios por la difusión del Evangelio y la vida de las comunidades que iba fundando. Este ir y venir de la acción a la oración es fundamental en la vida del apóstol, para que la acción realizada no quede simplemente reducida a un problema o experiencia psico-sociológica, arrancándole su dimensión teológica. Pues, el apóstol no es simplemente un trabajador, es un enviado del Señor que porta valores espirituales y evangélicos. El apóstol, en el lugar donde realiza su actividad apostólica se convierte en buen olor de Cristo, como lo dice san Pablo: «Pues nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden» (2 Cor 2, 15)¹⁹⁵.

b) De la oración a la acción

El presbítero debe estar consciente de que la oración no puede llevarlo a un intimismo desencarnado, al contrario le concede luz, humildad y vitalidad para vivir su ministerio en todas circunstancias. Con toda razón Charles André Bernard, dice al respecto: «Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios»¹⁹⁶. Sin duda, el auténtico compromiso apostólico conduce a la experiencia de la oración, por su parte la oración genuina debe lanzar al apostolado. Pues no se puede quedar la oración en un intimismo individualista sin concreción: ni la oración es acción, ni la acción es oración en sentido estricto. De esta manera se puede cerrar esa dicotomía entre oración y acción. La contemplación del Dios vivo, unirse en intimidad orante con Él, debe remitir siempre

¹⁹⁵ Cf. C. A. BERNARD, o.c., 514-517.

¹⁹⁶ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, n.33.

a la obra de la salvación a colaborar en la misión redentora de Cristo. Además la oración permite ver el mundo y a los demás con la mirada del Padre, como fruto de este encuentro orante¹⁹⁷. Finalmente Charles André Bernard, reconoce que la unificación de la oración y la acción es difícil, pero que la caridad es la fuente de las dos vertientes, invitando a actuar conscientemente, diciendo:

«Frente al deseo y la exigencia de una vida espiritual unificada, proponemos una solución que no resulta fácil, ya que ni la oración ni el apostolado tienen un valor absoluto que dispense de un esfuerzo sereno y constante por subordinarlo todo al cumplimiento de la voluntad divina. Por eso, en la práctica el punto esencial es conocer en cada momento cuál es la voluntad de Dios para nuestra vida. Si es la oración, oremos, ya que al obrar así nos santificamos, penetramos más hondamente en el misterio de Cristo y nos preparamos para una vida apostólica más auténtica; si es la acción, entreguémonos al apostolado con libertad y generosidad, sabiendo que la unidad interior viene dada por la vida teológica y se basa en la convergencia objetiva de la contemplación y la acción, realizadas ambas bajo la guía del Espíritu santo»¹⁹⁸.

Para Francis Kelly Nemeck, el desafío es realmente llegar a ser personas contemplativas, pues habiendo cruzado ese umbral, ya no es posible hablar simplemente de hacer oración, sino, de vida de oración, vida orante. De esa forma se puede llegar a vivir la experiencia de integración oración-vida. Para él, la calidad de la oración, integra y unifica toda nuestra vida. Esto de integración oración-vida, quiere decir que la persona debe experimentarse continuamente amada por Dios y amarle a él, porque él es en sí mismo la fuente y principio de integración de toda la vida de la persona. Esto es un pensamiento más profundo. Sin oración, la vida de la persona nunca podrá alcanzar una total integración y armonía entre oración y vida¹⁹⁹. En este aspecto, la *Pastores dabo vobis*, muestra claramente que el presbítero partiendo de la oración debe trabajar encontrándose con su prójimo diciendo: «Pero del encuentro con Dios y con su amor de Padre de todos, nace precisamente la exigencia indeclinable del encuentro con el prójimo, de la propia entrega a los demás» (PDV 49).

c) Unidad entre oración y acción

Esta síntesis entre oración y acción, el presbítero por vocación está llamado a vivir y testimoniar cotidianamente en la comunidad cristiana. Sin esta unidad, no es

¹⁹⁷ Cf. C. A. BERNARD, o.c., 517.

¹⁹⁸ Ibid., 518.

¹⁹⁹ Cf. F. K. NEMECK.- M. T. COOMBS, *Corazón que escucha*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1992, 169-170.

posible vivir una integridad y una fecundidad sacerdotal. En este sentido, comentando la actitud de Marta y María, el Papa Francisco brinda un mensaje muy iluminativo sobre la unidad que debe existir entre oración y acción diciendo:

«En un cristiano, las obras de servicio y de caridad nunca están separadas de la fuente principal de cada acción nuestra: es decir, la escucha de la Palabra del Señor, el estar —como María— a los pies de Jesús, con la actitud del discípulo. Y por esto es que se reprende a Marta. Que también en nuestra vida cristiana, oración y acción estén siempre profundamente unidas. Una oración que no conduce a la acción concreta hacia el hermano pobre, enfermo, necesitado de ayuda, el hermano en dificultad, es una oración estéril e incompleta. Pero, del mismo modo, cuando en el servicio eclesial se está atento sólo al hacer, se da más peso a las cosas, a las funciones, a las estructuras, y se olvida la centralidad de Cristo, no se reserva tiempo para el diálogo con Él en la oración, se corre el riesgo de servirse a sí mismo y no a Dios presente en el hermano necesitado. San Benito resumía el estilo de vida que indicaba a sus monjes en dos palabras: «ora et labora», reza y trabaja. Es de la contemplación, de una fuerte relación de amistad con el Señor donde nace en nosotros la capacidad de vivir y llevar el amor de Dios, su misericordia, su ternura hacia los demás. Y también nuestro trabajo con el hermano necesitado, nuestro trabajo de caridad en las obras de misericordia, nos lleva al Señor, porque nosotros vemos precisamente al Señor en el hermano y en la hermana, necesitados»²⁰⁰.

Al respecto de la unidad entre oración y acción, Francis Kelly Nemeck, considera que no debe darse esa división, porque no hay incompatibilidad entre oración y apostolado. Pues el apóstol está llamado a mantener la misma actitud interior de escucha, de apertura y disponibilidad necesaria tanto para la oración como para la acción en sus niveles correspondientes en los diversos momentos de su vida. Si alguien llega a experimentar esa dicotomía entre oración y apostolado, el problema no está en estas dimensiones, sino en la propia persona, en su incapacidad de integrar estos aspectos de la llamada de Dios a vivir su vocación²⁰¹. Finalmente, muy próximo al pensamiento del Papa Francisco y del pensamiento de Francis Kelly Nemeck, para evitar esa dicotomía entre oración y acción, Jesús Castellano Cervera, dice lo siguiente:

«La oración permite que la historia de Dios penetre en la experiencia humana y que ésta se abra con confianza a la irrupción de la salvación y del amor. Ahí radica la unidad inseparable entre oración y vida, la exigencia que Dios irrumpa en la vida a través de la puerta de la oración; pero, al mismo tiempo, la necesidad de llevar a la oración la propia existencia para que quede bañada por la luz de la Palabra e implicada en un movimiento incesante de oración que la abre a la penetración de Dios»²⁰².

²⁰⁰ PAPA FRANCISCO, «*Angelus*», Plaza de San Pedro, 21-07-2013.

²⁰¹ Cf. F. K. NEMECK.- M. T. COOMBS, o.c., 187.

²⁰² J. CASTELLANO CERVERA, o.c., 70.

4. Teología de la oración

a) Percepción general de oración

La realidad de la oración, para el Papa Benedicto XVI, es un hecho religioso que se constata a lo largo de la historia humana en los diferentes pueblos y culturas, con diversas formas y expresiones propias. Por las situaciones particulares de la existencia humana, el hombre siempre ha tenido la necesidad de invocar a Dios y buscar su ayuda. No cabe duda, que esta experiencia de oración fue evolucionando gradualmente, conforme el hombre iba adquiriendo conciencia de la divinidad. Es muy importante descubrir, que, del únicamente pedir ayuda, fueron deseando conocer y adorar a Dios. Lo cierto es que el hombre de todos los tiempos a través de su oración expresa su verdad de su ser criatura humana, experimenta en la historia su debilidad e indigencia y grita pidiendo auxilio. Pero al mismo tiempo esta búsqueda digna del hombre le fue preparando y abriendo para acoger la revelación divina y a la vez experimenta que tiene capacidad y está facultado para entrar en comunión con Dios²⁰³. En este discurso sobre la oración, el Papa Benedicto XVI ha mostrado que ese deseo íntimo que el hombre tiene de Dios, se ve realizado en la revelación, afirmando que: «La *Revelación*, en efecto, purifica y lleva a su plenitud el originario anhelo del hombre a Dios, ofreciéndole, en la oración, la posibilidad de una relación más profunda con el Padre celestial»²⁰⁴. No se puede olvidar que para realizar esta experiencia orante con Dios que se revela en el encuentro de manera personal, presupone y exige la fe de parte del hombre. Esta comunicación trascendental entre el hombre y Dios se realiza a través de este diálogo profundo y confiado que es la oración. Esta actividad de orar es un acto de toda la persona que busca y se dirige al absoluto de manera natural por medio de diferentes acciones de culto. En la oración cristiana es Dios quien toma la iniciativa buscando al hombre para entrar en relación con él. Es el mismo Dios quien pone en el corazón del hombre ese deseo de orar. Esta oración está configurada por el amor, el silencio de parte del hombre, para elevar su espíritu en la intimidad al Padre que se revela, se manifiesta, se comunica como Dios de salvación. El cristiano ora al Dios

²⁰³ Cf. BENEDICTO XVI, «*Audiencia general*», Plaza de San Pedro, 04-05-2011.

²⁰⁴ *Ibid.*

revelado en y por Jesucristo, como Padre bueno, que tiene entrañas de misericordia, que perdona, que es compasivo y sobre todo que nos ama como hijos suyos²⁰⁵.

b) Diferentes descripciones de oración cristiana

En el transcurso de la vida de la Iglesia, siempre han elaborado diferentes definiciones sobre la oración, con la finalidad de nutrir e iluminar la vida de todo cristiano. Estrictamente a la oración no se la puede definir, solamente describir y conceptualizar, es imposible definir a Dios fuente de la oración²⁰⁶. A lo largo de la historia cristiana los santos y las santas, han intentado describir la experiencia de la oración a través de diversas y ricas aproximaciones. A continuación se retoman las siguientes:

«La oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes»²⁰⁷ (San Juan Damasceno, f. o. 3, 24).

«La oración es una conversación del espíritu con Dios» (Evagrio Póntico).

La oración es «una conversación o coloquio con Dios» (Gregorio de Nisa).

La oración es «hablar con Dios» (Juan Crisóstomo).

La oración es «conversación y unión del hombre con Dios» (Juan Clímaco).

La oración es «la conversión de la mente a Dios con piadoso y humilde afecto» (Agustín).

«La oración es el piadoso afecto de la mente dirigido a Dios» (Buenaventura).

«La oración es la elevación de la mente a Dios para alabarle y pedirle cosas convenientes a la eterna salvación» (Tomás de Aquino).

«No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama» (Teresa de Jesús).

«Por la oración hablamos a Dios y Dios nos habla a nosotros, aspiramos a Él y respiramos en Él, y Él nos inspira y respira sobre nosotros» (Francisco de Sales).

²⁰⁵ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 21-23.

²⁰⁶ Cf. V. BORRAGÁN MATA, o.c., 21.

²⁰⁷ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Asociación de Editores del Catecismo, Madrid 1992, n. 2559.

«Orar es pensar en Dios amándolo» (Carlos de Foucauld).

«La oración es un acto totalizante y fundamental de la existencia humana que la pone en marcha, confiada y amorosamente, hacia ese misterio al que llamamos Dios» (Karl Rahner).

«Orar es ponerse en manos de Dios, a su disposición, y escuchar su voz en lo profundo de nuestros corazones» (Teresa de Calcuta)²⁰⁸.

«La oración es el primer diálogo que el hombre puede desear tener con Dios»²⁰⁹ (Pablo VI).

«La oración es una búsqueda de Dios, pero también es revelación de Dios»²¹⁰ (Juan Pablo II).

«La oración cristiana consiste en mirar constantemente y de manera siempre nueva a Cristo, hablar con Él, estar en silencio con Él, escucharlo, obrar y sufrir con Él»²¹¹ (Benedicto XVI).

«La oración nos cambia el corazón. Nos hace comprender mejor cómo es nuestro Dios»²¹² (Papa Francisco).

Haciendo memoria de las aproximaciones descritas sobre la oración, se puede ver lo fundamental que es la misma en la vida del hombre, de manera muy especial en la vida y ministerio del presbítero. Estrictamente la oración cristiana debe estar en armonía y relación con la oración de Cristo y con las enseñanzas que quedaron plasmadas en los Evangelios. Se enfatizan en estos pensamientos sobre la oración, ciertas actitudes, como: la escucha, el diálogo, la confianza, la conversación, la búsqueda, etc.

c) ¿Qué es la oración?

«La oración es la elevación del alma a Dios o la petición al Señor de bienes conformes a su voluntad. La oración es siempre un don de Dios que sale al encuentro del hombre. La oración cristiana es relación personal y viva de los hijos de Dios con su

²⁰⁸ L. ALBAR MARÍN, o.c., 46-47.

²⁰⁹ PABLO VI, *La oración*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1974, 53.

²¹⁰ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, MESSORI, Vittorio, (ed), traducción de: P. A. URBINA, Plaza & Janés, Barcelona 1994, 46.

²¹¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Señor, enséñanos a orar*, Catequesis de Benedicto XVI, EDICE, Madrid 2013, 283-284.

²¹² PAPA FRANCISCO, «Homilía en Santa Marta», 03-04-2014.

Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo, que habita en sus corazones»²¹³.

d) ¿Por qué orar?

La experiencia del Dios siempre mayor es el único que puede brindarle un horizonte y un sentido a la existencia del hombre, y se ora para vivir. La sencillez y la grandeza de la oración invitan al hombre a orar, pues sólo orando podrá vivir de verdad su existencia. Esta apertura a la oración en la vida es fundamental, porque vivir, significa amar, amar la vida. Una vida sin amor no es vida y no vale la pena vivir de esa manera. Vivir sin amor y oración, la vida se transforma en soledad vacía, en una cárcel y es tristeza incurable. El corazón humano necesita cultivar continuamente este vínculo orante. Porque la oración es como el aire que se respira, como el calor para vivir, como la luz para ver, como el alimento para nutrirse y crecer, como la alegría que da vigor y sentido a la existencia. Por eso, se debe orar. La oración nos abre a la vida verdadera y plena en el Señor, va respondiendo Bruno Forte a una persona que pregunta por qué rezar²¹⁴. Por otro lado, en una audiencia general, el Papa Benedicto XVI, enfatizaba que el objetivo primario de la oración es la conversión. La oración vivida en la fe y confianza plena, permite a Dios transformar nuestro corazón, capacita para ver y amar a Dios, para vivir según los deseos de Dios y vivir en verdad para los otros. Es importante orar, porque al adorar verdaderamente a Dios, se es capaz de darse a sí mismo a Dios y a los hombres en amor, como Cristo hasta la cruz. Se necesita orar, porque en la oración el Señor renueva, transforma, purifica y recrea nuestro corazón con la gracia del fuego del Espíritu Santo²¹⁵. Para el presbítero las razones de orar son fundamentales, sin un espíritu de oración se debilita toda su persona y ministerio. Sin oración disminuye su capacidad de juzgar, reflexionar, de analizar y de amar con la luz y la gracia de Dios. Es importante para el presbítero cultivar la oración, para no quedarse únicamente en gestos externos y sin vida²¹⁶.

²¹³ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, *Compendio*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2005, n. 534.

²¹⁴ <http://www.la-oracion.com/articulos/como-rezar/item/3604-carta-sobre-la-oracion-bruno-forte.html> (Consulta 10-02-2015).

²¹⁵ Cf. BENEDICTO XVI, 04-05-2011.

²¹⁶ Cf. C. AMIGO VALLEJO, *Sacerdotes, Palabra, caridad, sacramento*, PCS., Madrid 2007, 54.

e) Formas de oración

Una de las características del ser humano es expresar a través de la oración sus diferentes situaciones al Señor. Al hablar de formas de oración, con ello se quiere hacer referencia al contenido que impregna la misma, en los momentos concretos que es realizada. No se aborda con profundidad el tema, simplemente se enumeran unas pistas referidas a cada situación. Al mismo tiempo por medio de estas formas de oración el presbítero expresa su relación y oración al Señor.

1. Oración de alabanza

Esta oración es la forma más hermosa y desinteresada, únicamente ve, contempla y ama a Dios. En ella se alaba su belleza y grandeza²¹⁷. El Papa Francisco en una homilía decía de la oración de alabanza lo siguiente: «La oración de alabanza es una oración cristiana para todos nosotros. Alabar a Dios ‘es totalmente gratuito’, prosiguió. ‘No pedimos, no damos gracias. Alabamos: tú eres grande’»²¹⁸.

2. Oración de adoración

Esta oración es fruto del reconocimiento del hombre de su pequeñez y de la grandeza de Dios, y por su misma dependencia del Creador, lo adora²¹⁹. Cuando el orante va profundizando en su oración, llega un momento que pasa de la alabanza a la adoración. En este momento el corazón se siente anonadado ante la grandeza del Señor y adora únicamente a él y a nadie más²²⁰.

3. Oración de acción de gracias

A través de esta oración el hombre reconoce y agradece los beneficios que recibe de Dios. Comprende que todo tiene un origen gratuito y que todo viene de Dios, especialmente la salvación, por lo tanto, le agradece²²¹. Con respecto a esta oración,

²¹⁷ Cf. S. GAMARRA, *Teología espiritual*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1994, 168.

²¹⁸ PAPA FRANCISCO, «*La oración de alabanza*», 28-01-2014.

²¹⁹ Cf. S. GAMARRA, o.c., 168.

²²⁰ Cf. V. BORRAGÁN MATA, o.c., 199-200.

²²¹ Cf. S. GAMARRA, o.c., 168.

Vicente Borragán dice: «La oración de acción de gracias parte de una constatación muy sencilla: todo lo que somos y todo lo que tenemos procede de Dios, de su bondad y de su misericordia»²²².

4. Oración de petición

Han existido objeciones a la oración de petición por considerarla egoísta y utilitarista, al pretender a través de ella manejar a Dios y ponerlo a su servicio²²³. Por otro lado, se reconoce que esta oración brota de las situaciones particulares que vive la persona orante: de necesidad, o de dolor, de angustia, de enfermedad, o de pecado, o por cualquier otra circunstancia²²⁴.

5. Oración de intercesión

Consiste en pedir a Dios un favor en bien de otra persona. Esta oración descentra al orante de sí mismo, para interceder por los demás (Flp 2. 4). Como toda oración supone que el intercesor sea una persona que tenga fe en Dios, que ame a sus hermanos por quienes intercede en la oración. Esta oración la hizo Cristo y la realiza la Iglesia continuamente²²⁵. En esta línea, el Papa Francisco dice que: «Hay una forma de oración que nos estimula particularmente a la entrega evangelizadora y nos motiva a buscar el bien de los demás: es la intercesión»²²⁶.

f) Distintas expresiones de la oración

Se aborda de manera sintética unos estilos de oración que se practican cotidianamente dependiendo de la realidad y del proceso de crecimiento espiritual de la persona que la realiza. De manera particular en referencia a los seminaristas y

²²² V. BORRAGÁN MATA, o.c., 163.

²²³ Cf. Ibid., 124.

²²⁴ Cf. Ibid., 119.

²²⁵ Cf. S. GAMARRA, o.c., 169.

²²⁶ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, San Pablo, Madrid 2013, n. 281.

presbíteros, que es prácticamente a quienes escribe el autor. Entre estas expresiones están: la oración vocal, oración meditativa, oración contemplativa, oración litúrgica²²⁷.

1. Oración vocal

«La oración vocal es un elemento indispensable en la vida cristiana. A los discípulos, atraídos por la oración silenciosa de su Maestro, éste les enseña una oración vocal: el ‘Padre Nuestro’. Jesús no solamente ha rezado las oraciones litúrgicas de la sinagoga; los Evangelios nos lo presentan elevando la voz para expresar su oración personal, desde la bendición exultante del Padre (cf. Mt 11, 25-26), hasta la agonía de Getsemaní (cf. Mc14, 36 »²²⁸.

2. Oración meditativa

Por su parte «la meditación hace intervenir el pensamiento, la imaginación, la emoción y el deseo. Esta movilización es necesaria para profundizar en las convicciones de fe, suscitar la conversión del corazón y fortalecer la voluntad de seguir a Cristo»²²⁹. Pero esencialmente corresponde a la dimensión racional.

3. Oración contemplativa

«La oración contemplativa es una relación de alianza establecida por Dios en el fondo de nuestro ser (cf. Jr 31, 33). Es comunión: en ella, la Santísima Trinidad conforma al hombre, imagen de Dios, ‘a su semejanza’»²³⁰. La contemplación es obra del Espíritu Santo, que actuando en el interior del hombre le conduce a poner plenamente sus ojos y su corazón en Cristo. Entre las diversas disposiciones que se dan en la contemplación, están: el estar, buscar, mirar, silencio, escuchar y recibir²³¹.

²²⁷ Cf. S. GAMARRA, o.c., 170.

²²⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, o.c., n. 2701.

²²⁹ Ibid., n. 2708.

²³⁰ Ibid., n. 2713.

²³¹ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 79-80.

4. Oración litúrgica

Esta oración es la que se realiza propiamente en los momentos de la celebración litúrgica, pero toda la liturgia es oración. «La oración litúrgica no se distingue de las demás por ser ‘oración’, sino por serlo ‘litúrgicamente’, es decir, por acontecer y manifestarse en unas formas, en una estructura y en una acción litúrgica, que implican las secuencias de: reunión de la asamblea, la proclamación de la palabra, la expresión del rito, envío y dispersión de la asamblea»²³².

5. Dimensión teológica de la oración

a) Llamada a entrar en comunión con Dios

La oración como comunión del hombre con Dios y de Dios con el hombre, es una relación viva, vital y edificante a partir de la experiencia de la nueva alianza. Esta relación se realiza con el Padre a través del Hijo en el Espíritu Santo, raíz de donde brota y hacia donde tiene su fin la oración de comunión. La comunión a través de la oración permite estar habitualmente en presencia del Dios de la vida que es tres veces Santo. Esta comunión es posible, fundamentalmente por el sacramento del bautismo donde participamos y nos convertimos en un mismo ser con Cristo (cf. Rm 6 5). La llamada a entrar en comunión con Cristo se realiza por medio de la oración cristiana, comunión que se extiende y realiza con toda la Iglesia que es su Cuerpo. Es una comunión en el amor²³³. «En efecto, es obra del Espíritu y empeña a la persona en su totalidad; introduce en la comunión profunda con Jesucristo, buen Pastor» (PDV 45). Lázaro Albar Marín, retomando otros autores, cree que esta comunión es posible porque el hombre es capaz de Dios y el mismo Dios ha inscrito en lo hondo de su corazón ese deseo de buscar y de relacionarse con Dios. Debido a esta sed de comunión que el hombre tiene de Dios, se transforma propiamente en vocación a la comunión con Dios. A esa búsqueda, sed, deseo, encuentro es lo que se conoce como oración. Pero, para que la oración sea plenamente cristiana, se debe realizar y vivir desde la escucha y aceptación de la revelación manifestada en Cristo. La respuesta del hombre es esencial

²³² D. BOROBIO, citado por: S. GAMARRA, 170.

²³³ Cf. Ibid., n. 2565.

para entrar en esta comunión divina con el Señor²³⁴. De manera bien clara y sintética, define Jesús Castellano Cervera, sobre la invitación a la comunión, afirmando:

«La oración cristiana se funda en la invitación a la comunión con Dios ofrecida en Cristo y en su Espíritu, participa de la gracia misma de la ‘presencia’ que Dios ha revelado y donado en Cristo, hasta la extrema condescendencia de habitar en nosotros o fijar su morada en el corazón del hombre fiel a la palabra de Cristo (cf. Jn 14, 23). Un Dios amigo, pero también un Dios presente que hace del corazón del hombre su morada e invita a buscarlo en lo íntimo del propio ser»²³⁵.

b) Relación entre oración y revelación

La característica fundamental relacional, que se da entre la oración y la revelación, es precisamente la fe en Dios que se revela en la historia, libre, voluntaria y amorosamente hablando y comunicándose con el hombre. Lo singular de este Dios que se manifiesta al hombre es que Él es Alguien que se dirige, que busca y habla al hombre de manera personal, y a la vez es Alguien a quien los hombres pueden buscar y hablar, escuchar y dialogar con Él. La Palabra de este Dios es esencial y es lo que lo distingue de cualquier deidad, Él se revela a través de la palabra y la obra, mediante las cuales se manifiesta. Esta revelación de Dios al hombre, tiene la intencionalidad de provocar y de arrancar del corazón del hombre una respuesta, una palabra un actuar, transformándose esta revelación en un diálogo auténtico entre Dios y el hombre de todos los tiempos. Este diálogo entre el Creador y la criatura humana, posibilita, lleva y conduce al hombre a la unión con Dios mediante la palabra, el diálogo orante²³⁶. Estas dos dimensiones, oración y revelación, enfatizan no solo la relacionalidad, sino la necesidad ontológica y existencial que el hombre tiene de cultivar este diálogo, porque existe una relación estrecha entre la revelación de Dios y la oración del hombre. De manera muy preciosa y admirable, el cardenal Joseph Ratzinger, define esta actitud diciendo:

«Por eso la oración no es, ni mucho menos, algo secundario en el concepto cristiano de Dios, sino precisamente su característica principal. Toda la Biblia es diálogo: por un lado, revelación, palabra y obra de Dios y, por otro lado, respuesta del hombre que acepta la palabra de Dios y se deja guiar por Él. Suprimir la oración, el diálogo, es como suprimir la biblia entera»²³⁷.

²³⁴ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 23.

²³⁵ J. CASTELLANO CERVERA, citado por: L. ALBAR MARÍN, 23-24.

²³⁶ Cf. J. RATZINGER, *La fiesta de la fe, Ensayo de teología litúrgica*, 3ª edición, Desclée de Brouwer, Bilbao 1999, 20.

²³⁷ *Ibid.*, 20.

Por otro lado, esta revelación es acogida por el hombre mediante la fe y la gracia de Dios y el auxilio pleno del Espíritu Santo, que capacita y dispone a entrar en esta experiencia única e inconfundible a través del diálogo que llamamos oración. Este Dios revelado tiene su máxima manifestación en la encarnación de su Hijo Jesucristo en la historia humana. Siendo la liturgia el espacio sacramental actual donde Dios se revela a la comunidad creyente en Iglesia, asistida y sostenida por el Espíritu Santo. Esta experiencia de la revelación siempre ha necesitado de la meditación, la contemplación y la oración para ser comprendida²³⁸. Pero sobre todo, porque «la revelación de Dios es la comunicación de su verdad y de su vida, pero es también la manifestación de su designio salvífico»²³⁹. Retomando el pensamiento de la *Dei Verbum*, la *Pastores dabo vobis* dice: «En esta revelación Dios invisible (cf. *Col* 1, 15; *1 Tim* 1,17), movido de amor, habla a los hombres como a amigos (cf. *Ex* 33, 11; *Jn* 15, 14-15), trata con ellos (cf. *Bar* 3, 38) para invitarlos y recibirlos en su compañía» (cf. PDV 47).

c) La Palabra y la historia, mediación de la oración

La historia de la salvación se ha venido gestando con la presencia de Dios que se reveló a través de su Palabra en la historia a un pueblo concreto. Acontecimiento al que el hombre accede a través de la oración. Pues, Dios ha querido entrar en la historia, hablar y escuchar al hombre desde el principio de la creación hasta encarnarse y ser el Dios con nosotros. Realidad que bellamente describe el Papa Benedicto XVI, diciendo:

«Es muy hermoso ver como todo el Antiguo Testamento se nos presenta ya como historia en la que Dios comunica su Palabra. En efecto, ‘hizo primero una alianza con Abrahán (cf. *Gn* 15, 18); después por medio de Moisés (cf. *Ex* 24, 8), la hizo con el pueblo de Israel, y así se fue revelando a su pueblo, con palabras y obras, como Dios vivo y verdadero’... Esta condescendencia de Dios se cumple de manera insuperable con la encarnación del Verbo. La Palabra eterna que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hombre ‘nacido de una mujer’ (*Ga* 4, 4)»²⁴⁰.

La implicación de Dios en la historia humana, hace accesible la relación del hombre con Él a través de la oración cristiana elevada desde el encuentro singular con su Palabra. Pues, la doble dimensión de hablarle y escucharle se realiza en ese diálogo oracional, como bien lo sintetiza san Ambrosio, cuando dice que: «A Dios hablamos

²³⁸ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 25.

²³⁹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *La meditación cristiana: Carta Orationis formas*, Madrid: 2003, 84.

²⁴⁰ *Verbum Domini*, n. 11.

cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras». Viviendo esta amistad con Dios por medio de su palabra, se convierte en un diálogo salvífico, siendo en esa realidad donde radica la teología auténtica de la oración: en la Palabra y en la historia, que transforma al hombre en instrumento de salvación en la historia que se convierte en historia de salvación²⁴¹. Fundamentalmente, «en este diálogo con Dios nos comprendemos a nosotros mismos y encontramos respuesta a las cuestiones más profundas que anidan en nuestro corazón»²⁴².

d) La oración es fundamentalmente teologal

Ahí radica la clave para comprender y experimentar la oración como una actitud teologal, donde el corazón del hombre frente al amor de Dios se siente unas veces interpelado, otras deseoso de buscar la voluntad de Dios. En esta actitud de apertura de parte del hombre y de comunicación por parte de Dios, coinciden la historia de la salvación de Dios por medio de su Palabra o de la presencia de Cristo y la historia del cristiano con todas sus situaciones y realidades históricas. La oración del hombre posibilita y permite que la historia de Dios, su amor, su Espíritu penetren en la historia humana y que el hombre con su historia personal se abra con confianza infinita a la irrupción de la salvación y del amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo²⁴³. Por otra parte, esta dinámica oracional exige una actitud de fe y de perseverancia, para no marginar o excluir de la existencia humana este don de la oración. La vida de todo ser humano debe estar impregnada de esta actitud oracional, como bien lo afirma Jesús Castellano Cervera diciendo:

«De todas estas premisas debemos deducir que orar día tras día, abiertos a Dios que construye la historia con nosotros y asume nuestra existencia en su historia de salvación, no puede ser para ningún cristiano, sacerdote, religioso o laico, ni un momento marginal de su vida de fe, ni un tiempo perdido de su jornada, ni una actividad puramente facultativa o un ejercicio para una élite de espirituales»²⁴⁴.

Así mismo, esta oración teologal como respuesta del hombre al Dios que lo ama, está profundamente arraigada en las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. La oración del hombre como respuesta de amor a Dios, es simultáneamente una respuesta

²⁴¹ Cf. J. CASTELLANO CERVERA, *Pedagogía de la oración cristiana*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1996, 66.

²⁴² *Verbum Domini*, n. 23.

²⁴³ Cf. J. CASTELLANO CERVERA, o.c., 70.

²⁴⁴ *Ibid.*, 71.

honda de fe y una respuesta cierta en el principio esperanza. Precisamente, orar es celebrar en fe, esperanza y caridad, en el santuario del corazón del hombre esta presencia salvadora de Dios. Por esa razón, la oración teologal del hombre se convierte en una verdadera e inconfundible concentración de las virtudes teologales. Por lo tanto, el cristiano es aquella persona que cree, que espera y que ama, esta es su originalidad fundamental en la vida. Se realiza como hombre teologal y crece en esta realidad de amistad con Cristo a medida que su oración, como diálogo íntimo es más auténtica²⁴⁵. Para el presbítero la oración es el diálogo fundamental con su Creador, como lo señala bien *Pastores dabo vobis*, afirmando: «La forma primera y fundamental de respuesta a la Palabra es la *oración*, que constituye sin duda un valor y una exigencia primarios de la formación espiritual» (PDV 47).

e) La oración es esencialmente de Cristo

A partir del acontecimiento de la encarnación de Jesucristo, el Hijo de Dios en la historia humana, se introduce en el corazón del mundo, en el corazón del hombre una nueva manera de conocer, de ver, de amar, de experimentar a Dios; por lo tanto una nueva forma de orar. Esencialmente, sólo Cristo tiene la facultad de entrar en relación directa con Dios su Padre, pero desde la encarnación se le considera el primogénito de Dios. Precisamente, por ser el primogénito, es a través de Él cómo se restablece y se da la apertura de la relación entre Dios y el hombre. Esto significa que la oración cristiana es y solamente puede ser cristocéntrica, es decir realizada en Cristo. La oración del cristiano, es una oración de participación en la oración de Cristo que ora al Padre en el Espíritu Santo. De esta forma la oración estrictamente cristiana, solamente puede existir en la medida que es oración de Cristo. Hay que hacer memoria que Él mismo Jesucristo en un momento de su vida histórica mientras evangelizaba dijo: «Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14, 6). De esta afirmación del Señor, se cree que nadie puede orar al Padre si no es a través de Él mismo en el Espíritu Santo²⁴⁶. Lo dicho hasta ahora sobre la oración cristiana, y sobre el fundamento cristológico, exige siempre ver y escuchar a Cristo, como lo definió el Cardenal Joseph Ratzinger, afirmando: «Por eso la oración cristiana requiere mirar constantemente y siempre de manera nueva a Cristo, hablar con

²⁴⁵ Cf. *Ibid.*, 72-73.

²⁴⁶ Cf. *Ibid.*, 27.

Él, callar con Él, escucharle, sufrir y actuar con Él»²⁴⁷. Esto permite comprender que el factor determinante de la oración cristiana es Jesucristo. Desde su encarnación, la relación del hombre con Dios, se vive desde la experiencia de la cercanía, de la filiación, del amor. Se entra en relación con Alguien que te espera, que te ama y te seduce, la oración no va al vacío, se dirige al Tú²⁴⁸. Esa apertura de Dios al hombre y del hombre a Dios nos dice que «la oración cristiana se caracteriza por ir dirigida a un Dios que escucha y atiende»²⁴⁹. Experiencia que deben de vivir los seminaristas desde su formación y los sacerdotes en su ministerio en el encuentro con Jesús, como lo describe *Pastores dabo vobis*: «Ésta debe llevar a los candidatos al sacerdocio a conocer y experimentar el *sentido auténtico de la oración cristiana*, el de ser un encuentro vivo y personal con el Padre por medio del Hijo unigénito bajo la acción del Espíritu; un diálogo que participa en el coloquio filial que Jesús tiene con el Padre» (PDV 47).

f) La oración es trinitaria

Cuando se dice que la oración es trinitaria, es porque el hombre creyente entra en relación con ella pro medio de la fe mediante diversas formas de oración. Sin profesión de fe es imposible entablar un dialogo auténticamente trinitario. Una característica singular de toda oración cristiana, y especialmente la litúrgica es que es iniciada y finalizada con una formulación trinitaria: Padre, Hijo y Espíritu Santo, siendo el Padre la fuente y origen de todo. Finalmente el Padre es a quien se dirige nuestra oración-adoración por medio del Hijo Jesucristo en el Espíritu Santo²⁵⁰. Es importante notar que la esencia teológica de la oración cristiana radica en entrar y ahondar en diálogo con la Santísima Trinidad a través de la persona de Cristo²⁵¹. Relación y diálogo necesario para la vida del cristiano, de manera especial para el sacerdote en su vida personal y ministerial, litúrgica y pastoral, como bien lo expresó en su momento Juan Pablo II afirmando:

«En la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo que nos convierte en sus íntimos: ‘Permaneced en mí, como yo en vosotros’ (Jn 14, 4). Esta reciprocidad es el fundamento mismo, el alma de la vida cristiana y una condición para toda vida pastoral auténtica. Realizada en nosotros por el Espíritu Santo, nos abre, por Cristo

²⁴⁷ J. RATZINGER, o.c., 37.

²⁴⁸ Cf. V. BORRAGÁN MATA, o.c., 52.

²⁴⁹ J. RATZINGER, o.c., 40.

²⁵⁰ Cf. L. F., MATEO SECO, *Teología trinitaria Dios Padre*, Rialp, Madrid 2003, 13.

²⁵¹ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 29.

y en Cristo a la contemplación del rostro del Padre. Aprender esta lógica trinitaria de la oración cristiana, viéndola plenamente ante todo en la liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial, pero también de la experiencia personal, es el secreto de un cristianismo realmente vital»²⁵².

Si se trata de responder a la pregunta sobre la naturaleza de la oración cristiana que se plantea en la carta *Orationis formas*, responde que esta oración está determinada por la estructura de la fe cristiana, en ella se manifiesta, comunica y resplandece la verdad más íntima de Dios y de la criatura humana. Es así como se posibilita y surge el diálogo personal, íntimo, existencial y profundo entre el creado y el Creador, origen y fuente del encuentro oracional²⁵³. Esta relación de encuentro y comunión trinitaria de oración, se alimenta y sostiene en los sacramentos del Bautismo y Eucaristía, dentro del marco eclesial. Así lo describe la carta *Orationis formas*, diciendo: «La oración cristiana expresa, pues, la comunión de las criaturas redimidas con la vida íntima de las Personas trinitarias. En esta comunión que se funda en el Bautismo y en la Eucaristía, fuente y culmen de la vida de la Iglesia»²⁵⁴.

g) Es una oración filial

La maravilla de la oración y actitud filial del hombre, consiste que a partir de la encarnación de Jesucristo, de la fe y de la participación en los sacramentos del bautismo y la confirmación quedamos sumergidos en el Misterio Pascual de Cristo. Siendo el Espíritu Santo el don precioso y necesario quien nos hace hijos de Dios en Cristo y nos sitúa y faculta para entrar en una relación filial con el Padre de Jesús, que se transforma por ese vínculo sacramental en Padre de todos los hombres. La dimensión pneumatológica es sumamente importante porque es a través del Espíritu Santo que se realiza esta adopción filial. Don hermoso que enfatiza la Carta a los Efesios que Dios «nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo (...) a ser sus hijos (Ef 1, 4-5)»²⁵⁵. Por otro lado el hombre no goza de plenitud de hijo como lo es en esencia Jesús, pero esta gracia filial se va adquiriendo a lo largo de la vida y de la

²⁵² JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, n. 32.

²⁵³ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Oratiois Formas*, n. 3.

²⁵⁴ *Ibid.*, n. 3.

²⁵⁵ BENEDICTO XVI, *La oración aliento del alma*, San Pablo, Madrid 2014, 78-79.

comunidad que se vive con Jesús. Esta convicción anima y sostiene cuando llamamos a Dios Padre, como bien lo describe el Papa Benedicto XVI afirmando:

«Ciertamente, nuestro ser hijos de Dios no tiene la plenitud de Jesús: nosotros debemos llegar a serlo cada vez más, a lo largo del camino de toda nuestra existencia cristiana, creciendo en el seguimiento de Cristo, en la comunión con él, para entrar cada vez más íntimamente en la relación de amor con Dios Padre que sostiene la nuestra. Esta realidad fundamental se nos revela cuando nos abrimos al Espíritu Santo y él nos hace dirigirnos a Dios diciéndole ‘¡Abba, Padre!’. Realmente, más allá de la creación, hemos entrado en la adopción con Jesús; unidos, estamos realmente en Dios, somos hijos de un modo nuevo, en una nueva dimensión»²⁵⁶.

Existe pues, una relación única de los hijos con Dios, especialmente en la oración que Jesús enseñó a orar, el Padrenuestro, primordialmente en la palabra: Padre. En esta palabra Padre, se revela el misterio de Dios como Padre, y a la vez se revela la dignidad de los cristianos como hijos y hermanos entre sí, por gozar de un Padre común. Ciertamente en el Padrenuestro queda expresada y testimoniada de manera fundamental esta nueva relación filial con el Padre que Jesucristo ha venido a revelar²⁵⁷.

h) Es una oración eclesial

El secreto de la oración cristiana está en su referencia a la Persona de Cristo dentro del marco eclesial, para ser verdaderamente cristiana. Los mismos orígenes de la Iglesia resaltan este aspecto eclesial. Siguiendo esta dinámica, el Papa Benedicto XVI, enfatiza la dimensión eclesial del cristiano cuando afirma: «No puedo empezar sin más a hablar directamente con Cristo prescindiendo de la Iglesia: una forma de oración cristológica sin Iglesia excluye el ‘pneuma’ y excluye a los hombres. Tengo que ir con mi oración, con mi vida, con mi sufrimiento, con mi pensamiento, sumergiéndome poco a poco en esas palabras»²⁵⁸. A pesar de tener diferentes maneras de conocer, de orar, de servir, de seguir y de amar a Cristo, el cristiano no puede obviar la instancia eclesial, que le conduce a Cristo. Por eso, «No olvidemos que a Cristo lo descubrimos, lo conocemos como Persona viva, en la Iglesia. La Iglesia que es su Cuerpo»²⁵⁹. Por otra parte, el diálogo que Dios establece con nosotros y nosotros con Él a través de la oración, abarca a todos los cristianos; siempre cuando se ora, se ora con otros, presentes

²⁵⁶ BENEDICTO XVI, *Escuela de oración II, Catequesis del Papa*, Ciudad Nueva, Madrid 2012, 54-55.

²⁵⁷ Cf. J. CASTELLANO CERVERA, o.c., 51.

²⁵⁸ J. RATZINGER, o.c., 40.

²⁵⁹ BENEDICTO XVI, o.c., 18.

o ausentes. La comunión eclesial no permite orar a Dios de modo individualista o egoísta, solamente, mi Dios y yo, no es posible. Especialmente en la oración litúrgica, sobre todo en la celebración de la Eucaristía, no nos dirigimos a Dios de manera individualista. Entramos en comunión y conformamos el nosotros de la Iglesia que ora incesantemente al Señor. Esta experiencia oracional, permite que cada cristiano se sienta verdaderamente insertado en este nosotros universal que es la Iglesia Cuerpo de Cristo²⁶⁰. La oración propiamente cristiana se aprende, se vive, se experimenta en el corazón de la Iglesia, «participando en la liturgia, hacemos nuestra la lengua de la madre Iglesia, aprendemos a hablar en ella y por ella»²⁶¹. Cabe tener presente que, incluso la oración hecha en soledad, está inmersa en la rica comunión eclesial de los santos, rezando pública, litúrgica o privadamente, no se ora solo, se ora en comunión eclesial. Pero, es sumamente importante realizarla siempre en el espíritu auténtico de la Iglesia en oración. Nunca se debe perder la convicción de que cuando se ora, siempre se ora unido a Cristo, en el Espíritu Santo en comunión con toda la Iglesia: en Iglesia, con la Iglesia y como Iglesia²⁶².

i) Es una oración mariana

Si se trata de hacer memoria de la vida de oración de María a nivel personal, como comunitaria, el Evangelio de Lucas y Hechos de los Apóstoles muestran la experiencia oracional de María. Ciertamente, desde los inicios de la experiencia de la vida cristiana, vivida a través de las comunidades, la Iglesia sintió la necesidad de orar con la Virgen María, como lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles (Hch 1, 14). Al mismo tiempo, san Lucas anuncia lo que sucedería en el futuro cercano, de orar a la Virgen María, en un contexto eclesial, al afirmar: «Por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí favor cosas grandes el Poderoso, Santo es su nombre» (Lc 1, 48-49). De esta manera se puede afirmar que la presencia de la Virgen María orando en la comunidad apostólica es verídica, y que después de haber dejado la vida histórica sigue intercediendo por la Iglesia que le suplica constantemente²⁶³. Sin duda, es necesario no sólo venerar a María, sino también

²⁶⁰ Cf. *Ibid.*, 20.

²⁶¹ *Ibid.*, 19.

²⁶² Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Orationis Formas*, n. 7.

²⁶³ Cf. L. ALBAR MARÍN, o.c., 42.

aprender de ella a orar en comunidad, como bien lo describe Benedicto XVI afirmando: «Por consiguiente, venerar a la Madre de Jesús en la Iglesia significa aprender de ella a ser comunidad que ora... María invita a abrir las dimensiones de la oración, a dirigirse a Dios no sólo en la necesidad y no sólo para pedir por sí mismos, sino también de modo unánime, perseverante y fiel, “con un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32)»²⁶⁴. Admirablemente, María nunca se separó de los discípulos, al contrario, todos los acontecimientos del Triduo Pascual, de manera especial la etapa experimentada entre la Ascensión y el acontecimiento de Pentecostés, María siempre se encuentra *con* y *en* la Iglesia en oración unánime (cf. Hch 1, 14). Con toda razón, se dice de ella que es Madre de Dios y Madre de la Iglesia, la Virgen María sigue y seguirá ejerciendo esta misión maternal hasta el fin de los tiempos²⁶⁵. La enseñanza de María con respecto a la oración es fundamental, para no romper esta alianza con el Señor, sino cultivarla continuamente. Sabiendo que de esta relación íntima brota la fortaleza para cumplir la misión de anunciarle a Él como Iglesia. El Papa Benedicto XVI describe de esta manera esa rica enseñanza, diciendo: «María nos enseña la necesidad de la oración y nos indica que sólo con un vínculo constante, íntimo, lleno de amor con su Hijo, podemos salir de ‘nuestra casa’, de nosotros mismos, con valentía, para llegar hasta los confines del mundo y anunciar por doquier al Señor Jesús, Salvador del mundo»²⁶⁶.

6. Jesucristo, fuente y fundamento de la oración sacerdotal

a) Jesucristo Maestro de oración

Es necesario hacer memoria que Jesús se presentó como verdadero Maestro de oración. Un Maestro totalmente distinto a los paganos y fariseos. Olvidaron que el amor y la esperanza, la humildad y la confianza en la misericordia del Padre bueno, son las condiciones de la verdadera oración enseñada por Jesús. A partir de su encarnación, ahora la experiencia de la oración tendrá que proceder del amor fraterno basado en su persona. En su vida histórica Jesús no se limitó a enseñar teóricamente sobre la importancia de la oración, sino que dio ejemplo verdadero de cómo integrarla y

²⁶⁴ BENEDICTO XVI, o.c., 14.

²⁶⁵ Cf. Ibid., 14.

²⁶⁶ Ibid., 15.

practicarla en la vida cotidiana. Jesús era realmente una persona orante, la oración acompaña las decisiones y los acontecimientos más importantes de su vida²⁶⁷. Esta experiencia de Jesús como Maestro de oración quedó bien estampada en los evangelios. Testimonio que recoge la Congregación para el Clero diciendo:

«El mismo Hijo de Dios quiso dejarnos el testimonio de su oración. De hecho, con mucha frecuencia los evangelios nos presentan a Cristo en oración: cuando el Padre revela su misión (Lc 3, 21-22), antes de la llamada de los apóstoles (Lc 6, 12), en la acción de gracias durante la multiplicación de los panes (Mt 14, 19; 15, 36; Mc 6, 41; 8, 7; Lc 9, 16; Jn 6, 11), en la transfiguración en el monte (Lc 9, 28-29), cuando sana al sordomudo (Mc 7, 34) y resucita a Lázaro (Jn 11, 41 ss), antes de la confesión de Pedro (Lc 9, 18), cuando enseña a los discípulos a orar (Lc 11, 1), cuando regresan de su misión (Mt 11, 25 ss; Lc 10, 21), al bendecir a los niños (Mt 19, 13 y al rezar por Pedro (Lc 22, 32). Toda su actividad cotidiana nacía de la oración. Se retiraba al desierto o al monte a orar (Mc 1, 35; 6, 46; Lc 5, 16; Mt 4, 1; 14, 23), se levantaba de madrugada (Mc 1, 35) y pasaba la noche entera en oración con Dios (Mt 14, 23.25; Mc 6, 46.48; Lc 6, 12). Hasta el final de su vida, en la última Cena (Jn 17, 1-26), durante la agonía (Mt 26, 36-44), en la cruz (Lc 23, 34.46; Mt 27, 46; Mc 15, 34) el divino Maestro demostró que la oración animaba su ministerio mesiánico y su éxodo pascual. Resucitado de la muerte, vive para siempre he intercede por nosotros (Heb 7, 25)»²⁶⁸.

Por supuesto, Benedicto XVI, enfatizaba en su momento, que el rasgo oracional de la vida de Jesús como Maestro de oración era fruto de un aprendizaje de su familia. Pero, examinando las raíces genuinas de su vida de oración, afirmaba que el origen profundo y esencial de su oración radicaba en su ser Hijo de Dios. Precisamente, por eso, su relación era única e indestructible con Dios su Padre²⁶⁹. Ciertamente, Jesús como Maestro de oración, no se conforma simplemente con enseñar a orar, sino que conduce al Padre, respetando el nivel de oración en que la persona se encuentre. Esta enseñanza la transmite el Catecismo de la Iglesia Católica diciendo: «Con el hecho de su oración, Jesús nos enseña a orar. El camino teologal de nuestra oración es su propia oración al Padre. Pero el Evangelio nos transmite una enseñanza explícita de Jesús sobre la oración. Como un pedagogo, nos toma donde estamos y, progresivamente, nos conduce al Padre»²⁷⁰.

²⁶⁷ Cf. C. A. BERNARD, o.c., 475.

²⁶⁸ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para la vida y ministerio de los presbíteros*, EDICE, Madrid 2013, n. 51.

²⁶⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *La oración de Jesús*, Palabra, S.A., Madrid 2012, 13.

²⁷⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, o.c., n. 2607.

b) Misión y comunión en la oración de Cristo

Prácticamente lo primero que Jesús realizaba en su vida histórica era mantener una relación estrecha con su Padre en todos los momentos: de madrugada, de día o de noche por diversas situaciones. Esta actitud alimentaba su misión, garantizaba y fortalecía la comunión con su Padre Dios. Lucas es el único evangelista de los sinópticos que recoge cuatro momentos importantes en los que Jesús oró: 1) El primer momento importante se da en su bautismo «mientras Jesús oraba» (Lc 3, 21), se le manifiesta la Trinidad. 2) En un segundo momento, narra san Lucas que Jesús «mientras oraba», tiene lugar la transfiguración. 3) En tercer lugar, Jesús ora antes de elegir a sus discípulos, «se fue él al monte a orar» (Lc 6, 12). 4) Finalmente, los discípulos tras verle orar constantemente, le piden que les enseñe a orar, diciendo: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1). Esta experiencia orante de Jesús manifiesta que la oración en su vida no constituía una ocupación cualquiera. Esta actitud, esencialmente religiosa o aunque fuera «espiritual», forma parte importante de su misión salvífica²⁷¹. Benedicto XVI, por su parte, resalta la actitud orante de Jesús, de comunión y misión en los momentos más difíciles de su existencia, afirmando que: «Precisamente la experiencia ejemplar de Jesús muestra que su oración, animada por la paternidad de Dios y por la comunión del Espíritu, se fue profundizando en un prolongado y fiel ejercicio, hasta el Huerto de los Olivos y la cruz»²⁷². De hecho la singularidad de la oración de Cristo respecto a la oración de cualquier otra persona orante, consiste en el hecho de que su oración se basa en la comunión inicial del Hijo con el Padre. Solamente Cristo sabe que su relación íntima con el Padre es perfecta y que su oración es escuchada infaliblemente por Dios. Esa certeza de ser escuchado quedó bien registrado en el momento de resucitar a Lázaro, cuando afirmó: «Padre, te doy gracias, porque me has escuchado. Yo sé muy bien que me escuchas siempre» (Jn 11, 41-42). En Jesús, su oración es expresión de total comunión, incluso, anticipando la decisión de Dios su Padre. Esta relación de comunión distinta a todos los seres humanos, pertenece a la dimensión propiamente de la naturaleza divina de Cristo²⁷³. Jesús en todo momento sintió la necesidad de pasar horas del día, de la madrugada, del atardecer y largas noches en oración para

²⁷¹ Cf. C. A. BERNARD, o.c., 476.

²⁷² BENEDICTO XVI, o.c., 16.

²⁷³ Cf. C. A. BERNARD, o.c., 476-477.

impregnarse cada vez de su misión recibida del Padre. De llevar adelante el cumplimiento de la salvación y de comunicarla a la humanidad completa²⁷⁴.

c) Oración y sacerdocio de Jesucristo

Al contemplar la acción orante de Cristo durante su vida terrena, se puede ver que su oración de intercesión por los demás, constituye una respuesta religiosa al Padre y un aspecto de su función propiamente sacerdotal. Por otro lado no es posible separar este servicio propiamente orante del Señor de su oficio estrictamente sacerdotal, a través del cual se ofrece en sacrificio al Padre, especialmente en la Cruz. En el Antiguo Testamento, el Libro de los Macabeos, atestigua cómo el sacerdote Onías intercede por el pueblo judío diciendo: «Oraba por el pueblo judío con las manos levantadas». Pero totalmente distinto y nuevo es nuestro sumo sacerdote Cristo que con una oración incesante ha cumplido y sigue cumpliendo hoy su oficio de mediador e intercesor por la humanidad entera²⁷⁵. También el Catecismo de la Iglesia católica ve a Jesús como único y auténtico intercesor a través de su oración, diciendo: «Él es el único intercesor ante el Padre en favor de todos los hombres de los pecadores en particular (cf Rm 8, 34; 1 Jn 2, 1; 1 Tm 2, 5-8). Es capaz de ‘salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor’ (Hb 7, 25)»²⁷⁶. Por otro lado, la oración de Cristo, por su condición de Verbo encarnado, está capacitada para abrir su voluntad humana a Aquel que puede colmarlo de todo bien. En su oración sacerdotal Cristo revela la intimidad de su ser y manifiesta visible y temporalmente esa comunicación eterna que constituye su Persona de Hijo en relación a su Padre Dios²⁷⁷. Para aclarar este aspecto, el autor retoma de santo Tomás de Aquino lo siguiente:

«Cristo quiso orar a su Padre para darnos ejemplo y para manifestarnos que su Padre era el autor del cual él procedía desde toda la eternidad según su naturaleza divina y también de quien su naturaleza humana recibía todo bien. Ahora bien, así como su naturaleza humana poseía ya algunos bienes recibidos del Padre, así también esperaba recibir de él otros bienes de que aún no gozaba. Consiguientemente, así como por los bienes ya recibidos daba gracias a su Padre, reconociéndole como autor, así también por los bienes que aún no había recibido,

²⁷⁴ Cf. *Ibid.*, 482.

²⁷⁵ Cf. *Ibid.*, 479-480.

²⁷⁶ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, o.c., n. 2639.

²⁷⁷ Cf. C. A. BERNARD, o.c., 480.

como la gloria del cuerpo y otros, oraba al Padre, reconociéndole igualmente por autor de los mismos. (Summa theologiae, III, q. 21, a. 3)»²⁷⁸.

De esta manera la oración de Cristo sacerdote es absolutamente única en la comunión total de su ser, y es única la calidad de su oración, en singular relación con su Padre Dios fuente de todo don. Por lo tanto, Cristo es el único adorador en Espíritu y en verdad, sólo él puede rendir al Padre el auténtico y perfecto homenaje sacerdotal²⁷⁹.

7. Pinceladas de rasgos pastorales de la oración

A continuación se presentan pequeñas reflexiones sobre las maneras nuevas de la oración del sacerdote, para recobrar y vigorizar la experiencia de la oración en el ministerio y la vida del presbítero, desde lo cotidiano.

a) Opción por la oración

Es necesario, evitar valorar ideológicamente nada más la oración y la vez evitar una simple sensibilidad religiosa hacia la oración. En todo tiempo, pero especialmente en los tiempos actuales se necesita hacer una opción clara y decidida por la oración. En la formación, en el ministerio se insiste en su importancia, muchas veces se realiza mientras se tiene los apoyos, el tiempo adecuado, pasado el tiempo siempre se encuentran razones o excusas para abandonarla. Hay que reconocer que la oración exige disciplina para vivirla, pero es mucho más determinante la motivación y el deseo. Sin duda tendrá que pasar de las motivaciones y deseos externos a las motivaciones y deseos internos del corazón para vivir esta relación orante con Dios. Para renovar y vigorizar su vida y ministerio, al presbítero, le es urgente hacer esta opción por la oración que le implica: 1) Disciplina, motivación y deseo con continuidad; 2) Decisión de vivir, revivir o rehacer esta aventura de relación oracional con Dios; 3) Realizar discernimiento del camino adecuado para gustar y profundizar en la oración, evitando métodos o formas de oración que lejos de enriquecer esta experiencia puedan bloquearlo en sus intentos de orar; 4) Cultivar y mantener la fe, en que el Dios de la vida, tiene más

²⁷⁸ Ibid., T. DE AQUINO, citado por: C. A. BERNARD, 480-481.

²⁷⁹ Cf. Ibid., 481.

interés y deseo que el mismo presbítero en mantener esta alianza por medio de la oración; 5) Mantener una esperanza inquebrantable a través de la oración en el Señor, sobre todo, en los momentos frustrantes, cuando parece que Dios no escucha o no responde a las expectativas deseadas o manifestadas en el diálogo orante²⁸⁰. El Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros recuerda que la oración es prioritaria en la vida del sacerdote diciendo: «Por eso, la prioridad fundamental del sacerdote es su relación personal con Cristo a través de la abundancia de los momentos de silencio y oración, en los cuales cultiva y profundiza su relación con la persona viva de Jesús, nuestro Señor»²⁸¹.

b) Una oración que guste la bondad de Dios

Sin afán de quitarle importancia a los métodos, teorías y doctrinas sobre la oración que son necesarias, aquí no se trata de aprender más cosas sobre Dios, sino de abrirse a la experiencia de encontrarse con Él, que es nuestro lote, gozo y sumo bien. A esto, está invitado todo cristiano y especialmente el presbítero, a gustar saborear la presencia y la bondad de Dios a través de la oración. Esta es una invitación muy antigua y muy actual del salmista que proclama con gozo y alegría: «Gustad y ved qué bueno es el Señor» (Sal 34, 9). Es necesario reconocer que la fe cristiana no es un hecho, una experiencia doctrinal, esencialmente es un acontecimiento vital. Esta experiencia es fruto del encuentro con un Dios vivo que se ha revelado y encarnado en la Persona de Jesucristo. Esta experiencia de un Dios bueno y bondadoso, vivida en la oración en lo profundo del corazón, influye edificadamente en la vida, ministerio del presbítero y en la misión evangelizadora²⁸². Por otro lado, toda la trayectoria del presbítero debe brotar de ese encuentro con él Señor, y no estar motivado por otras razones que no sean esenciales.

²⁸⁰ J. GARRIDO, *Discernimiento cristiano de la oración*, Frontera, Vitoria 2009, 38-39.

²⁸¹ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, o.c., n. 51.

²⁸² J. A. PAGOLA, *Una oración nueva para una nueva evangelización*, Diocesana, Estella 2005, 25-26.

c) Una oración que conduzca a amar al hombre de hoy

«Pero del encuentro con Dios y con su amor de Padre de todos, nace precisamente la exigencia indeclinable del encuentro con el prójimo» (PDV 49). En la experiencia de la oración, sobre todo, la oración personal, la persona se encuentra y se experimenta amada por Dios, naturalmente la persona responde amando a Dios. Pero de este encuentro la persona sale llena de este amor que le conduce a amar a sus hermanos. Este amor sólo será auténtico si es fruto de la fuente del amor verdadero: Dios. Dios ama apasionadamente al hombre y la mujer de hoy. Como Padre rico en ternura, lo entiende, lo acoge, lo perdona, lo ama, y siempre desea algo nuevo para sus hijos, especialmente su salvación. De esta manera, la nueva evangelización no puede nacer si va cargada de prepotencia, rechazo, desprecio, miedo o condena del hombre actual, sino desde el amor que se alimenta en el amor mismo de Dios, especialmente en la experiencia de la oración²⁸³. Así mismo, el presbítero que ora experimenta que nace de ese encuentro un creciente amor por su prójimo, trabaja con mayor entrega y libertad en el día a día de su vida y ministerio sacerdotal²⁸⁴.

d) Una oración que acerque a los incrédulos

«La oración compromete al creyente a permanecer en un espacio de obediencia al Padre y de plena responsabilidad hacia los hermanos: solo de este modo su acción en el mundo puede ser un medio para la bendición del Dios de la alianza»²⁸⁵. Esta realidad, se manifiesta claramente en la actitud del Apóstol Pedro cuando justifica su conducta en Jerusalén después de bautizar la familia de Cornelio (cf. Hch 11, 4-14). El hombre incrédulo actual no debe ser únicamente un problema, sino una oportunidad con quien entrar en relación constructiva y crear lazos amistosos para compartir y conocer las situaciones que le afectan. Es necesario saber escuchar sus interrogantes, sus cuestionamientos, sus prejuicios y búsquedas sinceras de sentido de la vida. Solamente de esa forma podrá abrir su corazón a la buena nueva de la salvación. Si al acercarnos a la oración nos hacemos amigos de Dios, esta misma oración ha de hacernos amigos de

²⁸³ Cf. *Ibid.*, 27.

²⁸⁴ J. PHILIPPE, *La oración camino de amor*, Rialp, Madrid 2014, 37-38.

²⁸⁵ E. BIANCHI, o.c., 84.

los hombres, especialmente de los indiferentes e incrédulos²⁸⁶. Situación no fácil, pero necesaria y urgente para el seguidor de Cristo, singularmente para el presbítero que por vocación está llamado a ser un hombre de Dios, cercano y para los demás.

e) Una oración que envía hacia los pobres

Solamente, el presbítero que ora auténticamente puede sentir en su corazón el dolor y el sufrimiento, la miseria y la indigencia de los más pobres y empobrecidos de la tierra. Sin duda, para el presbítero el grito de los pobres y afligidos, son también angustias que le afectan como discípulo de Cristo. No pueden dejar de tener resonancia en su corazón los más afectados por la pobreza en diversas dimensiones, no es posible permanecer indiferente (cf. GS 1). El mismo Jesús, es quien muestra el camino de ser impulsado por el Espíritu y enviado por el Padre a los pobres a anunciar la buena nueva y arrancar lo que oprime y deshumaniza al hombre. «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a dar la Buena Noticia a los pobres» (Lc 4, 18)²⁸⁷. El presbítero, consciente de que es enviado a los pobres de manera preferencial y que los pobres son enviados por el mismo Dios a él, su oración será siempre constante y ungida como dice José Antonio Pagola: «La oración del evangelizador ha de ser, de alguna manera, ‘unción del Espíritu’ que también hoy nos envía a los pobres e indefensos como los primeros destinatarios de la evangelización»²⁸⁸.

f) Una oración que impregne audacia a la evangelización

Actualmente las dificultades y desafíos para anunciar el Evangelio, rebasan las fuerzas, métodos y estrategias propias que utiliza el evangelizador, situación que puede provocar cierta incertidumbre, desgana o temor, al no saber cómo lograr que el Evangelio pueda ser para el hombre de hoy buena noticia. Haciendo memoria de las raíces de la evangelización, se puede ver que en los Hechos de los Apóstoles oran en la persecución diciendo: «Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos proclamar tu palabra con toda valentía...Acabada su oración, retembló el lugar

²⁸⁶ Cf. J. A. PAGOLA, o.c., 28-29.

²⁸⁷ Cf. Ibid., 29.

²⁸⁸ Ibid., 29.

donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y proclamaban la palabra de Dios con valentía» (Hch 4, 29-31). Indudablemente, esta oración de las primeras comunidades entre un mundo hostil al Evangelio, hoy es indispensable y necesaria para evangelizar²⁸⁹. Benedicto XVI, comentando la actitud de los apóstoles frente a la persecución decía: «Frente al peligro, a la dificultad, a la amenaza, la primera comunidad cristiana no trata de hacer un análisis sobre cómo reaccionar, encontrar estrategias, cómo defenderse, qué medidas adoptar, sino que ante la prueba se dedica a orar, se pone en contacto con Dios»²⁹⁰. Por otra parte, el presbítero es el primer convocado a orar para llevar adelante la misión de la evangelización, pues sin oración su palabra carecería de la luz y de la fuerza propia del Evangelio. Precisamente, el Papa Francisco pide invocar al Espíritu Santo en el proceso de evangelización, diciendo: «Invoquémoslo hoy, bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma»²⁹¹.

g) Una oración que ayude a aceptar la cruz

Es un hecho que la auténtica evangelización no puede llevarse a cabo sin experimentar la gracia y el peso de la cruz en el seguimiento del Señor. El Evangelio siempre ha encontrado resistencia en diferentes etapas de la historia del cristianismo en el mundo, pero lo más inexplicable es cuando lo encuentra al interno de la misma Iglesia. El anuncio del Evangelio siempre implica dificultad, incompreensión, rechazo y conflicto, especialmente en los lugares donde la marginación, explotación e injusticia se practican. Nunca debe perderse la consciencia que cuando se anuncia el evangelio y aparece la cruz bajo diferentes rostros, es señal que se está haciendo la voluntad del Señor. La señal clara de este anuncio verdadero es la sangre derramada por los mártires en diferentes partes del mundo²⁹². Esta experiencia de cruz exige vivir en actitud de oración al presbítero, para aceptar las nuevas cruces que trae la evangelización en la actualidad, especialmente en los lugares más conflictivos. Precisamente, Benedicto XVI alerta que para no hablar en vano, el discípulo del Señor debe orar, diciendo: «Pues incluso el hablar de Dios podría perder su fuerza interior y el testimonio se desvirtúa si

²⁸⁹ Cf. Ibid., 30-31.

²⁹⁰ BENEDICTO XVI, o.c., 17.

²⁹¹ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, San Pablo, Madrid 2013, n. 259.

²⁹² Cf. J. A. PAGOLA, o.c., 31-33.

no están animados, sostenidos y acompañados por la oración, por la continuidad de un diálogo vivo con el Señor»²⁹³. Sobre todo, Benedicto XVI invita a la Iglesia a no temer las persecuciones que en la historia, constantemente se ve expuesta y obligada a vivir y sufrir, debe confiar profundamente, como Jesús, sobre todo en la agonía de Getsemaní, en la presencia, en la gracia, en la ayuda y en la fuerza de Dios, invocado con fe en la oración²⁹⁴. Por otro lado, un presbítero no puede quedarse indiferente ante las injusticias que sufre mucha gente y conformarse con darles una simple ayuda, si no que ha de comprometerse con la defensa de los derechos humanos y todo aquello que hace y permite que sus hermanos vivan dignamente²⁹⁵. Este compromiso trae grandes cruces al presbítero, su nutriente fundamental debe ser la oración asidua y confiada.

h) Una oración que vigorice nuestra esperanza

En la actualidad, parecen haberse venido derrumbando lentamente las convicciones en todos los sentidos, paralelamente ha venido aflorando un sinsentido en el presente, una incertidumbre ante el futuro, el oscurecimiento de metas; están provocando una profunda crisis de esperanza, sobre todo de la esperanza cristiana. Se hace imprescindible una oración que nutra, que sostenga, que fortalezca y vigorice la esperanza en el corazón humano. Para caminar esperanzados frente a las diferentes adversidades y crisis existenciales que surgen continuamente, esta oración debe ser significativa y verdadera. La Iglesia como instrumento del Señor, por medio de los bautizados, particularmente de los presbíteros, debe comunicar y sembrar esta esperanza cristiana como «testigos del resucitado» en medio del mundo. Conscientes de que la genuina esperanza cristiana nace, crece y es fecunda, solamente viviendo «enraizados y edificados» en Jesucristo (Col 2, 6)²⁹⁶. Frente al drama de la crisis de esperanza en una era difícil de la historia en general y de la historia de la Iglesia, Andrés Torres afirma que:

«Esta es la dureza, pero también la gloria de la esperanza cristiana. A esa autenticidad se nos llama, alimentándola con una oración que, fiel a la absoluta iniciativa divina y dejándose convencer por ella, avive de verdad la fe, se traduzca en responsabilidad efectiva y anime una actitud realista. En definitiva, la madurez

²⁹³ BENEDICTO XVI, o.c., 40.

²⁹⁴ Cf. Ibid., 18.

²⁹⁵ Cf. J. M. URIARTE.- A. CORDOVILLA.- J. M. FERNÁNDEZ-MARTOS, o.c., 111.

²⁹⁶ Cf. J. A. PAGOLA, o.c., 33-34.

cristiana consiste en perder las ilusiones y, a pesar de ello, mantener la esperanza»²⁹⁷.

Para el presbítero es fundamental orar desde la esperanza, pues el hombre que espera en el Señor es capaz de orar, mientras el que se ha cerrado y encerrado en sí mismo no puede orar, porque no espera absolutamente nada. El presbítero que eleva su oración confiada es porque espera y cree que es posible alcanzar lo que espera, y que no puede procurárselo por sí mismo. Justamente la esperanza nace en ese vacío entre la presunción y la desesperación en una persona creyente en el Señor²⁹⁸.

i) Una oración enraizada en la fe

La oración cristiana se distingue de cualquier otra experiencia religiosa, porque lo original y específico de la oración cristiana es el elemento de la fe. En la raíz de la oración está la fe, que lleva al encuentro primordial con la persona de Jesús. Lo primero que los discípulos hicieron fue creer y aceptar la persona de Jesús. Eso significa que la fe cristiana, que es encuentro personal con Jesús, exige a la persona y la lleva necesariamente a la oración como un acto de fe. Si realmente la fe es auténtica se traduce en una expresión concreta a través de la oración, como exigencia y componente esencial de la fe. Pues la fe y la oración se expresan mutuamente en la existencia humana; la fe alimenta la oración y la oración nutre la fe²⁹⁹. La fe como raíz de la oración fundamental «porque en la oración el creyente no sólo experimenta la cercanía bondadosa de Dios, sino también su aparente ausencia y ocultamiento y, con ello, toda la oscuridad y el peso de la fe»³⁰⁰. Por estas razones, es necesario que el presbítero cultive su oración, desde su fe en toda circunstancia y la dirija a Dios manifestado en Jesucristo³⁰¹. Finalmente «la fe se expresa, se renueva, se purifica, se refuerza al ejercerla en la oración»³⁰².

²⁹⁷ A.TORRES QUEIRUGA, *Esperanza a pesar del mal, La resurrección como horizonte*, Sal Terrae, Santander 2005, 140.

²⁹⁸ Cf. J. M. URIARTE, *Ministerio presbiteral y espiritualidad*, Editorial Diocesana, San Sebastián 2005, 128-129.

²⁹⁹ Cf. J. M. CASTILLO, *Espiritualidad para comunidades*, San Pablo, Madrid 1995, 36-39.

³⁰⁰ G. GRESHAKE, o.c., 443-444.

³⁰¹ Cf. J. M. URIARTE, o.c., 127.

³⁰² J. PHILIPPE, o.c., 51.

j) Una oración desde la caridad pastoral

Uno de los peligros latentes en que ha caído la caridad pastoral ha sido el activismo desenfrenado y vacío, careciendo del manantial fecundante de la oración. Para evitar este escollo se ve necesario que la caridad pastoral tenga como raíz la oración y se ore por las personas que se ama en el marco pastoral. Un presbítero responsable de la comunidad que pastorea, ora y trabaja asiduamente. Para que el presbítero no trabaje en vano, la oración siempre será un componente y expresión auténtica de la caridad pastoral que vive y pregona. Sin oración la caridad pastoral es vacía, se debilita y se congela. La caridad pastoral debe ser fruto de la oración y simultáneamente, la oración debe ser fruto de la caridad pastoral. Esencialmente la caridad pastoral debe conducir al presbítero a orar. Lamentablemente la caridad pastoral en la experiencia de muchos presbíteros no siempre los conduce a orar, o no siempre la caridad pastoral está alimentada por la oración³⁰³. Con relación a la oración desde la caridad pastoral en vinculación con la caridad de Cristo, Saturnino Gamarra dice lo siguiente:

« ¿Y la oración? Plantear la caridad pastoral del presbítero en comunión con la caridad pastoral de Jesús –tan vivamente presente en el diálogo entre Jesús y Pedro (Jn 21, 15-19– nos lleva a plantear un tipo propio de oración: la contemplación apostólica. Esta comunión de caridad de Pastor está pidiendo un estado de relación oracional, a lo que llamamos contemplación apostólica, es decir en referencia permanente a Cristo –en su Comunión de Amor– en referencia permanente al pueblo, como vigilantes al servicio de la comunidad»³⁰⁴.

k) Una oración apostólica

El Apóstol san Pablo impregnó de oración su apostolado, y a la vez impregnó su oración de las realidades concretas de las comunidades y de las personas que conocía brotó esta rica oración llamada: oración apostólica. La característica singular de esta oración es que parte de la vida concreta que a san Pablo y a las comunidades les correspondió vivir en su momento. Esto significa, que a san Pablo no sólo le preocupaba la situación de la gente, sino que los amaba, por lo tanto, oraba continuamente a Dios por las situaciones que afectaban a las personas y comunidades. En la raíz de estas oraciones está la experiencia del amor y de la fe en Cristo que

³⁰³ Cf. J. M. URIARTE, o.c., 129.

³⁰⁴ S. GAMARRA, o.c., 277.

llenaron de gozo y de gratitud la vida de san Pablo. En la persona de san Pablo no existió esta ruptura entre oración y acción³⁰⁵. Comentando sobre la vida de san Pablo, Benedicto XVI, dice al respecto:

«La oración de san Pablo se manifiesta en una gran riqueza de formas que van de la acción de gracias a la bendición, de la alabanza a la petición y a la intercesión, del himno a la súplica: una variedad de expresiones que demuestra cómo la oración implica y penetra todas las situaciones de la vida, tanto las personales como la de las comunidades a las que se dirige»³⁰⁶.

Esta oración apostólica, urge en la vida y ministerio de todo presbítero, siendo sensible al dolor, la alegría, al sufrimiento, las penas y esperanzas concretas de la vida de las personas bajo su cuidado pastoral. Por lo tanto, la oración del presbítero debe ser: 1) Orar «con el corazón lleno de nombres». 2) Orar desde la impotencia pastoral. 3) Orar desde las dificultades ministeriales. 4) orar internalizando los problemas de sus hermanos. 5) Orar confiando al Señor la vida presente y futura de la Iglesia³⁰⁷.

8. Conclusión

Desde el inicio del capítulo se puede percibir que la oración está inscrita en el corazón del hombre por el mismo Creador. Que es una experiencia común en todas las religiones y culturas, siendo la oración cristiana, única en su fuente, principio y fin que es al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Esta es la grandeza y belleza de la oración cristiana. Esta oración ha adquirido diversas formas y expresiones a lo largo de la historia, según la experiencia y situación del hombre concreto. La oración cristiana, se ha desarrollado dentro del marco eclesial y sólo desde esta realidad puede ser comprendida y vivida como cristiana. Es significativo comprender que es el mismo Dios quien llama al hombre a relacionarse con Él, que no es una simple iniciativa humana. La oración no puede desentenderse del aspecto antropológico, por la constitución propia del hombre que ora desde ámbito de la antropología cristiana. Es muy importante el aporte de la ciencia psicológica en su interpretación positiva sobre la experiencia que el hombre vive en la oración. Sobre todo, por los beneficios que le aporta para su vida y salud psicológica. Por otro lado, es fundamental la singularidad y

³⁰⁵ Cf. J. M. CASTILLO, *Oración y existencia cristiana*, Sígueme, Salamanca 1983, 273-274.

³⁰⁶ BENEDICTO XVI, o.c., 43.

³⁰⁷ J. M. URIARTE, o.c., 136-137.

la riqueza de la oración de Cristo, como fuente y fundamento de la oración del presbítero. Es muy iluminativo comprender que las diversas discrepancias sobre la fractura entre oración y acción, más parecen ser una dificultad que se asienta en la dimensión psicológica que en la realidad propia de ambas dimensiones. Es interesante descubrir que esta división entre oración y acción, prácticamente manifiestan la desintegración propia de la vida del presbítero. Por consiguiente, forma parte de la misma vocación: la oración y la acción, no debe existir división entre ambas expresiones de la fe y del amor cristiano. Finalmente las reflexiones breves sobre estas pinceladas que pueden orientar la oración del presbítero desde las situaciones existenciales en que se encuentre viviendo: personal, comunitaria y eclesial, abren a vivir una nutrida experiencia de oración.

CONCLUSIÓN GENERAL

A través del recorrido realizado en los cuatro capítulos correspondientes al trabajo «LA ORACIÓN DEL PRESBITERO EN TORNO A *PASTORES DABO VOBIS*», se puede apreciar que la oración es fundamental en la vida del presbítero, y no puede ser sustituida por otra actividad. Pues, independientemente de que la oración sirva o no sirva para garantizar la fecundidad de las tareas, ese encuentro del presbítero con el Señor no es negociable.

Se describen de manera sintética los cambios y las profundas oportunidades de vivir una nueva manera de ser presbítero a partir del Concilio Vaticano II. El documento contiene, en unas Constituciones y Decretos, elementos breves sobre la oración, pero de profundo y amplio contenido. Una invitación y sugerencia es llevar la realidad cotidiana a la oración, buscando y encontrando a Cristo en la intimidad y en el trabajo apostólico, afirmando la importancia de la oración con el Evangelio de san Juan: «Sin Mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). De la misma manera, enfatizando la esencialidad de la oración del presbítero, la *Ratio fundamentalis institutionis Sacerdotalis 1985* hace un llamado a potenciar la oración eucarística, la litúrgica, a orar en nombre de la Iglesia, utilizando para el Oficio el término «obligación», para destacar la importancia de la oración en la vida del presbítero. Además, en el *Sínodo de los obispos, Lineamenta: La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales, 1990*, a pesar de las diferencias en sus aportaciones por la procedencia y realidad distinta de los Padres Sinodales, también coincidieron en enfatizar la primacía de la oración desde el principio de la formación sacerdotal, relacionando la oración con diversos aspectos de la vida, desde el corazón de la Iglesia. Es necesario que el conocimiento sobre la importancia de la oración no se quede solo en teoría, debe tener una implicación práctica.

La descripción de los diferentes obstáculos de manera general, muestra que urge tomar conciencia de que la oración es una experiencia medular en la vida y ministerio del presbítero. Es necesario que desde la formación se inculque en el formando el espíritu de oración, y que tome conciencia que no se reza por obligación, por costumbre, por simple necesidad. Se ora, porque se cree, porque se ama, y porque constantemente se busca encontrar y cumplir la voluntad de Dios de una manera más profunda. A través

de la oración, «este amor llama a Dios desde lo íntimo de su corazón»³⁰⁸. Al mismo tiempo, es posible que la dificultad para hacer oración, no esté en lo externo; más bien, el desequilibrio y la desarmonía muchas veces se encuentran en el interior del corazón del presbítero. Las situaciones y tendencias externas pueden condicionar su experiencia de oración, pero nunca determinarla totalmente. Sin duda, para enfrentarse a todos esos obstáculos que experimenta, el presbítero necesita perseverar con plena confianza en el Señor, para encontrar el sentido a su oración, que es la oración de la Iglesia y no simplemente personal. Aquí es bueno escuchar el consejo de san Pablo a Timoteo, que pide que reavive el carisma recibido en la ordenación; al parecer solamente la oración genuina puede reactivar la vida y el ministerio de Timoteo (cf. 2 Tm 1, 3-7). Se podría considerar, que el abandono de la oración por parte del presbítero al experimentar los obstáculos en la oración, puede ser una carencia de fe auténtica. Es cierto que la oración alimenta la fe, pero la oración verdadera brota y es fruto de la fe. En medio de estos obstáculos, es donde debería salir a relucir la fe legítima del presbítero, si verdaderamente la oración que saboreó en su formación es fundamental, debe abandonarse el Señor con plena confianza. De lo contrario, es fundamental teóricamente, pero no vital en la existencia del presbítero la experiencia de la oración. Por otro lado, en un clima de oración, el presbítero debería aprender a buscar y encontrar significado a los diversos obstáculos con la luz esclarecedora del Señor. Al mismo tiempo, los obstáculos podrían permitir al presbítero asimilar con mayor hondura la necesidad que tiene de cultivar la intimidad con el Señor en la oración, para no dejarse vencer por los obstáculos. Además el presbítero debe tomar consciencia que el activismo desenfrenado no le permite dejarse penetrar por la luz y el amor de Dios, olvidando que el auténtico servicio ministerial pastoral debería brotar del diálogo íntimo con su Señor. Ante estas circunstancias pobres o carentes de interioridad, es aconsejable que el presbítero renueve el espíritu de oración, para no romper la alianza con el Señor que lo llamó, eligió y consagró.

En la tercera fase de la investigación, concentrada en *Pastores dabo vobis*, se hace tomar consciencia al presbítero de su vocación y de la responsabilidad que tiene de nutrirse de la oración, para armonizar y colmar de sentido cristiano su vida y su ministerio. Esta Exhortación considera que «para todo presbítero la formación espiritual constituye el centro vital que unifica y vivifica su ser sacerdote y su ejercer el

³⁰⁸ K. RAHNER, o.c., 47.

sacerdocio» (PDV 45). Siendo formalmente la oración parte de la espiritualidad, resulta ser esencial desde esta visión. Por otro lado, para captar lo indispensable que es la oración, se podría afirmar que la vocación sacerdotal nace, va creciendo y se va desarrollando y fortaleciendo en el proceso de formación, gracias a la intimidad con el Señor; ya en el ejercicio sacerdotal la fidelidad y fecundidad, son propiamente fruto del encuentro en silencio en la oración con Cristo que fecunda el corazón del presbítero. Indudablemente, de aquí podría emerger el grito apremiante de parte del formando que descubre que la oración es vital para su existencia, pidiendo como los discípulos a sus formadores: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11, 1), pidiendo a Dios la gracia de aprender a orar. Al mismo tiempo, se puede afirmar que la oración para Jesús era fundamental, pues su existencia quedó totalmente acrisolada de esa intimidad con su Padre Dios, hasta los últimos momentos de su vida en la cruz, probablemente fue la oración más profunda que brotó de su corazón, suspendido entre el cielo y la tierra. También es posible afirmar que en la oración, el presbítero, dejando entrar al Señor en su vida, aprende a vivir más intensa y auténticamente su relación personal con Dios y la relación horizontal con sus hermanos. Al mismo tiempo, puede extraerse una bonita imagen del presbítero como testigo y maestro de oración, por su experiencia, su cercanía, su intimidad y profunda relación como hijo que se comunica con su Padre Dios a través de Jesús y del Espíritu santo. Además, de manera singular en el momento de hacer oración, el presbítero se deja amar y sobre todo bendecir por el Señor, fuente de toda bendición en ese encuentro profundo, a la vez que el presbítero lleva y derrama esa bendición a las personas, familias, comunidades y demás lugares con quienes interactúa en el transcurso de su vida.

Finalmente, en el cuarto capítulo se han abordado sencillos aspectos antropológicos, psicológicos, teológicos y pastorales de la oración, para considerar la importancia que la oración alcanza y tiene desde diferentes puntos de vista. Por una parte, es necesario considerar que, desde el aspecto antropológico, el hombre está abierto al diálogo con el trascendente. Pero es propiamente en la antropología cristiana donde Dios irrumpe y sale al encuentro del hombre y este responde a través de la oración. Por lo tanto, la base antropológica debe ser bien formada en el presbítero, para que el encuentro orante sea cada vez mejor descubierto, asumido y testimoniado. Conviene recordar que la psicología valora positivamente la experiencia de la oración, porque unifica la persona, dejando huella en su consciencia y abriéndola a la

trascendencia. Desde el punto de vista psicológico, se podría decir que el conflicto entre acción y oración, es propiamente un problema interior del presbítero, al no logra integrar esas dimensiones que son propias de su vocación. Por otro lado, es importante implementar una pequeña reflexión propiamente teológica en relación a la oración, porque se considera que esto ha permitido tener una visión más profunda y amplia de la grandeza de la oración, con la finalidad de brindarle una fundamentación más amplia y poder valorarla y vivirla de una mejor manera en la vida cotidiana. Dado que la riqueza de las formas y expresiones de la oración son múltiples, se valora positivamente el hecho de contextualizar la experiencia de la oración, exhortando al presbítero a orar con fe y desde la Iglesia, los diferentes acontecimientos significativos de la vida pastoral, como enviado del Señor. La oración debería generar en el presbítero un corazón deseoso de amar y de servir con transparencia y gratuidad. Por otra parte, parece que en la experiencia orante, el presbítero es atraído y transformado profundamente por el amor y la misericordia de Dios, para vivir auténticamente su vida y su ministerio en medio del pueblo de Dios. Precisamente, el presbítero que ora tiene una sensibilidad única de escuchar y de sentir con profundidad el dolor de sus hermanos y de poder ayudarlos y consolarlos, con ternura y con sincero corazón. La experiencia de la oración ayuda al presbítero a leer, entender y comprender la historia, la vida, desde otra perspectiva, quizá más profunda y adecuada a la mirada de Dios. Indiscutiblemente, este recorrido en relación a la oración del presbítero, abre a una reflexión que interroga al corazón de manera personal: ¿cómo oro?, ¿cuánto tiempo dedico a esta intimidad insustituible?, ¿se estará educando y formando verdaderamente en la oración al presbítero en la actualidad? En la actualidad es necesario que el presbítero no sea simplemente un hombre piadoso, es fundamental que sea un hombre profundamente de oración. Por otra parte, a pesar de existir varios fundamentos de la oración del presbítero a nivel magisterial y de autores cristianos que abordan la temática, es indispensable elaborar una teología de la oración estrictamente sacerdotal, que pueda responder a las aspiraciones, a las dificultades y a las esperanzas de los presbíteros en la actualidad. Unificando las diversas conclusiones a las que se ha llegado en lo correspondiente a la oración del presbítero, sintéticamente se puede afirmar que la oración ocupa un lugar importante en *Pastores dabo vobis* e insustituible en la vida y ministerio del presbítero secular o religioso.

Hay ambigüedad en dos aspectos: 1). Es probable, que influya negativamente en la vida del presbítero, la afirmación que la unidad interior y la expresión de una fe verdadera se realiza en la donación, la entrega, dar la vida (cf. PDV 23), y la oración, no aparece con este rigor. 2). Además, a pesar de relacionar la oración con la vida concreta y de resaltar su importancia, se sigue incluyendo la oración dentro de los medios sobrenaturales (cf. PDV 29). Podría ser, que valorando o clasificando la oración como un mero medio, recurso o ayuda espiritual, provoque que se debilite la primacía de la vida espiritual y por consiguiente la experiencia de la oración pierda su importancia. Se hace necesario reconsiderar esa forma de ver la oración y afirmar que es esencialmente expresión de su identidad, de su ser y de su vocación. Por lo tanto, es necesario elaborar una argumentación creíble que demuestre que la oración es insustituible para la vida de todo cristiano, especialmente del presbítero.

La oración del presbítero es un tema inagotable e inabarcable, sería muy importante seguir profundizando en la dimensión psicológica de la oración desde el inicio de la formación, aprovechar la riqueza que pueda ofrecer, y al mismo tiempo evitar los autoengaños que conducen a vivir una falsa oración. Al mismo tiempo sería de mucho beneficio analizar las diferencias y las similitudes de la oración del presbítero secular y del religioso, sabiendo que cada orden religiosa posee un carisma y una espiritualidad propia, sin duda, también tendrán su especificidad en la oración, sobre todo, en este tiempo que se impulsa a hacer la experiencia de la misión compartida desde los propios carismas. Por otro lado, sería bueno hacer una propuesta de oración para los laicos, pienso en los que han sostenido su fe sobre los cimientos de los diversos rezos que se enseñaron al principio de la evangelización, pero de ahí no han evolucionado a otro nivel. Sobre todo en los pueblos y culturas de las regiones de Guatemala que tienen su estilo propio rezar, a la vez necesitan ser iluminados y nutridos con la oración cristiana. Sin duda, el paso del rezo a la oración sería significativo, encontrarían un nutriente más sólido, para vivir su existencia cristiana en medio de los avatares propios de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

Documentos del Magisterio de la Iglesia

BENEDICTO XVI, *Exhortación Apostólica Postsinodal Verbum Domini*, San Pablo, Madrid 2010.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, Asociación de Editores del Catecismo, Madrid 1992.

CONCILIO VATICANO II, *Documentos completos*, San Pablo, Santa Fe de Bogotá 2000.

JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Postsinodal, Pastores Dabo Vobis*, sobre la formación de los sacerdotes en la situación actual, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1992.

PAPA FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, San Pablo, Madrid 2013.

Documentos básicos

ALBAR MARÍN, L., *Camino de oración, Una experiencia transformante*, San Pablo, Madrid 2007.

BENEDICTO XVI, *Escuela de oración II*, Catequesis del Papa, Ciudad Nueva, Madrid 2012.

BERNARD, C. A., *Teología espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, Sígueme, Salamanca 2007.

BIANCHI, E., *Por qué orar, cómo orar*, Sal Terrae, Santander 2010.

BORRAGÁN MATA, V., *La oración encuentro de amor con Dios*, San Pablo, Madrid 2003.

CASTELLANO CERVERA, J., *Pedagogía de la oración cristiana*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1996.

GAMARRA, S., *Manual de espiritualidad sacerdotal*, Monte Carmelo, Burgos 2008.

GARCÍA-MONGE, J. A., *Unificación personal y experiencia cristiana, Vivir y orar con la sabiduría del corazón*, Sal Terrae, Santander 2001.

MONTAGUT PIQUET, P., *La oración en la vida y el ministerio del sacerdote*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2004.

PÉREZ PUEYO, A. (ed.), *Claves para la formación del sacerdote hoy*, Edice, Madrid 2011.

RAHNER, K., *De la necesidad y don de la oración*, Mensajero, Bilbao 2004.

RUBIO MORÁN, L. (ed.), *La formación de los sacerdotes en la situación actual*, Sígueme, Salamanca 1991.

VALERA SÁNCHEZ, F., *El Espíritu Santo y la vida del presbítero*, Interlibro, Madrid 2003.

Textos secundarios

AA. VV., *La soledad, Nombrar, acoger, habitar*, Sal Terrae, 2007, 95/6, (n. 1.113).

AA.VV., *Los desafíos de la oración*, CONFER, 2012, 51, (nº 195).

AA. VV., *Decidir ¿Arte, aprendizaje, aventura?*, Sal Terrae, 2010, 98/6, (n. 1.146).

BÁRCENAS, F.- CHALIER, C.- LÉVINAS, E.- LOIS FERNÁNDEZ, J.- MARDONES, J. M.- MAYORGA, J., *La autoridad del sufrimiento, Silencio de Dios y preguntas del hombre*, Anthropos, Barcelona 2004.

BENEDICTO XVI, *La oración de Jesús*, Palabra, Madrid 2012.

BENEDICTO XVI, *La oración aliento del alma*, San Pablo, Madrid 2014.

COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *La formación permanente de los sacerdotes*, Simposio, EDICE, Madrid 1993.

COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular*, Simposio, EDICE, Madrid 1987.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El presbítero ante el tercer milenio cristiano*, Palabra, Madrid 2001.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, EDICE, Madrid 2013.

ESQUERDA BIFET, J., *Te hemos seguido, Espiritualidad sacerdotal*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1988.

FINKLER, P., *Al encuentro del Señor, La vida de oración a la luz de la psicología*, Verbo Divino, Estella 1996.

GRESHAKE, G., *Ser sacerdote hoy. Teología, praxis pastoral y espiritualidad*, Sígueme, Salamanca 2003.

LASANTA, P. J., *Sacerdotes para el milenio*, Monte Carmelo, Burgos 1998.

RATZINGER, J., *La fiesta de la fe: Ensayo de teología litúrgica*, Desclée de Brouwer, Bilbao³, 1999.

RICO GARCÍA, J., *La Palabra de Dios en la formación sacerdotal*, EDICE, Madrid 2009.

SÁNCHEZ MIELGO, G., *La unidad de los creyentes. La Iglesia que pensó el discípulo amado*, San Esteban, Salamanca 2008.

URIARTE, J. M., *Ministerio presbiteral y espiritualidad*, Editorial Diocesana, San Sebastián 2005.

Otros textos

AUGUSTIN, G., *Llamados a la alegría. El gozo de ser sacerdote*, Sal Terrae, Santander 2011.

ALBAR MARÍN, L., *Oración para una Iglesia más viva, Pastoral de la oración cristiana*, PPC, Madrid 2009.

- BIANCHI, E., *Presbíteros, El arte de servir el pan y la palabra*, Sígueme, Salamanca 2011.
- ESQUERDA BIFET, J., *Teología de la Espiritualidad sacerdotal*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1991.
- BRAVO TISNER, A., *La oración del sacerdote*, Sígueme, Salamanca 2004.
- CASTILLO, J. M., *Espiritualidad para comunidades, Teología siglo XXI*, San Pablo, Madrid 1995.
- CASTILLO, J. M., *Teología para comunidades*, Paulinas, Madrid 1990.
- CENCINI, A., *Vida y comunidad: reto y maravilla, La vida fraterna y la nueva evangelización*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1996.
- CENCINI, A., *Sacerdote y mundo de hoy. Del post-cristiano al pre-cristiano*, San Pablo, Madrid 2012.
- CHALENDAR, X. D., *Qué fue, qué es y qué será del sacerdote*, PPC, Madrid 1990.
- COZZENS, D. B., *La faz cambiante del sacerdocio. Sobre la crisis anímica del sacerdote*, Sal Terrae, Santander 2003.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., *Sacramento del orden. Estudio teológico. Vida y santidad del sacerdote ordenado*, Edibesa – San Sebastián, Madrid - Salamanca 2007.
- GALILEA, S., *El seguimiento de Cristo*, San Pablo, Bogotá 2006.
- GAMARRA, S., *Teología espiritual*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1994.
- GARRIDO, J., *Discernimiento cristiano de la oración*, Frontera, Vitoria 2009.
- KASPER, W., *El sacerdote, servidor de la alegría*, Sígueme, Salamanca 2009.
- LIBANIO, J. B., *La Iglesia desde el Vaticano II hasta el nuevo milenio*, Mensajero, Bilbao 2004.
- LOEW, J., *En la escuela de los grandes orantes*, Narcea, Madrid 1979.
- LÓPEZ DE MÉZERVILLE, H., *Sacerdocio y burnout*, San Pablo, Madrid 2012.
- MATEO-SECO, L. F., *Teología trinitaria Dios Padre*, Rialp, Madrid 2003.
- NEMECK, F. K.- COOMBS, M. T., *Corazón que escucha*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1992.

- NEMECK, F. K.- COOMBS, M. T., *Nuestra trayectoria espiritual*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1988.
- NOUWEN, H. J. M.- CHRISTENSEN, M. J.- LAIRD, R. J., *Formación espiritual, Siguiendo los impulsos del Espíritu*, Sal Terrae, Santander 2011.
- PABLO VI, *La oración*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1974.
- PELLITERO, R., *Sacerdotes seculares, hoy*, Palabra, Madrid 1997.
- PHILIPPE, J., *La oración camino de amor*, Raialp, Madrid 2014.
- PIKAZA, X., *Para vivir la oración cristiana*, Verbo Divino, Estela 1989.
- PONCE, M., *Llamados a servir, Teología del sacerdocio ministerial*, Herder, Barcelona 2001.
- PRONZATO, A., *Orar: ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?*, Sígueme, Salamanca 1995.
- RUBIO MORÁN, L., *La formación del pastor en y a la luz de Pastores dabó vobis. Una lectura global y unitaria en clave pastoral*, Seminarios 38 (1992) 333-358.
- RUBIO MORÁN, L. (ed.), *Formar presbíteros hoy*, Sígueme, Salamanca 1988.
- SÁNCHEZ MONGE, M., *Desafíos del sacerdote en el mundo actual*, Edicep, Valencia 2011.
- TRUJILLO DÍAZ, L., *Diez miradas sobre el sacerdocio*, Ciudad Real 2002.
- TORRES QUEIRUGA, A., *Esperanza a pesar del mal, La resurrección como horizonte*, Sal Terrae, Santander 2005.
- URÍBARRI, G. (ed.), *El ser sacerdotal. Fundamentos y dimensiones constitutivas*, San Pablo – Universidad P. Comillas, Madrid 2010.
- URIARTE, J. M., *Una espiritualidad sacerdotal para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander 2010.
- URIARTE, J. M., *Servir como pastores. Claves de la espiritualidad sacerdotal*, Sal Terrae, Santander 2011.
- URIARTE, J. M.- CORDOVILLA, A.- FERNÁNDEZ-MARTOS, J. M., *Ser sacerdote en la cultura actual*, Sal Terrae, Santander 2010.

VALERA SÁNCHEZ, F., *En medio del mundo. Espiritualidad secular del presbítero diocesano*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1997.

VALLEJO AMIGO, C., *Sacerdotes, Palabra, caridad, sacramento*, PPC, Madrid 2007.

Recursos de internet

<http://www.compartirencristo.files.wordpress.com/.../pdv-clave-de-lectura.doc>
(Consulta 31-01-2015).

http://www.vicariadepastoral.org.mx/7_compendio_cec/compendio_cec_17.htm
(Consulta 17-02-2015).

<http://www.la-oracion.com/articulos/como-rezar/item/3604-carta-sobre-la-oracion-bruno-forte.html> (Consulta 10-02-2015).

http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/.../hf_ben-xvi_aud_20120307.htm.

http://www.vatican.va/...ii/.../hf_jp-ii_apl_20010106_novo-milennio-ineunte.ht...

http://www.vatican.va/...ii/.../hf_jp-ii_spe_19790127_messico-guadalupe-sac-reli..

http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccatheduc/index_sp.htm